

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



VIAJES Y VIAJEROS EN LA SELVA CHIAPANECA
UN ACERCAMIENTO A LA NOCIÓN DEL VIAJE

Tesis para obtener el grado de:
Maestría en Letras Mexicanas
Presenta: Karla Elisa Morales Vargas

Tutor: Dr. Alberto Vital Díaz

México, D. F., Agosto de 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos:

Antes que nada deseo manifestar mi más sincero agradecimiento a mi asesor el Dr. Alberto Vital Díaz por su paciencia y dedicación en la conducción de este trabajo. Tengo la certeza que sin sus puntuales observaciones difícilmente hubiera llegado hasta aquí.

Asimismo agradezco al Dr. Dieter Rall por su esmero en la lectura de este trabajo, por sus correcciones siempre certeras y ante todo por su gran compromiso. A la Dra. Georgina García Gutiérrez agradezco el apoyo emocional y crítico que me permitió creer que podía lograr mis objetivos; siempre agradeceré su amistad. Al Dr. Héctor Perea por haberme atendido con tanta amabilidad al final de este proceso y por haberme dado el aliento para continuar. Por último, al Dr. José Martínez Torres por haber sido el impulsor de este viaje a la ciudad con todas sus implicaciones académicas, además por su atenta lectura y sus muy francos y útiles comentarios.

A Jesús Morales Bermúdez por todo aquello que hizo que mi camino se convirtiera en esta búsqueda incansable por la belleza. Gracias por estar siempre conmigo.

A mi familia toda, tierra de esta tierra de la que parto; cúspide de este lugar a donde voy. Gracias Padre por esa luz: mi guía. Gracias Madre por esa fuerza: mi sendero. Gracias Carlos, mi hermano, por esa dulzura: mi regocijo. Gracias Malú por tu razón: mi dicha y orgullo. Abuela, esto es para ti.

A Saché, mi compañero, mi amigo, mi más grande crítico. Sin ti nada de esto sería posible de esta forma que amo tanto. Gracias a Conchita, Mariza, Rafa, Ticha y toda la familia que me adoptara con tanto amor. Gracias por hacer de la ciudad de México mi otra tierra adoptiva.

Gracias a todos los que han estado conmigo de una manera diferente, apoyando desde puntos inconmensurables: nombro aquí a lo celeste que tiene tantos nombres.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO PRIMERO: POR LOS LABERINTOS DEL VIAJE	21
I. ¿Qué es el viaje?	23
II. El relato y el viaje	33
CAPÍTULO SEGUNDO: LA "REALIDAD" Y LOS VIAJES	37
I. Viajes y viajeros reales. El viaje a través de la crónica	39
1. Cartas y relaciones	46
2. Diario de viajes	51
3. Relato de viajes	54
CAPÍTULO TERCERO: LA FICCIÓN Y LOS VIAJES	61
I. Viajes y viajeros imaginarios. El viaje a través de la imaginación	63
CAPÍTULO CUARTO: DE VIAJES Y VIAJEROS EN LA SELVA	73
I. Introducción	75
II. Un acercamiento a los primeros viajeros en Chiapas	79
III. Viajes y viajeros en la selva Lacandona	100
IV. Viajes y viajeros en el Soconusco	134
CONCLUSIONES	143
APÉNDICES	157
BIBLIOGRAFÍA	163

¡Asombrosos viajeros! ¡Cuántas historias
leemos en sus ojos profundos como mares!
Muéstrennos los estuches de sus ricas
memorias, maravillosas joyas de astros y éter.
Le voyage, Charles Baudelaire

Ernst Bloch escribe en *El principio esperanza* que “la dicha del viaje es, en todo caso, y sigue siendo siempre, una escapada temporal sin exigencias posteriores del sitio acostumbrado, cambio de actitud radical sin coacción externa”. Más adelante continúa diciendo “el placer del viaje no sólo renueva la expectativa, antes de emprender el camino, sino que lo hace también en medio del goce del mirar”¹. Y es que el viaje ha sido siempre el ritual por antonomasia para saciar la monotonía de la rutina, el acertijo perfecto para inventar la curiosidad y enmendar los abismos del ocio; ha sido igualmente el acto, el fenómeno, la idea por medio de la cual el hombre supo de otros mundos, de otros seres, de otras realidades, y estableció así las fronteras que demarcarían los inicios y términos de un territorio, los caminos que habrían de comunicarlos entre sí, y que habrían de unir, por consiguiente, diversos tipos de culturas, de regiones, de lenguajes, de formas de ver el mundo, etcétera.

Viajar conduce inevitablemente a transcurrir entre interiores y exteriores; entre adentros y afueras, geográficos, humanos, culturales.... Este constante recorrido se torna en el derrotero esencial del viaje: un estar en constante movimiento, yendo y viniendo de una cultura a otra; partiendo del puerto con la ignorancia de saber lo que esconden las fronteras, y regresando con la certeza de conocer lo que hay detrás de ellas, a sabiendas de haber aventurado la voluntad a

¹ Ernst Bloch, *El principio esperanza (I)*, Edición de Francisco Serra, Madrid, Editorial Trotta, 2004, p. 425,426.

los designios de la ruta como si “siempre y en todo momento el hombre fuera encaminado en una vía que partiendo de este mundo, acabara en otro mundo”².

Por tanto:

El hombre ha de confiar en el destino último de su camino, y habrá de esperar, sencillamente, que el itinerario de su vida le conduzca a algún lugar, a algún destino. Y sólo por tal esperanza el hombre podría llevar una vida humana libre. Más aún: poseyendo esta esperanza que, en principio, se funda en la realidad misma del camino, ni siquiera tendrá que presuponer que sólo existe un camino viable: otros podrían ser igualmente válidos; cada cual ha de buscar su camino, explorando diferentes vías, con la esperanza del destino más elevado.³

Estas ideas de viajero y ruta, de viaje y camino, “indisociables como los son el andar y el suelo en el que se apoya un pie después de otro”⁴, nos recuerdan al *homo viator*, que es la expresión con que se designa “al hombre que viaja; así como el hombre, en la medida en que ríe, recibe el nombre de *homo ridens*, en la medida en que habla, el nombre de *homo loquens*, y en la medida en que construye con sus manos, el nombre de *homo faber*”⁵. Tal expresión asume, pues, la existencia del hombre que está siempre en camino, y que sólo cuando lo está, se objetiva como tal. El viajero entonces, es un *homo viator* por antonomasia al que le está negado detenerse, como si en el movimiento encontrara la verdadera razón del nacimiento: “*homo viator* parece querer decir, en efecto, que el hombre ‘está en camino’, y que sólo cuando está en camino es verdaderamente hombre; más incluso que cuando está en reposo, en su posada”⁶.

Partir, llegar, serán entonces actos infinitos, repetitivos del hombre viajero; “más vale camino que posada”, decía Don Quijote, y es que “el hombre es, ante todo, un caminante; un caminante en tanto ser que se desplaza en el tiempo, y,

² Gustavo Bueno, *Homo Viator. El viaje y el camino*. Prólogo a Pedro Pisa, *Caminos Reales de Asturias*, Oviedo, Pentalfa, 2000. p. 5.

³ *Ibidem.*, p. 10

⁴ *Ibidem.*, p. 11

⁵ *Idem.*

⁶ *Ibidem.*, p. 18

desde ese desplazamiento temporal percibido como característico de su praxis, es donde busca el camino que pueda ser trazado en el terreno de las cosas terrestres; un camino que sólo puede encontrarse al andar, como pensaba Antonio Machado”⁷.

Andar y ver, viaje y camino, son condiciones inagotables en la experiencia humana; condiciones inmemoriales que se han repetido bajo distintos sellos a lo largo de la historia del hombre. De esto nos interesa conocer, en los primeros tres capítulos de esta tesis: las características que esconde el viaje tras de sí, ahondar en su espesura, conocer lo más posible la forma en cómo se manifiesta éste a través de la literatura, cuáles son sus límites y fronteras, sus laberintos. Por eso nos hemos propuesto profundizar en estos recovecos y definir, entre otras cosas: ¿qué es el viaje?, ¿cómo se manifiesta en la literatura?, ¿cuales son las posibles caracterizaciones de la literatura de viajes?, proponiendo a su vez dos vertientes que nos permitan encontrar las diferencias entre los tipos de viajes y de sus viajeros, y la diferencia entre los discursos que cargan sus relatos. A nuestro parecer la dinámica puede darse a través de “lo real”, o, a través de la “imaginación”: los viajes y viajeros reales, y los viajes y viajeros imaginarios.

Ahora bien, el interés por los viajes va más allá de la pretensión por meramente definir y caracterizar el tema; nos interesa la forma en cómo se presenta éste en una literatura particular. Es por ello que elegimos la de Chiapas – específicamente la que ha nacido a partir de viajes, expediciones, traslados, a su región selvática–, porque queremos saber qué hay más allá del viaje a esta región; queremos indagar en las distintas formas del relato nacido a partir del itinerario desarrollado con diversos afanes. Sobre esto hablamos en el cuarto capítulo de este trabajo. Mediante un paseo, hemos intentado avistar textos en los que está

⁷ *Ibidem.*, p. 17.

presente, a modo de testimonio, de diario, de aventura imaginada, la selva como escenario del viaje a relatar.

La presente tesis tiene, como un día lo tuvo el autor anónimo que escribió *Viaje a Turquía*: “aquél insaciable y desenfrenado deseo de saber que *natura* puso en todos los hombres [y que] no puede ejecutarse mejor que con la peregrinación y ver de tierras extrañas [...]”⁸, nos interesa, por ese mismo deseo, saber qué hay detrás de la literatura de viajes, qué se esconde en las peregrinaciones y las visiones a esas tierras extrañas. Asumimos, y toca decirlo, que este esfuerzo por descubrir se une al gran esfuerzo de varios investigadores quienes, a través de diversos tratamientos sobre el tema, han intentado dotar al género de viajes de una mayor relevancia ante la crítica y la visión literaria, y han dejado, para las letras en general, un acervo que estudia los viajes y a los viajeros en sus recorridos por el mundo. Estos mismos libros representan en sí mismos viajes por el viaje.

Ahora bien, ¿por qué hablar sobre viajes y viajeros? Dice Fernando del Paso que “la imagen, la idea de viaje, se ha aplicado, como se sabe, a la existencia misma: la vida es un viaje de la infancia a la vejez y la muerte. De la matriz a la tumba –*from womb to tomb* como dicen los ingleses–. Un viaje por las cuatro estaciones de la vida, que por lo mismo comienza en la primavera de nuestra edad y acaba en el invierno, con la muerte”⁹. Viajar es moverse, trasladarse, vivir en la aventura recorriendo cual Odiseo las arbitrariedades de la ruta en la que transitamos; es confinar la existencia a la posibilidad de un constante cambio. “Una de las innovaciones del viaje –pensaba Bloch– puede ser, incluso, que haga extraño también lo acostumbrado en el lugar de origen”¹⁰; y es que finalmente lo que se busca es el poder de renovación a través de lo sorprendente y maravilloso

⁸ Autor anónimo, *Viaje a Turquía*, citado por Ángel Delgado López en “El viaje como medio de conocimiento: el *Viaje de Turquía*”, Madrid, *Actas del VIII Congreso Internacional de Hispanistas* (1983), 1986, p. 484.

⁹ Fernando del Paso, *Viaje alrededor de Quijote*, México, FCE, 2004, p. 51.

¹⁰ Ernst Bloch, *Ibidem*, p. 429.

de la vida. De ahí la particularidad de tantos viajes, quizá la diversa significación de los mismos: el *viaje ascético*, por ejemplo, piensa la purificación del alma, en medio de su constante ascenso a la perfección a través de la rudeza y la renunciación. El *viaje alucinógeno*, por su parte, invita al iniciado al convite con las fuerzas del “cosmos”, en donde cuerpo y alma sufren una trasmigración momentánea, “viajan”, por así decirlo, a un estado donde el tiempo no transcurre y el espacio se disuelve en alucinaciones. Otro, el *viaje cotidiano*; ese movimiento, traslado especial sufrido a través de lo largo y ancho de la rutina, implica también una aventura humana rara vez asumida como tal. Para nosotros, en tanto ritual viajístico, este tipo se significa con toda su importancia, porque es ahí, diremos, donde nace primeramente nuestro interés por el estudio del viaje: debajo de ese pequeño traslado diario que lanza al ser humano a fraguar en el transporte público, en las extensas o cortas caminatas al hogar, el episodio por demás memorable del itinerario cotidiano; ése, finalmente, que fue punto inspirador del *Ulises* de Joyce. Y ahí precisamente es donde nace el interés, porque de mi vida he de reconocer una constante: ir y venir a través de carreteras que conectan mi pasado con mi presente todo el tiempo. Así lo supe cuando viviendo a dos horas de mi ciudad natal, por una necesidad implacable de pasar el fin de semana con mis padres, tuve que viajar todos los viernes durante casi cinco años por la misma ruta, a través del mismo paisaje montañoso, sintiendo como cambiaba el aire caliente de Tuxtla Gutiérrez cuando arribaba a San Cristóbal de las Casas. Otro camino persistente en mí es la ahora ruta México-San Cristóbal, emprendida por lo menos tres veces al año con el mismo afán. He de tomar en cuenta también los largos recorridos a casa, subiendo y bajando de metros, camiones, puentes peatonales, pastizales, viejos caminos, paliando con ellos la distancia y un cierto destino del día. Ahí está, en estas menciones, mi recurrente sensación de viaje, de movimiento, de cambio, de alteridad. Ahí está mi primer

acercamiento con esta noción de viaje. Por eso la elegí, para explicarme dentro de esas acciones los cambios de espacio, de tiempo; las pequeñas maravillosas cosas que pasan en silencio.

De ahí mi interés por los viajes y viajeros; por los grandes libros que enseñan, a mi juicio, que las maravillas se encuentran caminando en pos de ellas; que no basta con huir al hemisferio opuesto de donde te localizas para encontrarlas, hay simplemente que aprender a mirarlas con los ojos de quien vive y viaja por primera vez.

Esto es a grandes rasgos la justificación concerniente al tema del viaje en general; falta aun lo referente a Chiapas y mi interés por los viajes a la Selva.

B. Traven, el gran viajero alemán extranjero en Chiapas, decía que “la patria es el contenido de todo lo que significa alegría, felicidad, tranquilidad, paz, vida, amor, poesía, arte, religión, dios o paraíso”¹¹. Dicha mención suena paradójica si pensamos en el carácter expatriado de este autor, en su autoexilio a la tierra que mas tarde considerara prometida. Por otro lado, una verdad se subsume intrépidamente dentro de ella: la patria es un “contenido”, un lugar abierto, expectante; que puede existir pese al terruño de nacimiento, o a la tierra de la que se parta (de eso nos da cuenta la misma vida de Traven). La condición del viaje carga precisamente con esa flexibilidad de fronteras, con una cierta apertura que disloca los amarres al suelo y permite al hombre volar hacia otras expectativas, hacia otras realidades. Chiapas permite justamente ese desplazamiento, entrar en su territorio y encontrar el contenido de una nueva patria, de un nuevo suelo que augure la promisión de un mundo diferente. Así ha acontecido en su historia: largas peregrinaciones de hombres en busca del porvenir llegaron a esa tierra con afanes aventureros, topando en su viaje con heredades fértiles, paisajes maravillosos, lugares inhabitados..., en fin, con esa

¹¹ B. Traven, *La rosa Blanca*, capítulo VIII, México, Seix Barral, 1929, p. 30.

alegría, felicidad, tranquilidad, paz, vida, amor, poesía, arte, religión, dios o paraíso, de la que habla Traven.

Durante años ese territorio ha sido el lugar privilegiado para la aventura humana, aun hoy en día, las oleadas de gente proveniente de otros lugares del país y de otros países, siguen existiendo. Chiapas continúa llamando la atención, pese a su crecimiento demográfico y a su insospechado debilitamiento ambiental, como el lugar idóneo para “gozar la vida”. ¿Cómo habría yo, habiendo nacido en esa tierra, eludir estos hechos sin intentar arriesgar un estudio, a partir de su literatura, que pretenda fundamentar el por qué del viaje hacia esta tierra? En el intento, habremos de decir, encontramos que era muy difícil abordar, o tratar de abordar, toda la literatura de viajes nacida en Chiapas. Es por ello la decisión de enfocarnos sólo a una región comprendida dentro de su geografía: la Selva; consideramos además que ningún otro espacio del estado se presta tanto como éste para la reflexión sobre la idea del viaje.

La Selva Lacandona, extendida hasta la región del Soconusco, ha sido y sigue siendo, a pesar de su creciente explosión demográfica, uno de los puntos terrestres más impresionantes del mundo, resguarda aun la portentosa reserva ecológica Montes Azules (una de las más grandes del globo); al mismo tiempo, abriga eminentes centros arqueológicos tales como Bonampak, Yaxchilán y Palenque, que junto a sus sendos paisajes, renuevan la mirada de cualquier espectador. Por eso, por su riqueza innumerable, por su atractivo, decidimos enfocarnos en ella, e intentar, desde ahí, rescatar del silencio algunos relatos nacidos del viaje a su interior, con la intención de formular una especie de recorrido que transite entre el tiempo en el que se cuentan dichos relatos y las anécdotas que sabemos sobre los que viajan.

El cuarto capítulo y último de esta tesis es un recuento, pues, de esas distintas manifestaciones de viaje, narradas a través de diversos tipos de relatos.

Hemos intentado mostrar cómo y cuándo llegaron los primeros viajeros a la selva, cómo se descubrió y qué siguió después de ese develamiento. No es una muestra exhaustiva, he de admitir. Existen muchos otros libros cuyo relato devino también de una aventura por la selva chiapaneca; no obstante, tratamos de abordar la mayoría, los que ocuparon largas horas de nuestra lectura y reflexión, los que sobresalen por su belleza y maestría, los que, a nuestro juicio, son claro ejemplo de literatura de viajes.

Queda pues esta tesis como testimonio de la búsqueda incansable por conocer lo que esconde como abismo la palabra “viaje”. He de decir que esta investigación significa la travesía emprendida en pos del conocimiento, en pos de un encuentro con la tierra que habría de ver a través de las palabras. Mis viajes, retrayendo a Fernando Pessoa, “son una cosecha dolorosa y feliz de grandes alegrías, de tedios enormes, de innumerables falsas saudades”¹². Esta tesis significa eso: un viaje, una dolorosa cosecha llena de alegrías, una aventura en la que me interné desde el comienzo con la fe siempre dispuesta a continuar y a conocer. Los viajes me enseñaron a amar profundamente cualquier partida, a vivir las salidas como una escapada temporal de la rutina, a mirar los paisajes, abiertos como mares, como las más célebres pinturas o fotografías a recordar. Quiero terminar esta introducción con una frase también de Pessoa: “¿Viajar?... para viajar basta existir. Voy día con día, como de estación por estación, en el tren de mi propio cuerpo, o de mi destino, recargado sobre las calles y las plazas, sobre los gestos y los rostros siempre iguales y siempre diferentes como al final los paisajes son.”¹³

¹² *Libro do desasosegó* por Bernardo Suárez, en *Obra en prosa de Fernando Pessoa* Introducción y nueva organización de textos de Antonio Cuadros, Río de Janeiro, Libros Europa América, 1985. (Traducción de Mario Bojorquez).

¹³ *Ibidem*.

I. ¿QUÉ ES EL VIAJE?

Intentemos mediante este apartado abrir nuevas-viejas puertas para sumergirnos en el entendimiento de lo que respecta a la palabra “viaje”, al concepto “viaje”, a la idea “viaje”, al motivo “viaje”, al fenómeno “viaje”, etcétera. Aquí pensamos el viaje como el motor principal del desarrollo de ésta y otras reflexiones, con la idea clara de que el quehacer de pensarlas no agota ni en lo mínimo su amplitud, sino que al contrario, las expande infinitamente cada que se roza su contenido.

¿Qué es el viaje? y ¿qué se entiende por viaje? son dos de las preguntas con las que comenzaremos esta disertación, a sabiendas claro está, de que las respuestas son innumerables. La tarea estribará justamente en mencionar por lo menos algunas de ellas, con la intención de establecer un sendero que nos sitúe de una manera más clara en la “idea” general de esta tesis.

Desde el inicio de los tiempos, en la prehistoria, mucho antes de la existencia de las historias como tales (la occidental, la oriental, etcétera) se habla de seres nómadas en busca de espacios propicios para vivir; de caminantes que no contentos con las condiciones espaciales, recorrían largas distancias con el cometido de “encontrar” el lugar ideal para establecerse, para fundar la “especie”, para perpetuarla. Sean mitos o no estas historias, lo que nos interesa decir es que desde ahí, desde ese pasado inhóspito, podríamos comenzar a advertir la idea del “movimiento”, del “recorrido” hacia “otro” lugar, hacia un “nuevo” lugar; y es que durante siglos lo que se ha entendido por “viaje” es justamente eso: el recorrido que se hace de un lugar a otro, el movimiento espacial y temporal al que se somete alguien con una o varias finalidades. Valdría la pena ampliar un poco esto:

Viaje ‘acción de viajar o ir de un lugar a otro’ (viajar ‘trasladarse de un lugar a otro alejado del primero’, *viajero* ‘que viaja’): catalán *viatge*, del latín *viaticum*

‘provisiones para un viaje; dinero para gastos de viaje’, *de viaticum*, neutro de *viaticus* ‘de viaje’, de *viatus*, participio pasivo de *viare* ‘viajar’ (de *vía* ‘camino’)¹

Viajar quiere decir moverse, trasladarse a otro sitio, a otro territorio; aventurarse a la conquista de otro espacio, de otro horizonte, en un intento constante de que exista un conocimiento o reconocimiento de lo “otro”. Ésa es la tarea del viaje y su pertinencia en éste y todos los tiempos; el ser un racimo de incitaciones que invitan a la aventura humana, que mueven al *ser* a una renovación constante, e invocan mediante ella el propio caminar de la historia como tal. He aquí que en la *génesis* que explica cualquiera de las historias que conforman cada una de las culturas existentes en la tierra, se habla de un viaje, de un recorrido, hasta de un exilio; del ritual itinerante que emprenden uno o más individuos en la búsqueda de la llamada “tierra prometida”. Veremos así la historia de Occidente poblada de una inmensa cantidad de relatos de viajes: desde los que atestigua la Biblia, hasta los que escribieron los diversos viajeros que cruzaron el mundo, y los que innegablemente siguen escribiendo los que lo cruzan hoy, dentro de la llamada “literatura de viajes”². El viaje ha estado presente desde la antigüedad, y lo seguirá estando mientras exista una cuantiosa diversidad de seres humanos, de territorios, de idiomas, de culturas, de psicologías; mientras “lo conocido” para cada hombre sea insuficiente y exista en su interior la necesidad de ampliarlo; mientras la propia existencia sea un

¹ Guido Gómez de Silva, *Breve diccionario etimológico de la Lengua Española*, FCE, 1999, p.718.

² Aunque no existe una “Literatura de viajes” como tal, se ha denominado con este nombre al conjunto de obras literarias escritas a partir de un viaje. “La primera expansión del libro de viajes se ubica en la época inmediata a la gran era de las exploraciones europeas, y para muchos críticos su edad de oro tuvo lugar entre la segunda mitad del s. XIX y el periodo de entreguerras. Ciertamente, la escritura de viajes sigue siendo un género necesariamente ligado a los tiempos y pueblos que han entendido el arte de viajar y la comprensión de lo extranjero como un rasgo fundamental de su cultura. (Cita tomada del libro de Tatiana Escobar, *Sin domicilio fijo*, México, Paidós, 2002, p.35.

acontecimiento finito y el deseo de perpetrar en ella las “sensaciones” siga existiendo.

Ahora bien, ¿qué lleva al hombre a viajar, a trasladarse, a moverse?, ¿qué motivos oculta dentro de sí mismo el propio fenómeno de viajar? Hay muchas cosas que decir y que especular alrededor de estas dos cuestiones; tratemos de acercarnos a algunas de sus respuestas para seguir trazando el hilo conductor de este trabajo.

Viajar es situarse en la posibilidad de *descubrir* mundos, sorpresas, lo *nuevo*; y es la búsqueda de esa novedad y esa sorpresa como sustancia del viaje lo que justamente induce al ser humano a lanzarse al cometido de descubrir *algo*; algo que en cierta medida se diferencia de lo habitual, de lo que por “costumbre” existe en el interior del espacio y el tiempo que se habitan. Incluso, el viajero hipotético que se desplaza convencido de ir hacia “lo mismo”, descubrirá –quizá a su pesar– que el movimiento lo lleva a “lo otro”, incluido él mismo. Ernst Bloch escribe que “el viaje persigue, por lo menos, una imagen desiderativa de un bello ser diferente en este punto lejano, una imagen que se hace corpórea en el ambiente extraño con sus maravillas recién contempladas”³. Viajamos para sorprendernos, para “no enmudecer” dentro de los círculos que la cotidianidad traza de una manera tan silenciosa. Viajamos para respirar “aires distintos”, para darnos aire, para renovarnos. He aquí lo repetitivo del viaje a lo largo de tantos siglos: su exigencia de renovación. Todo viaje trae consigo la *esperanza* de surcar mundos nuevos, de provocar acontecimientos nuevos, por lo tanto, de paliar los estragos que dejan consigo la rutina y el silencio de la costumbre.

La sorpresa, lo nuevo, los mundos en descubrimiento posibilitan la renovación en el ser humano. De ahí el gusto por aventurarse en los viajes, que no es otra cosa que aventurar al conocimiento. Ese gusto guarda consigo una

³ Ernst Bloch, *Op. cit.*, p. 430.

dimensión de *juego*, como soltar los dados en el cubilete para ver qué depara la fortuna; cómo son golpeados los elementos del azar. Ésa es otra de las características del viaje: su sentido de juego. Johan Huizinga reflexiona en torno al sentido de re-creación que acompaña al juego⁴. El viaje también es un recreo. Un recreo que invita a la re-creación de los mundos en descubrimiento, a la re-creación de los espacios que se dejan y se alejan. El juego también invita al olvido temporal, a jugar a ser extraños en un espacio extraño; de ahí que vivamos con más fervor el ritual de la sorpresa. No es gratuito que al pisar una tierra ajena el inconsciente decida “vivir” de otra forma, enfocarse de otra forma en el tiempo, hacer de otra forma las tareas vitales. Bloch dirá al respecto:

El encanto del viaje se refiere también, desde luego, a una belleza sólo a medias subjetiva, a una belleza, por tanto, recubierta con extrañamiento desde el punto de vista del mero espectador y de la mera imagen desiderativa de la cosa exagerada. En los países extraños nadie es más exótico que el extraño mismo, y por eso el país extraño no está nunca bellamente extrañado, y el oriundo, además de la propia miseria que el viajero entusiasta no ve, tiene él mismo el deseo de lo extraño. El deseo quizá de aquel mundo de donde el viajero entusiasta proviene; todo ello motivado por el deseo subjetivo, común a ambos, de extrañamiento.⁵

Desde esta perspectiva, el viaje nos enfrenta con mundos diferentes al propio, a nuevos espejos, a espejos de “alteridad”. Todorov señala que “el

⁴ Cfr. *Homo ludens*, particularmente “El juego como proceso”, en donde Huizinga reflexionará en torno al juego como posibilidad ontológica de “desplazarse” hacia otros mundos, de estar en un estado de continua inestabilidad o volatilidad. Johan Huizinga, *Homo ludens*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 29-48. Asimismo, existen otros autores contemporáneos que hacen estudios importantes sobre la noción de juego y su correlación con las temáticas del viaje. Como ejemplos podríamos citar a Hans Geor Gadamer, quien dice que el juego es un acontecimiento que (al igual que el arte) se trans-forma o que viaja, por así decirlo, a través de la historia de la tradición, siendo constantemente “otro”, cfr. *Verdad y método I*, Ediciones Salamanca, Sígueme, 2000, pp. 143-159. Eugen Fink, por su parte, también da cuenta de ese carácter multidimensional del juego, al hablar de la coexistencia y multiplicidad de diferentes “mundos lúdicos” que nos transfieren hacia distintos escenarios y distintos “paisajes” ontológicos. El juego, en este sentido, es la oportunidad para “viajar” por otros mundos, cfr., *El oasis de la felicidad*, Centro de Estudios Filosóficos, México, UNAM, 1966, pp. 17-24.

⁵ Bloch, *Ibidem*. p.429.

verdadero viaje es el que se hace con relación a otro, ya sea éste un individuo o una cultura”⁶; aquel que nos hace reconocernos apenas como los que somos, porque esa acción lúdica de olvidarnos momentáneamente del que somos para imbuirnos de lo “exótico” que se nos presenta en un mundo extraño y diferente, nos convierte en “otros” nuevos seres. El reconocernos como “otro” de los “otros”, nos conduce a los laberintos borgesianos de “siempre ser otro y el mismo”⁷, o, bajo otra formulación, a decir, como diría Rimbaud, *Je suis un autre* (yo es otro).

El enfrentamiento con la alteridad, el recorrido hacia fuera del círculo en el que se mueve la mayoría de las cosas conocidas, la acción lúdica, son algunas de las características que carga el fenómeno del viaje; sin ellas, éste no sería un motor, un impulso de conocimiento, de búsqueda. “Espacio del deseo, zona de ensueño, de reflexión, de aventura, de nostalgia o porvenir”, como dirá el argentino Jorge Monteleone⁸.

Hay, sin embargo, diversos modos de viaje:

El itinerario clásico, con largas estancias en ciudades-museo, donde el viajero se satura de obras de arte. El viaje hacia escenarios grandiosos y paisajes desconocidos. El viaje exótico: la iniciación en Oriente, el recorrido por culturas ajenas, nacidas en el confín del tiempo. La exploración urbana en las ciudades amadas, que extienden el ámbito privado hasta convertirse en una proyección del individuo. El viaje donde lo imaginario y el ensueño transforman el espacio real. El viaje cuyo móvil es el conocimiento y el aprendizaje de pueblos admirados. Incluso el viaje que conduce al crimen.⁹

⁶ Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, México, s. XXI, 1991.

⁷ Borges plantea en la mayor parte de su narrativa, entre otras cosas, la idea de la “otredad”. El hombre —pareciera decirnos—, es un ser que carga con otros seres dentro de sí; que lucha por encontrar al verdadero, ya sea al que interactúa en la realidad o al que la niega desde esa realidad. *Cfr.*, por ejemplo, “El jardín de los senderos que se bifurcan”, o “Pierre Menard, autor del Quijote”, entre otros, en *Ficciones*, Barcelona, Editorial Planeta-De Agostini, 1985.

⁸ Jorge Monteleone, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*, Buenos Aires, El ateneo, 1998, p. 12

⁹ *Ibidem*, p. 11.

Ésta y otras tipologías¹⁰ inducen a los escenarios que plantea y ha planteado el viaje desde épocas inmemoriales. Y es la literatura la que los guarda desde siempre, porque es ella “la zona ideal donde se puede transformar todo recorrido en un discurso”¹¹.

Por literatura se entiende, como lo sugiere su raíz etimológica *–littera–*, todo cuanto a las letras se refiere. “Con frecuencia se designa con este término el conjunto de obras literarias producidas por la actividad del hombre en todos los tiempos y en todos los países.”¹² Sea entonces un conglomerado de obras escritas, una carta, un poema; lo que nos interesa subrayar es que la literatura es un camino en donde los periplos humanos cobran y han cobrado importancia a través de los siglos; un camino en donde la imaginación ha creado espejos alternos para que pueda verse la realidad histórica desde otra frontera; un camino, en fin, que traza y da sentido a la vida.

Desde tiempos pasados la literatura ha albergado un conocimiento singular del mundo, la historia, la realidad, los procesos individuales. Ha sido el ámbito de las “confesiones”, las divergencias, los sinsabores, las derrotas; ha cuestionado desde su interior a la sociedad, el medioambiente, la política. Y ha reflejado extraordinariamente los círculos que encierran al alma humana venturosa y gratificada ante la existencia. La vemos así deambular entre rapsodias, epopeyas, poemas épicos, poesía contemporánea, ensayo, cuento, novela, teatro, y entendemos que ella misma, su caminar, es una historia particular del tiempo. Nos da por consiguiente una lectura particular de la vida, una sustancia que la

¹⁰ Tzvetan Todorov señala, por su lado, la existencia de diversas clases de viajeros, entre los que destacan: 1. El asimilador, 2. El aprovechado, 3. El turista, 4. El impresionista, 5. El asimilado, 6. El éxota, 7. El exiliado, 8. El alegorista, 9. El desengañado, 10. El filósofo. Cada uno de ellos aparece, en el texto, caracterizado de modo singular, cosa que permite diferenciar a unos de otros. Véase Todorov, *op. cit.*, pp. 386-396.

¹¹ Monteleone, *Op. Cit.*, p. 11.

¹² Francisco Montes de Oca, “*Teoría y técnica de la literatura*”, México, Editorial Porrúa, 1991, p. 10.

Historia (entendida como historia monumental o historiográfica), no consigue, porque no hay nada que se acerque tanto a la médula del *ser* como lo hace la literatura.

Así la literatura es un recorrido por los avatares de la existencia; un cambio de espacio y de tiempo, una salida de los límites, una búsqueda incesante de lo alterno, una captación de la alteridad, un reducto de novedad y a la vez de extrañamiento, un encuentro siempre con la “belleza”. Aloja dentro de sí pensamiento y lenguaje, frontera y espacio abierto, ideología y disidencia. Aventura su ritmo al ritmo que lleva el tiempo y desde ahí lo abstrae, lo condena, lo eterniza.

Es desde esta frontera literaria donde me interesa captar al viaje. Esa frontera lingüística de la que nace el relato, la narración, por consiguiente de la que nace el conocimiento o recorrido singular que plantea cada libro. “El relato, la relación, la narración son connaturales al viaje; y, de algún modo, la condición de existencia de un viaje residiría, en parte en la posibilidad de ser narrado”¹³; narrado a modo de crónica, de diario íntimo, de relato de exploración o de ficción.

Los libros de viajes son entonces relatos que trabajan como espejos del recorrido que un autor hace a través de un territorio, sea éste real o imaginario. Juegan como cualquier otro relato con el espacio y el tiempo, se mueven en éstos estratégicamente para lograr un resultado en el lector. Finalmente, lo que hace a cualquier relato subsistir a través del tiempo es la posibilidad de ser leído, y que dentro de esta acción se dé un descubrimiento, pues “no hay relato sin descubrimiento”¹⁴. Escritura y memoria funcionan dentro de él acompañadas; danzan paulatinamente, unas veces con toques de invención, otras con fidelidad a la realidad para trazar los círculos que promete cualquier narración de viaje.

¹³ Monteleone, *Op. Cit.* p. 14.

¹⁴ *Ibidem*, p. 17

Monteleone destaca dos rasgos en los relatos de viajes:

El primer rasgo consiste en que ese relato, antes que el espacio particular de un recorrido, corresponde a la imagen particular de un sujeto. “El mundo nos hace ver nuestra imagen”, dice el poema “El viaje” [de Charles Baudelaire]. El relato del viaje se halla enlazado con la serie de múltiples relatos que conforman nuestro mundo imaginario. Pero al mismo tiempo, el sujeto imaginario de ese relato reinventará a la vez el espacio de su recorrido. En ello reside el segundo rasgo.¹⁵

Estos dos rasgos nos vuelcan de nuevo a la cuestión de la “alteridad” en el viaje: “nos gusta saber –señala Nicholas Gueudeville– qué produce y qué hace la naturaleza, más allá del vasto espacio que separa a un país del nuestro; aspiramos a conocer la calidad de espíritu, la religión, las leyes, las costumbres y los habitantes de una gran cantidad de hombres a los que ni siquiera creemos parecemos, y a los que el gran alejamiento apenas nos permite considerar como individuos de nuestra especie”¹⁶. El viaje pretende ir más allá de las fronteras de uno mismo para conocer “lo otro” que se presenta tan enigmático a los ojos de lo conocido; pretende arribar a naturalezas disímiles y probablemente a mundos inexistentes. Sin embargo este deseo, habrá que resaltar, sólo lo tienen el sujeto del viaje o el lector de su relato; con esto quiero decir que a pesar de las diferencias que existen en el mundo, entre territorios, fronteras, lenguajes, la imagen de lo “otro” la funda “lo uno” como proyección: “el sujeto del viaje descubre la imagen del Otro y de lo Otro, pero en él proyecta la imagen de sí mismo”¹⁷, lo que quiere ver, lo que quiere sentir, lo que quiere vivir y, “a las sorpresas de uno mismo se unen las sorpresas del país desconocido, de la hermosa y extraña ciudad; incluso sobre lo más mate cae luz, y lo vivo se

¹⁵ *Ibid.*, p. 17.

¹⁶ *Cfr.* Todorov, *Op. Cit.* p.313.

¹⁷ Monteleone, *Op. cit.*, pp. 17,18.

convierte en figura.”¹⁸ El viajero en esa acción de cruzar, de trasladarse, de moverse, ya sea dentro de un relato, de un diario, de una memoria; o dentro incluso, de la realidad misma, lo que hace es llenar de subjetividad lo que ve, proyectar su propia mirada al paisaje contemplado, provocar que desemboquen en él sus aspiraciones y extrañamientos, su costumbre frente a la nueva realidad expectante.

Este encuentro con lo otro de los relatos de viajes, en general de la literatura de viajes, ha provocado que el género se expanda y subsista a través de los siglos. Su eficacia reside en poder mostrar cartografías escondidas, en acercarlas y hacerlas nuevas todo el tiempo. En fundir en ella médulas vivientes de realidades ajenas, incluso en hacerlas parte inequívoca de ficciones que las ensanchan a nuevos horizontes. Michel de Montaigne decía que la virtud del viaje y de los relatos de viajes consistía en poder “frotar y pulir nuestro cerebro contra el de otra persona –y concluía–; no es más que explorando el mundo como se llega más al fondo de uno mismo”¹⁹.

Los relatos de viaje son eso: búsquedas incesantes de alteridad develada. Anécdotas enriquecidas dispuestas a batirse contra el tiempo, muestras fraccionadas de realidades, estuches de recuerdos, periplos resueltos. Cuentan hallazgos de otro mundo, fundan la historia inventada, la que da cuenta de los huesos y no de la piel; reflejan el paso de los días, los cambios de conciencia, la inexorable finitud del momento; son en sí un momento en constante extinción. Pretenden abstraer las cosas del olvido y marcan así una ruta de recuerdo, de conocimiento, de singularidad. Crean y recrean espacios, funden la cotidianidad con recuerdos y esperanzas, entrecruzan mirada y versión, conspiran y provocan,

¹⁸ Bloch, *Op. Cit.*, p. 427.

¹⁹ Michel de Montaigne, *Ensayos escogidos*, prólogo, selección y traducción de Manuel Granell, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949. I, 26, p. 1152.

causan estremecimiento y asombro. Son, en fin, brebajes contra la vejez del tiempo.

II. EL RELATO Y EL VIAJE

Dice Helena Beristáin que “la esencia del relato consiste en que da cuenta de una historia; narra o representa una historia; comunica sucesos, ya sea mediante la intervención de un narrador [o sin la presencia de éste, tal es el caso de la representación teatral]. El cuento, la novela, la epopeya, la fábula, el mito, la leyenda, son relatos narrados.”²⁰

El relato de viajes sería entonces, como hemos venido sugiriendo, la narración de sucesos reales o imaginarios que dan cuenta de uno o varios sucesos acaecidos en el trayecto, recorrido, movimiento, que sufren uno o varios personajes. Dichos sucesos se disponen de manera precisa en la narración (cosa que permite diferenciar un relato de otros) utilizando diversos artilugios narrativos en cuyo fondo se encuentran los puntos nodales del viaje. Tales puntos podrían condensarse, con riesgo de parecer demasiado deterministas, en el espacio itinerante, la descripción de lugares, de trayectos, de fronteras, el encuentro con “lo diferente”, entre otras cosas que se irán mencionando. Todo relato tendría entonces que almacenar dentro de sí alguno de estos puntos para afirmar que se trata de un relato de viajes. Bajo esta perspectiva toda la literatura, o la mayor parte de ella, todo escrito, cabría dentro de esta tipología. Quizá sea esta una de las cosas que no permite al género de viajes tener un estante preciso en la extensa biblioteca de la literatura universal. Pese al riesgo que implica el propósito de particularizar las características de la literatura de viajes, prosigamos en el intento de desmenuzar los hilos que tejerían, muy por encima del manto, los posibles límites de este género de las letras universales.

En este sentido, ¿qué es al fin y al cabo un libro de viajes? Tatiana Escobar lo define del siguiente modo:

²⁰ Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2003, p.424.

Podría tratarse de un texto en el que se relata lo encontrado en tierras lejanas, el registro de un encuentro que en el mejor de los casos no se limita a la pura reflexión sobre gentes y paisajes extranjeros, en la medida en que, a partir de la cálida sensación de estar fuera de contexto, el autor ofrece además un entramado de condiciones sociales, históricas, políticas y culturales, procurando mantener un delicado balance a caballo entre la pieza de virtudes meramente estéticas y el documento con visos científicos [...] Se trata de una narración en primera persona legitimada por la experiencia vivida. A diferencia de otros géneros narrativos, aquí el viaje y sus mecánicas funcionan como eje de la escritura, de tal suerte que se teje, no ya un mundo de ficción cerrado y autónomo como el que requiere la novela, sino un puente a la realidad, un discurso abierto y curioso, ávido de encuentros que se quiere a la vez legítimo y veraz. Un puente a la realidad, sí, pero un puente que descansa en las estrategias retóricas de la ficción.²¹

Un libro de viajes, diremos a partir de lo anterior, sería aquel que habla y teje su circunstancia a partir del viaje, aquel que desmenuza a través de su relato las particularidades de ese viaje; y lo hace probablemente añadiendo a la narración dosis de ficción, posibles mentiras, mitos nacidos de la suposición de respuestas no encontradas en la realidad. La intención de dichos libros consistiría en dejar claro a los ojos del lector que dentro de su relato está implícito o explícito un movimiento, un recorrido, un encuentro y que es justamente por eso que existe como tal, bajo el rótulo de “libro de viajes”. De ellos se desprenden las grandes apologías del extranjero, los encuentros mediáticos con “otros” mundos, las develaciones de nuevos territorios. Por ellos se dio a conocer y se sigue conociendo lo que sucede más allá de las fronteras que limitan al ser; lo que une y diferencia a los unos de los otros. Dan cuenta de las novedades y maravillas que conforman un territorio, invitan a la aventura humana —como ya se ha dicho— promoviendo derribar los límites que enclaustran el conocimiento, el tiempo y el espacio. Todo ello se hace posible por la condición de haber sido narrados, relatados, y de que existan como testimonio escrito.

²¹ Tatiana Escobar, *Op. Cit.*, p.35.

Estos [los relatos de viajes] unen al atractivo de la novela la instrucción de la historia; recrean nuestro espíritu a la vez que lo iluminan con la descripción de los lugares visitados y de sus habitantes. Viajar es aprender a conocer, a compararse, a juzgar y a volverse mejor; es poner la inteligencia en relación con la de otros pueblos; es acrecentar la esfera de las ideas y prepararse para el porvenir una multitud de goces inagotables; es penetrar cada vez más en las infinitas maravillas de la naturaleza, y en los secretos aún más infinitos del corazón humano.²²

La literatura de viajes abre así sus puertas y deja entrar bajo el principio de “tratarse de un viaje” a todos aquellos relatos que van desde la crónica, la carta de relación, la relación, el diario íntimo, hasta la propia ficción como tal. Tenemos así que el género comprendería una innumerable cantidad de escritos bajo cuyas redes se tejen tramas de viaje. Dichos escritos “reúnen, pues, a las metáforas, a los símiles, a la presentación de curiosos personajes, a la frescura de los diálogos oídos al vuelo o sostenidos en tránsito, y recurren sobre todo a la descripción para dar cuenta de lo visto [...] También dan cuenta de lo vivido, de lo pensado, y de cómo cambia en el trayecto la propia geografía de sus juicios, todo ello en un tono entre confesional y reflexivo que toma de la memoria y del ensayo”²³. El viaje se deja ver en cada uno de dichos escritos de distinta manera, cobra importancia y se desarrolla de un modo particular, dependiendo de la dinámica que ejerza el autor para tratarlo y de la propuesta inicial que lo soporta.

Las diferencias entre un tipo de viaje y otro son inagotables; sin embargo, existen eventos, circunstancias, búsquedas que podrían converger, ser simétricas entre unos y otros; realizar una mínima tipología nos permitiría mirar en su conjunto la literatura de viajes bajo modos específicos de trabajo. Dicha empresa lleva a enfocar, con el mero propósito de trazar diferencias, dos perspectivas: los viajes que trazan su relato a partir de la realidad, dentro de un tiempo, por medio

²² Montémont, *Voyages nouveaux par mer et par terre, effectués ou publiés de 1837 à 1847 dans les diverses parties du monde*, Paris, A René, 1847, t.1, pp. 10-11

²³ Tatiana Escobar, *Op. cit.*, p. 36.

de la crónica; en donde contemplaríamos: las cartas de relación, las relaciones, el diario íntimo, la autobiografía. Y los viajes que se dan a través de la ficción: los viajes “novelados”.

I. VIAJES Y VIAJEROS REALES. EL VIAJE A TRAVÉS DE LA CRÓNICA

Diremos para comenzar este apartado que la literatura de viajes es “la expresión con la que se designa un subgénero literario que en sus diversas modalidades (crónicas de descubrimiento y de exploración, itinerarios de peregrinos, cartas de viajeros, relaciones, diarios a bordo, novelas de viaje, etcétera) es un elemento recurrente en la manifestación cultural de distintas épocas y países”¹; un elemento que busca, entre otras cosas, como lo hemos dicho, la captación del movimiento, del trayecto, del recorrido, del viaje, que sufren, tanto los personajes reales como los imaginarios.

Si la literatura de viajes es una “expresión” que a través del relato da cuenta de diversos periplos humanos, lo que nos interesa aquí es ver cómo lo hace a través de la gran modalidad que propondremos con el título de “crónica de viajes”, y que a nuestro parecer contemplaría las “cartas de relación”, los “diarios de viajeros”, los “itinerarios de peregrinos”, la “autobiografía”, entre otras submodalidades cuyo encuentro con el viaje se da a partir del planteamiento real del tiempo, el espacio o la Historia. Es decir, en cuyo fondo existe un deseo por traslucir lo que ocurre detrás de una experiencia real de viaje, y como real entendemos eso que acontece en un tiempo y un espacio históricos; verificables dentro de contextos geográficos, políticos, religiosos, de una historia particular.

Ahora bien, la crónica definida como “una modalidad de literatura historiográfica consistente en la narración de acontecimientos durante un determinado período histórico y según el orden en que han sucedido,”² podría sugerirnos que en su relato se entrecruzan momentos y caminos históricos que cobran sentido cuando tocan la realidad para reflejarla o configurarla de otra manera a los ojos del lector. Su relevancia radica en permitir, a la par de un

¹ Demetrio Estébanez Calderón, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, pp.1078-1079.

² *Ibidem*, pp. 237-239.

conocimiento o reconocimiento del espacio en el que se sitúan los eventos que se cuentan o se describen, un viaje en el tiempo motivado por el traslado histórico que sufre el lector cuando lee un pasado a través de lo relatado por el autor. En la crónica de viajes, dirá Margarita Pierini, “el hilo del discurso está dado por un itinerario que se desarrolla siguiendo una cronología. El viaje en el espacio es necesariamente un viaje en el tiempo. Varía según los viajeros y la importancia que éstos le otorgan al registro minucioso de lugares y fechas”³.

La crónica de viajes, diremos aquí, será aquella en cuyo fondo se encuentra planteado un itinerario, un recorrido, un movimiento o un traslado de manera clara y estratégica. El relato que nos cuenta se acomoda en el tiempo y en el espacio de un modo exclusivo: se apareja con “lo real” para cumplir el cometido de cronologizar lo que sucede en un punto específico del transcurrir de “algo” o de “alguien”. Su interés es más descriptivo que inventivo. Al cronista le interesa captar las minucias, los recovecos, los detalles, todo aquello que se desarrolla en un tiempo y un lugar específicos de la historia personal. Y a la vez le interesa captar también los grandes acontecimientos históricos; los que dotan de relevancia y pertinencia un transcurrir individual; los que apuntalan finalmente la conformación de las “ideas” sobre el presente, el pasado y, por qué no, el futuro reales.

La crónica de viajes carga en su fondo con un principio histórico; parte de él para hilvanar la trama del relato que se cuenta. Se encaja en un mundo en donde pesan los datos, las fechas, la gente, el espacio, el tiempo, la geografía, lo desconocido, la religión, lo pagano. Parte de ahí para tratar de contar cronológicamente, cual si un tribunal histórico esperara al final del cuento, lo que acontece en un lapso preciso, en un lapso donde un relato circular comienza y termina, o, en donde uno plano apenas comienza.

³ Margarita Pierini, “Un viajero austriaco en México. Los recuerdos de Isidor Löwenstern (1838)” en: *Literatura Mexicana*, volumen XIV, núm. 2, México, IIFL-UNAM, 2003, p.29.

Una crónica de viajes es, esencialmente, un libro descriptivo. [...] La descripción va intercalada con pasajes narrativos. En algunos casos, porque así lo exige la estructura de la obra, basada en un itinerario geográfico y cronológico a la vez: hay que dar cuenta de esos desplazamientos. En otros casos la descripción deja paso al relato costumbrista: desde una tertulia o una función de ópera hasta una modesta tarea de fabricar tortillas son “espectáculos” diferentes, y por ello materia de interés para la crónica de un viajero⁴.

Este acto de contar sobre “lo mirado”, de exaltar las cosas que suceden en un itinerario común y de volverlas parte intrínseca de un relato, nos lleva a advertir una idea crucial de los viajes: el *descubrimiento*. Aznar Vallejo dice que “los viajes de ‘descubrimiento’ son aquellos que suponen la ampliación del mundo conocido. A veces serán viajes de “re-descubrimiento”⁵. Quien, sin embargo descubre, es un “yo”: el del viajero; aquel en cuyo itinerario se encuentra el aspecto por descubrirse o por redescubrirse, el aspecto que ampliará, finalmente, el mundo conocido.

En las crónicas de viajes el “yo” juega un papel preponderante. A través de éste, el viaje cobra sentido, “de este modo, el viajero no es sólo un hombre dotado de capacidad de observación y dotes literarias: es un hombre [en] una tradición de descubrimiento. Es al mismo tiempo descubridor, conquistador y cronista”⁶. Dicha tradición nos conduce, inevitablemente, a los diversos significados de la palabra “descubrimiento”, la cual, según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, puede significar: “hallazgo, encuentro, manifestación de lo que estaba oculto o secreto o era desconocido.//2.

⁴ *Ibidem*, p. 37, 38.

⁵ Eduardo Aznar Vallejo, *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, ed., Síntesis, 2000, p.8.

⁶ Margarita Pierini, *Op, Cit.*, p. 37.

Encuentro, invención o hallazgo de una tierra o un mar no descubierto o ignorado.//3. Territorio, provincia o cosa que se ha reconocido o descubierto”⁷

En este sentido diremos que el descubrimiento, al significar encuentro, hallazgo, manifestación, dota a la crónica de viajes de la sustancia principal de su relato y, por lo tanto, “contribuye a cambiar la imagen del mundo y de la humanidad que lo habita. Ello se traduce, en primer lugar; en una representación más realista y útil del espacio geográfico”⁸. Esta representación más realista se convierte, para nosotros, en una de las características de la crónica de viajes: buscar informar al mundo, de la manera más real posible, acerca de lo que sucede en un tiempo y un lugar específicos, intentando, sin lugar a dudas, expandir el conocimiento de las épocas que se viven y se vivieron:

Al ampliar el mundo conocido, los viajes de descubrimiento hicieron variar la concepción del mismo, enriqueciendo el panorama de sus habitantes, fauna y flora, así como de las relaciones entre ellos. Esto tuvo repercusión en todos los órdenes de la vida, tanto materiales como espirituales, sobre todo porque los viajes fueron el primer paso en el proceso de expansión.⁹

Descubrir, sin embargo, no es una acción que pensemos intrínseca al acto de emprender un recorrido, un viaje. Si hay algo que estimula al descubrimiento es la posibilidad de sorprenderse, de maravillarse. “La búsqueda de las maravillas constituye uno de los más importantes atractivos de la exploración del mundo. Las maravillas son el gran tema de los libros de viajes”¹⁰, en especial, diremos aquí, de las crónicas de viajes. Y hablamos de maravilla como *mirabilia*, cuyo sentido y significado sigue siendo el del verbo latino ‘mirari’, que indica “admiración, sorpresa, gusto por lo nuevo y extraordinario, no por lo bello”.¹¹ Lo

⁷ *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, Tomo 4, vigésima segunda edición, Barcelona, 2001, p.524.

⁸ Aznar Vallejo, *Op. Cit.*, p.91.

⁹ *Ibidem.*, p. 9, 10.

¹⁰ *Ibidem*, p. 86.

¹¹ *Idem.*

maravilloso como búsqueda de novedad, de extraordinariedad, de asombro, conduce a los inevitables laberintos del “descubrir”; porque los hallazgos sólo vienen en la medida en que se los busca, y sólo son cuando no se los había visto jamás: “sólo hay maravilla si el objeto extraordinario está localizado en un único extremo del mundo, si es exclusivamente ajeno. Esa exclusividad es la condición de la sorpresa y la admiración”¹²:

Si el viaje es fácilmente proclive a lo maravilloso, es porque la partida hacia lo desconocido es un momento esencial de la aventura humana. El viaje encierra un mensaje: el mensajero, es decir; el viajero es el intermediario entre el secreto de los dioses y de las cosas y los hombres. De este modo lo desconocido se entrega a la humanidad.¹³

Las crónicas de viajes participan pues de la tarea del descubrimiento y de la noción de lo maravilloso. Ambos aspectos son trascendentales en su relato, probablemente uno de los motores que las caracterizan y las han hecho atractivas a lo largo de tantos siglos.

Buscar las maravillas, desear su encuentro como auténticos exotistas, privilegiar el deseo de descubrir, de hallar mundos diferentes en esencia al que se habita, creer en lo estrecho del horizonte, pensar tal vez en uno nuevo: todos éstos son quizá aspectos que el viajero-cronista, el biógrafo en travesía, el conquistador de tierras, ansían en su recorrido por el mundo. Como si algo fuerte y arraigado a la condición del movimiento impulsara a pensar así antes de salir del terruño; como si una historia determinara cuál es el modo de surcar el mundo y desear su conquista entre las manos.

Otra de las condiciones de la crónica de viajes es la cuestión que mencionamos en el apartado anterior: el encuentro con el “otro”, la noción de *alteridad* que, indudablemente, va ligada a las de descubrimiento y maravilla que

¹² *Ibid.*, p. 87.

¹³ *Ibid.*, p. 89.

hemos venido tratando. “Lo maravilloso, dirá Todorov, es todo aquello que es ‘otro’; la noción de diferente, la percepción de lo diverso, el conocimiento de que alguna cosa no es uno mismo.”¹⁴ Este culto a lo que “es diferente”, a lo que es “otro”, termina por germinar lo que resulta “maravilloso”, y qué es lo maravilloso sino eso para lo que no se tiene nombre. El descubrimiento, diremos a partir de esto, se enriquece ante la posibilidad del arrebato del nombre, pero del primer nombre, del que tienen las cosas en su punto natural despegado de los ojos del que “admira”, “conquista”, “descubre”. Ese arrebato primero, bestial, es el que permite descubrir, hacer el hallazgo, y por lo tanto, imponer un nombre: conquistar. El propio Bloch señala que “nadie puede escapar de su propia piel. Pero sí puede fácilmente meterse en otra, y de aquí que todo acicalamiento sea un ataviarse”¹⁵. Ataviarse para parecer “otro” momentáneamente, para cambiar de ritmo, lograr “no la paz y la beatitud eterna, no el horror, sino la guerra, con sus choques y remolinos llenos de embriaguez; la inefable diversidad.”¹⁶ La diversidad que clama particularidades infinitas, puntos de vista que asemejen ojos múltiples; nombres al fin que la pueblen de una u otra identidad:

Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta de que no somos una sustancia homogénea y radicalmente extraña a todo lo que no es uno mismo: “yo es otro”. Pero los otros también son yos: sujetos como yo, que sólo mi punto de vista, para el cual todos están *allí* y sólo yo estoy *aquí*, separa y distingue verdaderamente de mí.¹⁷

El fenómeno del viaje navega en estos laberintos de alteridad, fragua en ellos su postura dejando claro que viajar, además de traslado, movimiento, implica voluntad de lo “otro”, conocimiento del otro: ajenidad en potencia. La crónica de viajes refleja pues estos abismos, estos encuentros; es a la par de

¹⁴ Tzvetan Todorov, *Op. cit.*, p. 369.

¹⁵ Bloch, *Op. cit.* p.395.

¹⁶ Segalen, Victor, *Briques et tuiles*, París, Montpellier, Fata Morgana, 1975, p.75.

¹⁷ Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México, s. XXI, 1997, p. 13.

espejo, punto de quiebre entre cosmovisiones, realidades, filosofías, geografías, ciencia, etcétera:

En el terreno económico, las expediciones supusieron nuevas fuentes de aprovisionamiento y nuevos mercados. En cuanto al plano político, los descubrimientos tuvieron hondas repercusiones tanto en los sujetos agentes como en los pacientes [...] En el terreno cultural, los viajes de descubrimiento supusieron un intercambio de técnicas y experiencias artísticas, así como una mayor apertura de espíritu. La realización de estos viajes requirió, además, un soporte técnico, lo que propició un importante desarrollo interno.¹⁸

Los adelantos y el crecimiento del mundo originados por los conocimientos y extrañezas que los aventureros trajeron de universos diferentes al suyo se debieron, en muchos casos, a las evidencias escritas que ellos dejaron a partir de sus itinerarios: fueran cartas de relación entre reino y navegante, testimonios íntimos escritos a manera diario, crónicas ejemplares, y todo aquello que nosotros hemos venido a reunir bajo el nombre de crónicas de viaje. Dichos escritos, que ahora podemos encontrar tanto en archivos históricos como en libros publicados, recopilan esta información conformando el vasto acervo bibliográfico y hemerográfico que existe sobre los viajes a lo largo de tantos siglos. Dicho acervo captura infinitas travesías realizadas debido a múltiples razones: desde las que auspician los reyes o gobernantes con afán expansionista, motivando invasiones, conquistas, guerras, hasta las que hacen los propios navegantes por mera curiosidad geográfica. También están las que dan cuenta del acontecer del viajero en su encuentro con el otro; o las que, a través de informes (cartas de relación), capturan la realidad que se vive a los ojos del autor, en otras partes del mundo. Cada una de estas posibilidades se sitúa ante el viaje de manera particular, enseñoreando detalles únicos en cuyo fondo se delimitan relaciones y diferencias esenciales. No hay, sin embargo –y habremos de confesar aquí– o hasta el momento no lo hemos encontrado, un texto que contenga cuáles son

¹⁸ Aznar Vallejo, *Op. Cit.*, p. 9,10.

algunas de estas diferencias. Por lo tanto habremos de intentar marcarlas nosotros en lo subsiguiente con la finalidad de justificar, con mayor contundencia, el por qué de este apartado denominado “crónicas de viaje”¹⁹.

La crónica es una “historia en la que se observa el orden de los tiempos”²⁰, orden que junto con el del espacio conformarán el relato. Profundiza en la historia para generar una suerte de “informe” sobre lo sucedido en un lugar y una época determinados. Piensa en las revelaciones del instante, en los largos segundos en donde se conforma el individuo bajo el velo de la alteridad. Intenta ir más allá de la superficie de los acontecimientos; se sumerge en el lado oscuro de ellos y, desde ahí, trama su hilo conductor para narrarle al lector, al receptor, parte o el total de un itinerario, un movimiento, un recorrido, un “viaje” (éste es precisamente el caso de la “crónica de viajes”). Hay, sin embargo, distintas formas de narrar, de relatar este viaje; en todas ellas existe una dependencia frente al tiempo y al espacio “histórico”, “real”. Queremos hacer hincapié en esto porque en ello residirá, más adelante, la diferencia con lo que denominaremos “viajes de ficción o, viajes “novelados”. A continuación presentaremos algunas de las modalidades que junto con sus características, podrían quedar englobadas dentro de las fronteras de la “crónica de viajes”:

1. Cartas y Relaciones.

En el diccionario de *Términos literarios* el vocablo *carta* significa, entre otras cosas, “un escrito enviado a una persona ausente para hacerle saber lo que

¹⁹ Cabe anotar que tenemos conocimiento de que Alain Niderst (en “*Dictionnaire des Genres et notions littéraires, Nouvelle édition augmentée*, Preface de Francois Nourissier, France, 2001. Encyclopedia Universalis, Albin Michel), enumera cuatro formas posibles en los relatos de viajes: la primera es el *diario*, redactado durante el mismo viaje; la segunda el *relato*, compuesto una vez concluido el periplo y que por lo tanto supone una síntesis; la tercera la recopilación de *ensayos*, que reúne imágenes aisladas pero vinculados por un hilo conductor; y la cuarta la *ficción*, que utiliza el viaje como materia narrativa.

²⁰ *DRAE, Op. Cit.*, p.464

diríamos si estuviéramos en condiciones de hablar con ella”²¹ En este sentido, el género epistolar entraña un circuito de la comunicación (que consta de emisor, receptor y mensaje) parecido al que se utiliza al hablar; sin embargo, reserva un tiempo propio para su desenvolvimiento: el mensaje (la carta) puede ser enviado sin que exista, a pesar de su pertinencia, una respuesta inmediata, es más, a sabiendas de que ésta, jamás exista. Ahora bien, si la carta está dirigida a un receptor (en este caso el destinatario) y lleva inmerso un mensaje (lo que se desea comunicar), entendemos que todo esto acontece en un tiempo y espacio definidos, reales; así, el que escribe la carta comunica al destinatario una serie de sucesos ocurridos en un pasado o un presente históricos; sucesos que proporcionan datos sobre aspectos de la realidad o sobre sentimientos, emociones, ideas ocurridas en el tránsito de un camino. Dicha comunicación supone la experiencia del diálogo; pero un diálogo limitado a las coordenadas que traza el autor y la posible respuesta del receptor. No nos interesa aquí empero el intercambio de la experiencia epistolar como tal. Nos interesa ver el discurso de la carta como relato, como narración de lo sucedido, y sobre todo verlo a la luz de los viajes; es decir, aquella comunicación establecida entre una y otra persona con la finalidad de dar cuenta de los acontecimientos o de las noticias nacidas en el trayecto que conduce al encuentro con otros mundos (se dé un intercambio de ideas o no).

Las cartas que se denominan “de relación” fueron vehículos de comunicación que dotaron al viajero (al conquistador) de la posibilidad de mantener contacto con su patria “fueron informes que el conquistador enviaba al rey para que éste sancionase la legalidad de sus conquistas, fueron escritas entre 1519 y 1526”²². Debido a un imperativo del rey, los viajeros se obligaron a escribir relatorías sobre los procesos de sus travesías; las escribían a modo de

²¹ Demetrio Estébanez Calderón, *Op. Cit.*, p. 139.

²² Kruger Hickman, Kathryn D. *Literary strategies of persuasion in the Cartas-relaciones of Hernán Cortés*, Madrid, ed. Castalia, 1991, p. 31.

informe sobre lo realmente sucedido (aunque a la luz de la actualidad podrían parecer narraciones fantásticas)²³. Se llaman cartas de relación porque relacionan hechos, informes, comunican a un receptor específico, a través de un relato extenso, lo que sucede en un lugar y un momento específicos de la historia narrada.

Las “relaciones” por su parte, fueron conformándose en la medida en la que el receptor comenzó a volverse hipotético, es decir, cuando se amplió el público lector, y el rey dejó de ser el único destinatario del relato que contaba. Esto permitió a la “relación” existir de otra manera: sí con la intención de informar, pero no a un destinatario específico, sino a una comunidad, que al igual que el rey estaba interesada por saber de los acontecimientos que sucedían dentro de la expansión territorial. Las relaciones, diremos, comenzaron a adquirir tintes de Historia, en su fondo deseaban hacer partícipe al lector de la “verdadera” realidad de la conquista, y cada una se convirtió entonces en un verdadero relato de la conquista del Nuevo Mundo. Así, el número de relaciones hacia el nuevo mundo se acrecentó paulatinamente, conformando varias de las nociones que se tuvieron por varios siglos del nuevo continente.

Dichas cartas y relaciones entrelazan, en su relato, historia, mito, leyenda, visión, anécdota. Aunque están escritas con la finalidad de informar basándose lo más posible en la realidad: “frente a la realidad desconocida se busca un parámetro ya conocido para clasificarla, ubicarla en un orden previo, ya sea por

²³ “La reproducción en tierras americanas de mitos de la antigüedad de los medievales europeos tuvo una profunda influencia en los primeros años de la realidad del “nuevo mundo”. En este momento aún se concebía el terreno fantástico como un segmento de la realidad y lo prodigioso como creación misma. Durante la Edad Media la aprehensión cotidiana de la vida pasaba, de una u otra manera, por el tamiz de lo maravilloso, tendencia impregnada muchas veces de misticismo y de religiosidad, presente en las primeras reflexiones sobre el continente americano, de tal forma, el denso imaginario del medioevo comenzó a adquirir dimensiones específicas en estas tierras y, con el tiempo, se fusionó con temas y motivos culturales autóctonos” Ver el artículo “Imagen y construcción de la realidad” de la Dra. María del Mar Ramírez, publicado en la “Revista mexicana de comunicación”, número 87, junio-julio 2004. pp. 38-61.

contraste o por semejanza, para así poder asimilarla”²⁴. Este partir de algo conocido para clasificar lo que “no se conoce”, trae como consecuencia un relato, un informe que difiere de lo real porque parte de la suposición de lo que es “real”, “todo escritor de viajes –dice Margarita Pierini–, parte de una serie de esquemas preestablecidos, ya sea para reafirmarlos o para negarlos”²⁵. En este sentido se niega todo lo que es nuevo, lo que no se conocía antes, la forma de negarlo es mitificándolo, nombrándolo bajo el auspicio de nombres y experiencias conocidas:

El recuerdo metamorfosea lo real, o más bien presenta su verdad. Del viaje sólo quedan algunas horas de infinita profundidad. [...] Es decir, que toda literatura es una “búsqueda del tiempo perdido”, que sólo se lo recobra transfigurado. [...] El relato de viajes no es, pues, la descripción pintoresca de un Allá excitante y colorido; es simplemente un esfuerzo por suprimir el tiempo, y, como toda la literatura, debe mentir primero para decir la verdad.²⁶

Con lo anterior queremos decir pues que a pesar de la gran necesidad que existe en los relatos de viajes de esta índole (sobretudo en las cartas y en las relaciones de la colonia) por apegarse a lo real; siempre existirá, muy en la profundidad del relato, un grado de mentira, ficción, basado en la supresión de lo real: lo real es verdad en la medida en que se conoce, en la medida en que la experiencia, la cosmovisión, la cultura, la religión, la historia (tanto la personal como la del entorno), puede clasificarlo, explicarlo: “a menudo todo se reduce para el viajero, dirá Chateaubriand, a intercambiar en la tierra extranjera, ilusiones contra recuerdos”²⁷. En este sentido las cartas de relación y las relaciones, dan cuenta, como su nombre pudiera indicarlo (en una segunda acepción del término, no existente en el uso original), de la relación del viajero con lo que descubre: sea

²⁴ Margarita Pierini. *Op. Cit.*, p. 33.

²⁵ *Ibidem.*, p. 21.

²⁶ A. Niderst, “*Les récits de voyage*”, en Bernard Beugnot (ed.), *Récits, voyages et imaginaire. Actes de Montréal, Paris-Seattle-Tübingen*, 1984, p.52.

²⁷ F. René de Chateaubriand, *Les natchez*, Garnier-Flammarion, 1826, p. 20.

conocido o desconocido. Ceden además al lector un conocimiento respecto a, valga decirlo, la relación que existió entre el viajero y su lugar de origen, de partida. Este lugar puede estar representado por el rey, el país del que se proviene y todo aquello que se queda en sus límites. Las cartas de relación y las relaciones por sí mismas, son los escritos en los que “el viajero da cuenta puntual de su bitácora y describe objetivamente el estado de los faros, esas catedrales laicas cuya labor es iluminar el buen camino de los barcos. Es el viaje romántico, pero en su vertiente de conocimiento e inventario objetivo de las humildes maravillas del mundo”²⁸. Desgraciadamente no todo se queda en el registro de las maravillas; también se registran, en las cartas y relaciones, prejuicios nacidos de la comparación de los mundos en contacto; puntos de vista que más que preponderar las diferencias como mecanismos de enriquecimiento cultural, las juzgan como los derroteros profanadores de ésta.

Se han escrito muchas Cartas y relaciones a lo largo de la historia, y, se caracterizan por tener un destinatario específico a la espera de lo que informan. Valdría la pena mencionar algunos ejemplos con la finalidad de ampliar el recorrido que hacemos por estos laberintos.

Como ejemplo mencionemos: la carta perdida que se supone escribió Cristóbal Colón a la corona española²⁹, o, las *Cartas de viaje* de Américo Vespucci; las *Cartas de relación* de Hernán Cortés³⁰, entre otras. Por otro lado, las relaciones

²⁸ Vicente Quirarte, “Viajeros Frecuentes”, en el suplemento cultural *Hoja por Hoja*, año 8, número 96, mayo 2005, p. 3.

²⁹ A finales del s. XIX aparece un documento que cita por primera vez una Carta, hoy perdida, escrita probablemente por Cristóbal Colón (¿1451?-1506), que habla de “las islas” descubiertas el 12 de octubre de 1492. Es el primer escrito sobre el nuevo mundo, apareció en el catálogo de un librero francés, acaso en Barcelona. Hoy se conserva en Nueva York.

³⁰ Las cartas de relación que Hernán Cortés le envió a Carlos V tras la conquista de la nueva España, con la finalidad de informar sobre los acontecimientos que iban ocurriendo en el proceso. “Una visión de primera mano la obtendremos en cinco *Cartas de relación* del conquistador extremeño Hernán Cortés (1485-1547), escritas entre 1519 y 1526”. Son informes enviados al Emperador para dar cuenta, por extenso, de los sucesos que observa y vive, ya que se considera bajo sus órdenes.

escritas por Mártir de Anglería³¹, Gonzalo Fernández de Oviero³², Fray Bartolomé de las Casas³³, también, entre muchas otras³⁴.

2. Diario de viajes.

El diario es un “escrito autobiográfico en el que se mezcla el discurso narrativo y el descriptivo, y en el que el autor deja constancia de los acontecimientos, relativos a su persona y a su entorno, ocurridos en cada jornada a lo largo de un determinado periodo de su vida. Este subgénero literario presenta dos modelos fundamentales: el diario íntimo y el diario de viajes”³⁵. A nosotros evidentemente nos interesa el segundo, aunque creemos que ambos se interrelacionan y pueden coexistir en un mismo texto. Como vemos, dicho subgénero da cuenta en su relato de un espacio y un tiempo delimitados, aunque puede entreverse cierta

³¹ Mártir de Anglería (1457,1526) elaboró un texto sobre América bajo el título *De orbe novo decades octo* (Sevilla, 1511), en donde da cuenta por el recorrido de ese nuevo mundo.

³² Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) en sus libros *Sumario de la natural historia de las Indias* y en la *Historia general y natural de las indias* señala la naturaleza degenerada de los indígenas.

³³ Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566) en las *Leyes nuevas, Historia de las Indias, y su Brevisima relación de la destrucción de las Indias* describe, además de los abusos del colonialismo, las peripecias de sus numerosas travesías en el Atlántico.

³⁴ Francisco de Vitoria (1483-1546) en *De Indis* describe a los indígenas de la nueva España, y de alguna manera intenta suavizar el tono desacralizante de Bartolomé de las Casas. Fray Toribio de Benavente, mejor conocido como Motolinía (¿1490-1565?) en sus tres tratados y carta proemial, conocidos ahora bajo el título de *Historia de los Indios de la Nueva España*, narra los abusos hechos por Las Casas a los indios; y cuenta además, su itinerario como evangelizador franciscano en los tiempos de Cortés. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca (1507-1559) publicó su *Relación de lo acaecido en las Indias...*, reelaborado posteriormente como *Naufragios de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Comentarios del mismo Núñez, adelantado y gobernador de la provincia del Río de la plata*. “Narra su expedición de 1527-1537 al Norte de México, más allá de Florida. Narran una expedición, en 1540, hasta el Río de la Plata. Bernal Díaz del Castillo (1495-1584) en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, uno de los textos más leídos en nuestros días, narra vivencias propias ocurridas en su contacto con el Nuevo Mundo; describe acontecimientos únicos de ese viaje realizado a través y en torno al mundo en conquista. Fray Bernardino de Sahagún (1500-1590) en la *Historia general de las cosas de Nueva España*, obra única debido al conocimiento del autor sobre el mundo prehispánico; narra pensamientos, ideas, fronteras del mundo azteca; informa a la sociedad sobre los acontecimientos de los otros mundos. *Cfr.*

³⁵ Demetrio Estebanéz Calderón, *Op. Cit.*, p. 286.

economía con respecto a ellos, ligada quizá al deseo de resaltar sólo ciertas experiencias. El relato del diario está escrito normalmente en primera persona; usa los tiempos verbales: presente y pretérito perfecto debido a la cercanía de los eventos que se cuentan. En su discurso se siente cierto aire de confesión inspirado tal vez por el aspecto informal con el que se escribe; y por informal entendemos aquello que no exige necesariamente un rigor exterior más aquél que se impone el propio autor.

Los diarios de viajes además de ofrecer al lector un recorrido a través del tiempo y el espacio, ofrecen un abanico de ideas itinerantes que enfocan la realidad desde diversos puntos de vista: unos dan velada cuenta del carácter de su autor (su cometido es el de la introspección y el descubrimiento de la propia personalidad); otros apuntan al develamiento del horizonte en el que se cifra la vivencia, deseando al final hacer único el relato que se cuenta:

Todo diario es, en cierto sentido, un viaje en el tiempo y en el espacio; fundamentalmente, el espacio interior que se recorre con la memoria. Viaje y diario comparten un punto de partida: el *yo* como sujeto de la enunciación. Pero en el caso del diario ese *yo* es a la vez el sujeto y el objeto de la observación, la materia de lo narrado. Lo que ocurra a su alrededor, por trascendente que sea en el plano histórico, siempre estará mediatizado por ese *yo* que lo devuelve transformado a través de la propia vivencia.³⁶

El diario de viajes captura la esencia del movimiento, las impresiones que se causan al vuelo; los recursos que pueblan una capacidad de sorprenderse. Todo se ve en una profundidad individual, aprisionada en un manto donde las minucias son la cúspide del relato; donde importa más lo que se ve, lo que se siente, lo que se percibe, lo que incita. Las experiencias relevantes, individuales, son la clave del diario de viajes: “en un primer momento sorprende ver que los viajeros se olvidan del otro y se contentan con hablar de sí mismos, bajo el

³⁶ Margarita Pierini, *Op. Cit.*, p.32.

pretexto de que informan sobre las *impresiones* que el mundo dejó en ellos”³⁷, pero en ello radica la diferencia esencial de esta modalidad de la crónica de viajes: en proporcionarle al lector versiones personalizadas de los lugares visitados, descubiertos, conquistados; en darle, a través de un sinnúmero de momentos, fotografías especiales que sólo serán transmitidas bajo el lente de esos ojos en cuyo fondo pudo reflejarse un acontecimiento de tal o cual manera. Y en saber que el relato está siendo escrito en medio del itinerario, del tránsito; no después, como probablemente lo harán otros relatos de viaje.

Diario de viaje llamaremos entonces al testimonio escrito que da cuenta del encuentro del viajero con el espacio y el tiempo, con los avatares que éstos generan en las rutas que se cuentan. Muestra experiencias únicas porque se enfoca desde la individualidad itinerante. Todo lo que acontece en el viaje es importante mientras sea relevante para el autor del diario, mientras quede escrito en el testimonio donde “el *yo* se recorta, por así decirlo, asume sólo una parte, un aspecto del *yo* total: se reviste exclusivamente de su función de viajero”³⁸.

A pesar, sin embargo, del carácter y la visión individual que caracteriza al diario de viajes, habremos de decir que es también una fuente de conocimiento sobre el entorno debido a que puede llegar a describir, entre otras cosas, “la situación agraria, ganadera e industrial, el estado de las carreteras, las obras de arte que se encuentra a su paso, al tiempo que relata diversas incidencias del trayecto”³⁹. La abundancia de datos cronológicos, geográficos, territoriales, lo hacen una fuente de conocimiento para la Historia y la cultura general de una época.

Diarios de viajes deben existir por miles; bastaría con tener en cuenta aquellos que se escriben calladamente, en anonimato; aquellos que dan cuenta de los cotidianos recorridos de la humanidad por el mundo, aquellos que aún no

³⁷ Tzvetan Todorov, *Op. Cit.*, p.376.

³⁸ M. Pierini, *Op. Cit.*, p. 33.

³⁹ D. E. Calderón, *Op. Cit.*, p. 387.

traspasan las barreras del silencio y por tanto no se conocen. Pese a esta cantidad, cometamos la osadía de mencionar, por ejemplo el *Diario de viaje* Cristóbal Colón⁴⁰, el de Antonio Pigafetta⁴¹, el de Henri Mouhot⁴², por mencionar algunos⁴³.

3. Relatos de exploración.

Existe la posibilidad de agrupar todo texto de viajes dentro de este rubro. En efecto, cualquier cosa escrita alrededor de un recorrido, un movimiento, un

⁴⁰ El *Diario de viaje* de Cristóbal Colón escrito como resultado de sus salidas al continente americano a partir de 1492. En él se cuentan las peripecias sufridas por el almirante dentro del trayecto que al tratar de perseguir la ruta seguida por Marco Polo dos siglos antes.

⁴¹ El diario de Antonio Pigafetta, italiano de la tripulación de Fernando de Magallanes; encomendado de la bitácora del viaje que emprendieron juntos con fines de servirle a la corona española en su afán por encontrar nuevas rutas de comercio. El diario describe de primera mano las decisiones y peripecias de la tripulación a cargo de Magallanes.

⁴² El diario del explorador francés Henri Mouhot (1826-61), que dio al mundo occidental una gran aportación de conocimientos arqueológicos sobre las regiones de Siam, Laos y Camboya. Viajó siguiendo los pasos de Ibn Batuta y encontró las raíces de los templos de Angkor-Wat que datan desde el siglo doce.

⁴³ El diario de Sven Hedin (1865-1952), que cuenta lo ocurrido en los trayectos de su viaje a través del Asia Central. Los diarios de Gaspar Melchor de Jovellanos. *El diario de un testigo de la guerra de África* (1859), de Pedro Antonio de Alarcón. El diario en el que Francis Drake cuenta las aventuras y peripecias que resultan de su viaje (1547), cuando se embarca con John Hawkins en la *Judith* para navegar hacia el oeste de Inglaterra en busca de oro. Francis Flether, capellán de la tripulación de Francis Drake, deja también un diario de viajes que fue publicado en el libro *The World Encompassed*. Sir Walter Raleigh, Meriwether Lewis (1774-1809) y William Clark (1770-1838), dejan también un diario. Alejandro de Humboldt, uno de los más grandes exploradores de América, escribió muchos diarios a lo largo de sus diversos viajes. Abel Tasman fue el primero en hacer un viaje alrededor de todo el continente meridional. Su primer viaje de exploración lo hizo en 1639 como el segundo de a bordo después de Mathijs Quast. James Cook, un explorador distinguido por sus afanes científicos, escribió también un diario. El diario, escrito por F. R. M Crozier y James Fitzjames (tripulantes del Barco del Norte comandado por Jonh Franklin). El diario de Robert Peary, hombre cuya ambición era la de emular a Cristóbal Colón en la hazaña “de poder estar de pie a los 360° de longitud, de tal modo que el este y el oeste desaparecieran: estar en el Polo Norte. El diario de viajes que deja Robert Falcon Scott como producto de su última y mortífera expedición a la Antártica. El diario *España, de Sol a Sol*, de Alfonso Armada: es un diario de viaje y un intento de ver el país propio con los ojos de un extranjero, o de alguien que e ha ido a vivir fuera y vuelve a los paisajes y las gentes que creía suyos. El diario de Johann Wolfgang Goethe en el libro *Viaje a Italia*; en donde condensa aventuras ocurridas de 1786 a 1788, en Verona, Padua, Ferrara, Roma y Sicilia. *Cfr.* D. E. Calderón, *Op. cit.*; Roderic Owen, *Grandes Exploradores*, Lasser Press Mexicana, S. A., México, D. F., 1979; Tatiana Escobar, *Op. cit.*

encuentro, un viaje puede verse como relato de exploración. Sin embargo, según hemos dicho, nuestro propósito es abordar la temática del viaje desde diversos puntos de vista que puedan mostrar diferencias y sincronías; por lo tanto, lo volvemos a decir, extendimos dos rubros desde donde puedan plantearse dichos propósitos. A uno lo denominamos “Crónica de viajes”, y, al otro, “Viajes de ficción” o “Viajes novelados”. Esta división en dos vertientes se propone ir incorporando sistemáticamente, en el presente trabajo, la idea del viaje a la denominada literatura de viajes, con la finalidad de encontrar un camino claro que nos permita el estudio de dicha idea en una narrativa particular. Hacemos esta observación porque a lo largo de nuestro planteamiento hemos ubicado el relato como el soporte que permite a la literatura de viajes existir, y, a la forma en que está configurado y escrito dicho relato (carta de relación, diario de viaje, ficción...) como el lugar donde radica la clave para su diferenciación. Aquí, en este apartado, la palabra relato se despegas de la carga particular con la que venimos enunciándola anteriormente y adquiere su calidad “simple”, por así decirlo, de título, de encabezado que nos sirva, al igual que los otros encabezados, para conjuntar una serie de características que definan la naturaleza del relato sostenido a través de los “relatos de exploración” (como los llamamos).

El relato es “la enunciación oral o escrita de hechos realmente ocurridos o imaginados que constituyen una historia. [...] El relato se distingue, tanto del acto de enunciación (narración), como de *historia* narrada, objeto de dicho relato, término que se reserva para la designación del discurso o texto narrativo a través del cual el narrador enuncia la historia mencionada.”⁴⁴ En este sentido reunimos con el nombre de “relatos de exploración” aquellos escritos en cuyo fondo se enumera lo *sucedido* durante y a través de la exploración: del viaje. A veces sigue un orden cronológico preciso, otras, no hay clara mención de éste. A diferencia de las dos modalidades anteriores (“las cartas de relación y las relaciones”, y, “los

⁴⁴ D. E. Calderón, *Op. Cit.*, p. 918.

diarios de viajes”), los “relatos de exploración” pueden no estar narrados en primera persona; es decir, a pesar de que son, o intentan ser, testimonio de las travesías vividas por el viajero, pueden estar capturando las vivencias en tránsito de varias personas; pueden abordarse desde diversos puntos de vista (antropológicos, históricos, arqueológicos, etc.); y pueden ser contados por otra persona que no necesariamente vivió de primera mano lo ocurrido (un testigo, un espectador, un historiador, un antropólogo, un biógrafo, entre otros). También, pueden no tener una finalidad específica, es decir, pueden no estar escritos con la intención de informar a un receptor (cualquiera que sea) sobre lo que está ocurriendo en el trayecto, sino simplemente poner en proceso y a la mano un escrito producto del acontecimiento de un determinado viaje.

Bajo el cobijo de esta modalidad podríamos reunir aquellos relatos que al igual que los otros, hablan de un movimiento, un recorrido, un viaje a través de un tiempo y un espacio reales, sólo que de forma distinta, ocupándolos como parte del entorno al que se aboca la narración y no como la frontera espacial y temporal que delimita lo que habrá de contarse. En ellos se describen las peripecias en torno a las cuales el viajero objetiva su travesía, instando mediante ello al conocimiento de un espacio establecido. La labor de estos relatos es la de poner en práctica el uso de la anécdota con su función ejemplarizadora; ésta es “otra constante de los libros de viajes. [...] Por lo general, la anécdota ejemplar pretende ilustrar al lector sobre una característica del pueblo al que se está ‘retratando’, a fin de ponerlo en guardia por si alguna vez se le ocurre visitar la región [...]”⁴⁵. Así estos relatos generan un movimiento que realza las características más esenciales del instante; comprometen en su creación a la aventura humana puesta en el escenario de las percepciones para generar el ritmo que traza las iniciativas de conocimiento en una época: “La colonización, el exilio y la aventura; el espacio y los imaginarios; la añoranza por el lugar que se deja y la

⁴⁵ M. Pierini, *Op. Cit.*, p. 39.

perplejidad ante lo diferente se mezclan en estos relatos”⁴⁶, provocando discursos variados en cuyo fondo se compromete la actitud del viajero ante el itinerario que emprende. Uno de estos discursos presentes en el relato de viajes lo constituye probablemente el ensayo: “aquél escrito en prosa, generalmente breve, de carácter didáctico e interpretativo, en el que el ensayista [viajero] aborda, desde un punto de vista personal y subjetivo, temas diversos, con gran flexibilidad de métodos y clara voluntad de estilo”⁴⁷. Y está presente con el afán de intensificar la información que se vierte, proponiendo nuevas formas de ver el mundo, acontecimientos propios vistos a través de parámetros estéticos medidos dentro de una fenomenología personal.

Los relatos de exploración dan cuenta de lo sucedido a través de un recorrido, un movimiento espacial-temporal, un itinerario: un viaje. Relatan aventuras variadas no con la pretensión de realizar un informe de ellas para un destinatario específico (como en el caso de las cartas de relación), o un recuento cotidiano de los sucesos acaecidos (el diario o bitácora de viajes), sino con la de contar, por simple placer, los ritmos tanto interiores como exteriores que el viajero desarrolla en cualquiera de los escenarios del viaje, además de las ideas que nacen al vuelo, los encuentros surgidos como parte del itinerario, entre otras cosas. Así pues, dichos relatos pueden abordar innumerables temas: desde un simple modo de sentir hasta un descubrimiento sustancial para el que habla. Relatan peripecias, informan, dan cuenta de vivencias específicas, pero de modo distinto a las anteriores modalidades; se apartan del recurso del “yo” informante y cuentan de un modo más general lo ocurrido en el viaje: en sus escenarios, en otras personas: “Los relatos de esta índole han consagrado imágenes perpetuadas en el imaginario colectivo desde tiempos pasados, [...] nacen del impacto global

⁴⁶ Suplemento Cultural *Hoja por Hoja*, año 8, número 96, mayo 2005, p. 3.

⁴⁷ D. E. Calderón, *Op. Cit.*, p. 326.

de cada circunstancia, muchas veces del agotamiento muscular y moral, del aburrimiento, de la desilusión”⁴⁸. Ahora bien, en

...el relato de viajes están descartadas las impresiones momentáneas, fugaces, que quizás se contradigan con las de la víspera o las del día siguiente. El texto se presta para una visión global, para ofrecer una reflexión más profunda sobre los hechos, para sacar conclusiones y aventurar pronósticos desde la perspectiva del presente. Se presta también para complementarlo con elementos obtenidos de lecturas posteriores, y, sobre todo, para analizar la experiencia vivida a través de la luz que da el tiempo transcurrido.⁴⁹

Caben aquí entonces todos los relatos que no participan de las características de las modalidades anteriores (que no hablan desde un “yo” con la intención de informar sobre hechos específicos de interés para el receptor o con la intención de guardar las acciones que corren en el itinerario que se vive de modo cronológico). Hablamos en este rubro de aquellos que buscan narrar lo sucedido dentro del viaje tratando de ilustrar el panorama con afanes ejemplarizadores; aquellos en cuyo discurso se encuentra el tratamiento de ideas nacidas a partir del contacto del “yo” con el entorno, la historia, el ambiente, etcétera; promoviendo mediante ello el “conocimiento” de un espacio (en tanto guía de viajes), de una cultura (en tanto averiguación antropológica), de un evento (en tanto reflejo de lo vivido). Conjugan todo esto y en una suerte de intención velada pretenden modificar la visión global del paisaje, agregándole a su naturaleza un toque de prejuicio unido a cierta dosis de vivencia personal. Los relatos de viajes instauran maneras de ver el mundo circundante, cimbran historias en las que el presente y el futuro rara vez se apartan: si algo mueve el interés al viaje es en mucho, debido a los provocativos relatos de antiguos viajeros.

⁴⁸ Ricardo Cicerchia, “De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad” en el libro de actas del 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, 6-13 August, 2000. Specialized theme 17: Modernity and tradition in Latin America, p. 1.

⁴⁹ M. Pierini, *Op. cit.*, p. 28.

Como ejemplo de relatos están, por ejemplo: el que cuenta las travesías de Alejandro Magno (356-23 a. C)⁵⁰; el relato de viajes que narra las aventuras de Suan- Tsang (c602-64), monje chino mejor conocido con el nombre de Tripitaca, que quiere decir “tres paquetes”⁵¹, o, el que dictó el propio Marco Polo a su compañero de prisión Rusticiano de Piza⁵²; entre otros⁵³.

⁵⁰ Rey que impulsó la dominación de su pueblo por territorios jamás imaginados. En su reinado logró poseer uno de los más extensos imperios de la historia. Es conocido por sus innumerables aventuras, escritas y descritas por los generales que después se dividirían en pedazos el reino que una vez llegaron a conquistar bajo el mando de Alejandro. Roderic Owen, *Op. cit.*

⁵¹ Este mote se le otorga debido a que durante 16 años fue mensajero entre China y la India. Mucho tiempo después de su viaje a la India, enclaustrado por su propia voluntad, y, por mandato del emperador, Tsang escribe sus *Memorias de los países de Occidente* donde cuenta las aventuras y derroteros de ese interminable viaje. Su biógrafo Arthur Waley rescata varias de estas vivencias. Roderic Owen, *Op. cit.*

⁵² Otro de los relatos de viajes es el que dictó, como prisionero en una cárcel de Génova, el propio Marco Polo a su compañero de prisión Rusticiano de Piza; allí da cuenta de las aventuras ocurridas durante su larga estancia en China; además de los últimos años de la dominación mongol. El libro de *Los viajes de Marco Polo* es un perfecto relato de exploración, que sirvió para muchos de los expedicionarios posteriores.

⁵³ Otros serían: el relato de viajes que cuenta las travesías de Ibn Batuta (1304-78). El relato que cuenta el viaje de Leif Ericson y su familia vikinga a América, capturado en *Los relatos de Groenlandia* y los *Relatos de Eric el rojo*, que pasaron de boca en boca hasta que fueron recogidos por unos monjes en el siglo XIV. El relato del viaje de Edward Jonh Eyre quien con su capataz Baxter y tres aborígenes partió el 25 de febrero de 1841 para realizar un viaje de 1600 km a King George Sound, rodeando la gran cordillera australiana, el recuento de sus travesías y aventuras quedó en sus *Memorias de viaje*. El relato de Matthew Flinders. El relato de viaje de James Bruce, reunido en sus *Travels to discover the Source of the Nile*. El relato de Mungo Park, reunido en el libro *Travels in the Interior Districts of Africa*. Los relatos de viajes de David Livingstone. Los relatos de Heinrich Barth (1821-65), quien para muchos fue el más grande de los exploradores alemanes de África. Los relatos del médico militar Gustav Nachtigal, quien llegó al Cairo en noviembre de 1874 después de mucho errar. Los relatos que cuentan la travesía por el Polo Norte de John Ross y James Clark Ross (sobrino del primero), reunidos en el libro *Voyage*. Podríamos mencionar el libro *Souvenirs d'un voyageur* de Isidore Löwenstern publicado por el editor Arthus Bertrand (librero de la sociedad de Geografía y de la Sociedad Real de Anticuarios del Norte), en el que se narran los viajes de éste autor por México. El relato de Freya Stark incluido en *Viajes por el desierto de Persia*, en donde se “narra el viaje de la autora por Bagdad en 1929 con el fin de localizar los castillos y fortalezas la etnia Asha. *Los caminos del mundo. Viaje desde Yugoslavia hasta la frontera con la India* de Nicolas Bouvier es un texto que recoge las impresiones del viaje que el autor emprende desde Yugoslavia hasta la frontera con la India a lo largo de diecisiete meses. *Cfr.* Roderic Owen, *Op. cit.*; Margarita Pierini, *Op. cit.*, Tatiana Escobar, *Op. cit.*

I. VIAJES Y VIAJEROS IMAGINARIOS. EL VIAJE A TRAVÉS DE LA IMAGINACIÓN

Ficción es el “término de origen latino (*fingere*: plasmar, formar con el pensamiento o la fantasía; *ricтус*: inventado, imaginado, fingido) con el que se alude al hecho de la simulación o ilusión de realidad y, en concreto, a la que se produce en la invención literaria al presentar seres y acontecimientos que se desarrollan en un mundo imaginario”¹. Dicho término y su definición nos relacionan directamente con el asunto que deseamos tratar en este apartado: la literatura de viajes nacida del invento, de la simulación, de la ilusión de los viajes relatados. Esta modalidad de relato caracterizada por su carácter ficticio, a diferencia de la que trabajamos en la primera parte de esta tesis, se inserta dentro del género de la literatura de viajes de modo distinto: utiliza la realidad como el pretexto para la creación de mundos o submundos (parecidos a los reales o totalmente impensables) que suenan admisibles en la realidad debido, precisamente, a ese carácter inventado, imaginado. Así, “los lectores o espectadores traspasan las barreras de la lógica empírica y se adentran en el mundo de la fantasía donde lo irreal e incluso lo absurdo, se hacen creíbles de manera similar a como ocurre en los procesos oníricos”². Ésa es la intención de los relatos de este tipo: ficcionalizar la realidad para generar “otra” que, basada en un tiempo y un espacio autónomos, funcione para el lector igual a cómo lo haría una no imaginaria:

La ficción crea esos mundos posibles basándose en el principio de verosimilitud, lo que implica que su constitución sigue las reglas que gobiernan la organización del mundo real. Pero dicha verosimilitud consistiría, no en que el modelo de mundo representado en una obra literaria fuese una reproducción o copia del mundo real, sino en ser un mundo posible autónomo, creado, no

¹ D. E. Calderón, *Op. cit.*, p. 411.

² *Idem.*

obstante, con una lógica de composición similar a la que rige en el mundo real, siendo como es ente de ficción.³

Entendemos así que los relatos de viajes ficticios, inventados, imaginados, simulados, devienen, en cierto sentido, de la misma lógica que impera en los relatos de viajes “reales”, es decir: hablan de un recorrido, un trayecto, un movimiento realizado por uno o varios personajes, con la intención de relatar las peripecias sufridas por éstos dentro del itinerario que se plantea. A la vez, capturan esencias de pensamiento, ideas nacidas al vuelo, aventuras, ensayos; solo que esta vez lo hacen ficcionalizando la “realidad verdadera”, creando mundos alternos en donde puedan hallarse dichas referencias, recreadas en parámetros diversos que a la par de florecer nuevos discursos narrativos, posibilitan el tránsito de ideas, tan importante para la literatura de todos los tiempos⁴: “Las formas iniciáticas del nacimiento y la muerte también aparecen a menudo en dichos relatos. El país de irás y no volverás es algo familiar para muchos viajeros”⁵.

El mundo al que aluden imaginariamente estos libros intercambia su esencia con la realidad, puesto que, al estar inventado, se piensa inventada también la fuente de donde emana gran parte de la literatura: la vida. Al estar inventada la vida puede admitirse una compleja construcción del laberinto narrativo; por consiguiente, puede admitirse que las alusiones no tengan siquiera un vínculo cercano con las cosas conocidas; que los elementos “imaginarios” convivan con los reales en un contexto mágico y simbólico; y que, de acuerdo a

³ *Ibidem*, p. 412.

⁴ Cabe anotar, sin embargo, que los relatos a los que hemos llamado en este trabajo “verídicos” o “reales” como las crónicas, los anales, los textos históricos en general y las cartas de relación, pueden también ficcionalizar la realidad, al basarse en estructuras dramáticas propias de la literatura. No creemos que la ficción corresponda únicamente a los relatos imaginarios, mas para nuestro estudio se hace necesario separar ambas dimensiones. Para estas ideas ver por ejemplo *Metahistoria*, de H. White, México, FCE, 2000.

⁵ Eduardo Aznar Vallejo, *Viajes y descubrimientos... Op. cit.*, p.90.

nuestro tema, se pueda viajar al fin del mundo y regresar al día siguiente; o en otro de los casos, que un hombre, “caballero andante”, se aventure al viaje de la locura y cruce, junto con otro, la España prebarroca.

Por otro lado, lo que hará plausibles los relatos de viajes “inventados” frente al público lector, es que ese mundo autónomo, creado, fortalece el ya existente, el real, añadiéndole al paisaje, al territorio, al espacio en general y al tiempo por consiguiente, una serie de elementos extraordinarios que dotarán al género de viajes del atractivo que ha tenido a lo largo de todos los tiempos. Así “el viaje como imagen de la vida y el viaje como aventura de la imaginación han venido a convertirse en dos constantes de nuestro pensamiento”⁶ y en la filosofía con la que académicos, lectores avezados e ingenuos, suelen arriesgarse en la contemplación del género de viajes.

Ricardo Piglia mencionó, en una entrevista realizada en 1984, que “la ficción trabaja con la verdad para construir un discurso que no es ni verdadero ni falso. Que no pretende ser ni verdadero ni falso. Y que en ese matiz indecible entre la verdad y la falsedad se juega todo su efecto”⁷. Correspondientemente, en ese juego habrá de jugarse y objetivarse también, el relato de viajes inventado, ficticio, al que le interesa –más que derribar las cadenas de la lógica imperante en la realidad–, esa instancia lúdica que permitirá, a la postre, la existencia de un relato en cuyo fondo se sumerjan los más excéntricos caminos de la invención, y que, sin embargo, en el exterior, pueda simular un acontecimiento de la realidad. Justo ahí, “en el reconocimiento de este ‘parecer’ y de la ‘verosimilitud radicaría la emoción artística del lector o del espectador de esta representación mimética⁸ de la realidad”⁹.

⁶ Fernando del Paso, *Viaje alrededor de El Quijote*, México, FCE, 2004, p.41.

⁷ Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*, Anagrama, Barcelona, 1986, p. 13.

⁸ “En una reinterpretación del concepto Aristotélico de “mimesis”, Paul Ricoeur (1983-1984) ha subrayado que en la Poética de Aristóteles el sentido de la “mimesis” (imitación) no sería el de reproducción de la realidad, sino el de *representación*, entendida como creación artística de

La ficción, señala Piglia, “construye enigmas con los materiales ideológicos y políticos, los disfraza, los transforma, los pone siempre en otro lugar”¹⁰, torna el mundo verdadero en uno imaginario que presencia diversidades, novedades, maravillas, sólo operables en las inmediaciones de esa nueva creación. Así, los viajes de ficción conducen también por enigmas, disfrazan acontecimientos reales, ponen en otro lugar el espacio verdadero difiriendo largo rato su contacto con el imaginario. Al final, explotan de perspectivas el rumbo, llenando de vida el interior de la literatura. Y es ahí, en su interior, donde nos interesa captar, de nuevo, el relato de viaje: sólo que esta vez el inventado, el ficticio, el creado con la intención de hacer aflorar mundos autónomos que se sostengan a sí mismos, sin tener implícitos necesariamente sucesos reales. Aquel que alberga “mundos posibles habitados por personajes de ficción, a los que se configura según una determinada prosopografía y etopeya y a los que se confiere una existencia “verosímil”, vivida en unas circunstancias espacio-temporales y en un marco de relaciones sociales libremente diseñado por la fantasía “demiúrgica” del poeta”¹¹. Aquel, en fin, que nace a partir del fenómeno viaje: del movimiento espacial y temporal de uno o más personajes, de los acontecimientos y avatares surgidos en la travesía; de los periplos humanos imaginarios.

Ahora bien y de acuerdo con lo anterior, tracemos en lo subsecuente una cartografía que sitúe algunos de los libros que abordan el viaje desde la imaginación; una cartografía que permita mirar, desde múltiples perspectivas y ejemplos, la forma como se ha plasmado aquél a través del tiempo y de las letras. Aclaremos que no lo hacemos con la intención de agotar ninguna bibliografía

una nueva realidad. En este sentido, aquí, “mimesis” sería sinónimo de “poíesis”, es decir, de creación y de ordenación de las acciones que constituyen una determinada fábula”. En: D. E. Calderón, *Ibidem.*, pp. 411-412.

⁹ D. E. Calderón, *Ibidem.*, p. 412.

¹⁰ R. Piglia, *Op. cit.*, p. 14

¹¹ D. E. Calderón, *Op. cit.*, p. 411.

existente, sino con la de ejemplificar este apartado utilizando modelos literarios que alberguen dicho contenido. Para comenzar, apoyémonos primeramente en Fernando del Paso quien, en su *Viaje alrededor de El Quijote*, se dará a la tarea de pasear al lector por algunos libros de viajes imaginarios:

Algunas leyendas, como sabemos, hablan de viajes fantásticos a otras dimensiones, cuyos protagonistas eran, a veces, los muertos con todo y sus cuerpos –que, por ejemplo, según el *Rig Veda* viajaban al cielo con alas– o los vivos, o las almas de los vivos. Entre los primeros, encontramos personajes históricos de carne y hueso. De más carne que hueso, supongo, en el caso de Carlos *el Gordo*, a quien la figura esplendorosa que sostenía un hilo brillante, lo guió por el laberinto de los infiernos y los valles ígneos. [...] A Alberico de Settefrati lo ayudaron y condujeron, en su viaje al infierno y los siete cielos, san Pedro y una paloma. [...] En *De la república de Cicerón*, éste nos habla del sueño que tiene el joven Escepción, quien viaja a los cielos y conoce la disposición de las esferas y la combinación de su música. [...] En *Las mil y una noches* encontramos también, como todos sabemos, narraciones de viajes fantásticos realizados por Aladino en su alfombra mágica o, por supuesto, los de Simbad el marino. En la *Eneida* de Virgilio, Eneas, guiado por la sibila de Cumas, desciende a los infiernos, cruza el Leteo, habla con la sombra de su padre muerto y allí, en esas honduras, le es revelado el destino de las almas y el futuro de Roma, ciudad que estaba a punto de fundar. [...].¹²

En esta misma tónica, diversas tradiciones ofrecen ejemplos de viajes imaginarios, ficticios; tal es el caso de la griega, la cual –a través de la figura de Prometeo, Jasón, Orfeo, Perseo, Faetón, Perséfone, Odiseo, Dédalo y su hijo Ícaro, Hércules, entre otros¹³– narra diversas travesías con la finalidad de resaltar

¹² F. del Paso, *Op. cit.*, p. 43.

¹³ “En el caso de Prometeo, viajó a los cielos para apoderarse del fuego. El de Jasón, que tras navegar por el mar de las maravillas, derrotó al dragón que guardaba el Vello de Oro para rescatarlo de sus garras. El de Orfeo, quien además de acompañar a los Argonautas en su viaje a la Cólquida, debió descender a los infiernos para que Eurídice volviera a la vida. El de Perseo, el cual, después de segar la cabeza de Medusa, viajó en el lomo de Pegaso, el caballo alado, y salvó a Andrómeda. El de Faetón, hijo del sol, que no supo conducir el carro de su padre y lo acercó tanto a la Tierra que comenzó a incendiarla. El de Perséfone, que cada seis meses vuelve al oscuro Tártaro a reunirse con Plutón, y al cabo de otro medio año regresa a la Tierra para bendecirla con la primavera. Y es el caso también del largo viaje de regreso a Ítaca de Odiseo o Ulises, plétórico de milagrosos acontecimientos. O el de Dédalo y su hijo Ícaro que terminó trágicamente, al morir este último cuando, por acercarse demasiado al sol, se

virtudes humanas y heroicas, hechos maravillosos, acontecimientos célebres, que danzan a la par de los efectos fantásticos del relato para ofrecerle al lector el mejor ejemplo de ficción. Por otro lado, en la mitología egipcia, se cuenta la existencia de Isis, a quien Set (el dios del mal), obligará indirectamente a errar por el mundo en busca de su esposo¹⁴. O, en la náhuatl, la existencia de Quetzalcóatl, el dios blanco con el que se dio inicio el tránsito de una civilización a otra¹⁵. El *Popol Vuh* o el *Chilam Balam del Chumayel*, ejemplifican también viajes ficticios; ambos, desde su tónica particular, abren perspectivas en torno a la tradición precolombina. Por otro lado, algunos libros incluidos en el *Viejo testamento* y la *Biblia*, narran travesías humanas por diversos senderos de la existencia; son ejemplo, por consiguiente, de los viajes ficticios que conformaron parte de lo que se piensa como “lo cristiano”.

Por otro lado:

Juan de la Encina en *Triunfo de Amor* hace viajar a su personaje al riquísimo Palacio de la Libertad. En *El caballero Cifar*—la obra hispánica medieval más rica en representaciones del más allá— una nave viaja sola por los mares, guiada por el Niño Jesús [...]. También en *Palmerín de Inglaterra* y en *Don Cirongilio de Tracia* el destino arrastra a los protagonistas a regiones milagrosas. Por su parte Amadís de Gaula se pasea por multitud de islas paradisíacas o infernales; Espalandián cae en

derritió la cera con la que se había pegado, a la espalda, un par de alas artificiales. [...] Hércules fue, como sabemos, uno de los héroes más viajados de la mitología, ya que debió dirigirse a Nemea para matar un león, a Lerna para cortarle a la Medusa, de un tajo, sus siete cabezas, a Creta para domar a un toro que sembraba la desolación y a otras nueve regiones más, a fin de cumplir los doce trabajos que le fueron asignados.” Cita tomada de, F. del Paso, *Ibidem*, pp. 43,44.

¹⁴ “Isis se vio obligada a viajar a catorce tierras distintas, y a cumplir así la tarea de recuperar los catorce fragmentos del cuerpo de su esposo Osiris, destazado y desperdigado por Tifón, hijo de la Tierra y padre de la Quimera”. *Ibid.*, p. 44.

¹⁵ “Quetzalcóatl, civilizador y taumaturgo, que llegó un día a Tula, para reinar en ella, y de Tula, cuando aparecieron las brujas de Huitzilopochtli huyó a Cholula, y de ésta a Coatzacoalcos y allí, a la orilla del mar, según una de las variantes de la leyenda, murió en una hoguera. Bajó entonces al Miclan o reino de los muertos donde recogió los huesos de sus antepasados para hacer, con ellos, a los nuevos hombres. Del Mictlán renació como estrella matutina y estrella vespertina, de lo que derivó su dualidad preciosa. Otras tradiciones afirman que no murió en la costa del Golfo, sino que se fue a Yucatán, en donde adoptó el nombre de Kukulcán. *Ibid.*, p. 44

un pozo que prefigura la cueva de Montesinos y en donde una serpiente de la que brotan llamas se transforma en Urganda la encantadora, y Orlando visita también una serie de islas prodigiosas, en tanto que Astolfo, en busca de su razón perdida – la de Orlando– viaja a la luna en el carro de fuego del profeta Elías. Y en *La Araucana*, el poema épico de Alonso de Ercilla [...], se cuentan también viajes maravillosos a regiones edénicas donde se solazan ninfas y sátiros.¹⁶

Hay diversos relatos de viajes imaginarios que se promovieron como reales durante la Edad Media y que se difundieron ante la sociedad de esta forma hasta que el avance de las ciencias y el conocimiento pragmático del mundo, descubrieron tal invención¹⁷. Entre éstos se encuentran el que cuenta las travesías de San Brandán quien, “junto a catorce de sus compañeros, vagó durante siete años en una frágil embarcación, sin medios de gobierno ni víveres. Tras una larga navegación –se cuenta– divisaron una isla, en la que desembarcaron para celebrar la Pascua. En medio del oficio, la supuesta isla comenzó a moverse, pues los monjes se habían instalado, sin saberlo, en el lomo de “Gascondus”, una ballena gigante. Ésta, según la leyenda, se movía constantemente porque intentaba inútilmente morderse la cola. El supuesto viaje finaliza con el descubrimiento de la isla de la Felicidad. En ella, entre otras maravillas, nunca se hace de noche, lo que se ha entendido como una posible referencia a los países árticos.”¹⁸ Otro de los relatos es el de Mandeville, quien –se dice– hizo el libro con la intención de que jamás se supiera que era un viaje inventado. El escrito trata de “un caballero inglés, que, tras la peregrinación a Jerusalén, recorrió los países musulmanes, la India y la China –donde se puso al servicio del Gran Khan para tener ocasión de

¹⁶ *Ibid.*, p. 47.

¹⁷ “En la época no existía la preocupación por diferenciar lo real de lo irreal. Si no siente la necesidad de profundizar en la cuestión de saber si lo que ve es una ‘ilusión’; o si, al constatar, desde lo alto de un observatorio apropiado, la ausencia de fenómenos vistos poco antes, tampoco se preocupa por ellos; es porque la distinción real-irreal no ofrece un especial interés. Las maravillas son la ocasión para apercibirse de una acción y de una presencia más manifiesta de lo sagrado.” En: E. Aznar Vallejo, *Op. cit.*, p.87.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 82.

visitar todo el país—, regresando a través de Asia Central. [...] El pretendido viaje nunca tuvo lugar”¹⁹. Por otro lado, encontramos *El Libro del conocimiento*, obra escrita en torno a 1305 por un monje nacido en Castilla en 1350. “Se presenta como el relato del viaje del franciscano que tras viajar por Portugal, Inglaterra y Noruega, emprende un caprichoso itinerario para recorrer el mundo, lo que le lleva a realizar la circunnavegación de África o la travesía de Rusia y el Mediterráneo, empleando caravanas de camellos y navíos de cualquier nación. El relato revela una gran riqueza de información y fue utilizado por diversas épocas sin reconocer en él un viaje imaginario. [...] El libro participa también del mundo fantástico. Recoge citas a cinocéfalos, al árbol de los pájaros, hormigas gigantes... También aparecen leyendas tan características como la del Preste Juan, localizado en Nubia, y la de los pueblos de Gog y Magog.”²⁰.

Así, en esta misma tónica, existen muchos otros libros, indiscutiblemente cumbres de las letras universales, que cabrían a su vez en el estante de la literatura de viajes en su versión imaginaria. Como los ejemplos más paradigmáticos, quizá puedan citarse *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, *Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, *La vuelta al mundo en ochenta días*, así como *20.000 leguas de viaje submarino*, de Julio Verne, sin olvidar por supuesto el *Ulises*, de James Joyce. Habría que reconocer, no obstante, que la lista podría extenderse largamente²¹.

¹⁹ *Ibidem.*, p. 83.

²⁰ *Ibidem.*, p. 85.

²¹ Por ejemplo, tenemos a *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara; *Las aventuras extraordinarias del Barón de Muchhausen*, de Rudolf Erich Raspe; *El elogio de la mosca*, *Juicio de las vocales* y *la Historia verdadera*, de Luciano de Samosata; *La historia cómica de los estados e imperios de la luna*, de Cyrano de Bergerac; *Somnium*, del alemán Johannes Kepler; *Itinerarium Exstaticum*, de Athanasius Kircher; *La Découverte Australe para un homme volant*, de Nicolas Restigf de la Bretonne; *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe; *Tartarín en los Alpes*, de Alphonse Daudet; *De los Apeninos a los Andes*, de Edmundo D’Amicis; *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson; *Pilgrim Progress*, de John Bunyan; *Viaje al fin de la noche*, de Ferdinand Céline; *Largo viaje de un día hacia la noche*, de Eugenio O’ Nelly; *Moby Dick*, de Herman Melville; *Los autonautas de la cosmopista*, de Julio Cortazar; *Atlas*, de Jorge Luis Borges; *Diálogo entre el Gran*

Ahora bien, lo que reúne a estos libros es la conversación que mantienen calladamente entre sí, como en una “conspiración” que intenta hacer perdurar al género de viajes desde las perspectivas más insólitas que el hombre pudiera imaginar. Ahí dentro hay libros que asumen en silencio su contacto con lo real, y hay otros que, en cambio, olvidan si alguna vez lo sostuvieron. Paul Fussell dirá lo siguiente:

...Todo cuanto esté moldeado en una forma que no sea su forma natural es ficción. La escritura de viajes es en verdad una forma de ficción legitimada por sus apelaciones a las experiencias de la vida real. Incorpora por supuesto, técnicas ficcionales, y son éstas precisamente las que hacen de su lectura un placer [...].²²

Un placer, diremos, que invita a enjuagarse en su espuma, a vivir el diario ritual del descubrimiento. Un placer que toca los abismos del mar y hunde al lector en su espesura: “La vida es lo que hacemos de ella –dirá Fernando Pessoa– Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos sino lo que somos.”²³.

Kan y Marco Polo sobre el infierno, de Italo Calvino; *Un yankee en la corte del Rey Arturo*, de Mark Twain; *Cristo de nuevo crucificado*, de Nikos Kazantzakis, entre muchos otros.

²² En T. Escobar, *Op. cit.*, p. 227.

²³ *Libro do desasosegô* por Bernardo Suárez, en *Obra en prosa de Fernando Pessoa* Introducción y nueva organización de textos de Antonio Cuadros, Libros Europa América, 1985. (Traducción de Mario Bojorquez).

I. INTRODUCCIÓN

La idea, noción, fenómeno o realidad del viaje, como se ha señalado en los capítulos anteriores, descansa en los conceptos de descubrimiento, novedad, sorpresa, maravilla, búsqueda de alteridad. Tiende a manifestarse en la literatura a través de un relato que puede partir de lo real o construirse a través de la imaginación; esto a grandes rasgos es lo que hemos venido explorando a lo largo de esta tesis. En el capítulo siguiente queremos trabajar con esas nociones analizadas y emplearlas como el fundamento que nos sirva para explorar la noción de viaje en una narrativa particular: la de Chiapas, situándonos a su vez en un punto específico de su geografía, a saber, la de su selva predominantemente. Con ello, intentaremos conocer a quienes han arribado a ese territorio con afanes de aventura, conquista, conocimiento; y han extraído de ahí los argumentos necesarios para su relato de viajes.

Ya desde los relatos de Marco Polo se instaló en las mentalidades de los europeos el sentido de “lo otro”, de “lo admirable” y, junto con ello, del descubrimiento, del viaje a la novedad. La promesa del Nuevo Mundo tras la búsqueda de nuevas rutas hacia las Indias se bordó con los hilos de esas iniciativas. Así la España del Nuevo Mundo buscaría emerger del reconocimiento de sí misma a lo largo de los siglos de reconquista, al calor de los cuales fue labrando las formulaciones de su identidad, con las que habría de partir hacia la conquista de nuevos territorios.

Dentro de ese re-conocimiento y esa formulación de identidad se cuentan también las formulaciones de los “otros” y, en consecuencia, la diferenciación entre las nociones de “civilización” y “barbarie”: unos, los hispanos, cultos – europeos por extensión–; y los otros, salvajes (pertenecientes a la selva), incultos, ajenos en cuanto a percepción; unos, civilizados (organizados en ciudades),

cristianos; lo otros, idólatras, paganos. Tanto el *Cantar de Mio Cid* como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* dan cuenta de estas consideraciones; Cide Hamete, por ejemplo, el alter ego narrador cervantino, en un afán por darse credibilidad ante los lectores dirá: “Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza”¹.

Diferenciación y civilización habrán de regir entonces los encuentros con los pueblos por descubrirse y por someterse, en Oriente y Occidente, en Asia África y América será así. Una primera diferenciación, diremos, se hará a partir de la naturaleza: el hombre no es animal ni planta; la segunda, a partir de su condición humana: aunque todos pertenezcamos a la especie humana no todos somos iguales, “no es lo mismo bacín que jarro” —expresará Sancho en su ínsula Barataria²—. De este modo, los “otros” participan de la barbarie; por lo tanto, se hace necesario civilizarlos, cristianizarlos; ambas acciones habrán de lograrse en la concentración poblacional y urbana a cargo de los religiosos. Así ocurrió en la España de la Reconquista: al fragor de estas acciones se formaron las ciudades hispanas y las moras en el territorio hispano; la disputa por elegir la primacía, era la disputa por la civilización. De allí que diga el romance:

¡Oh, Valencia, oh, Valencia,
de mal fuego seas quemada!
Primero fuiste de moros
que de cristianos ganada.³

Esta España integrada bajo la anuencia de los Reyes Católicos, integraba también a Europa, una totalidad lista a enfrentarse al resto del mundo, a los

¹ *Quijote*, II, c. XLIV.

² *Quijote*, II, c. XLVII.

³ Romance del rey moro que perdió a Valencia, *Romancero español*, México, UNAM, 1989.

otros; dicho enfrentamiento habría de hacerse, sin embargo, desde la óptica de sus criterios de identidad: nosotros y los otros, civilización y barbarie, verdadera fe y paganismo, mundo hecho y mundos por hacer; argumentos de los cuales se desprenderán vertientes de particularidad que habrán de condicionar a los aventureros, conquistadores y viajeros a la hora de emprender su itinerario. De ahí la idea de allegarse a cualquier sitio con la intención de encontrar mundos y gentes siempre diferentes; mundos en estados primitivos, plenos de supersticiones e idolatrías; mundos a los que, finalmente, era necesario llevar la novedad y la civilización, y, ¿por qué no?, incorporar a través de ellos nuevas modalidades de civilización al Viejo Mundo⁴.

La novedad como centro inducirá miradas siempre novedosas, originales; miradas siempre excéntricas; miradas de curiosos, militares, científicos, religiosos, urbanistas, civilistas, políticos. Así lo representan las historias de los países de América Latina, de México y de Chiapas en particular; historias que, a partir de su incursión en el pensamiento europeo, se avinieron como centros de novedad y de exotismo para los conquistadores. Evidentemente la geografía y el medio ambiente, el carácter climático, la belleza y diferencia del entorno, junto a la notable diferencia de razas, lo posibilitaron aun más.

Queremos hablar en este capítulo sobre esta particularidad novedosa y exótica de Chiapas, sobre todo de su región selvática, sobre esas características que hacen de su territorio un recinto, un santuario de viaje. En este sentido, ¿qué viajeros han cruzado el territorio chiapaneco, su selva específicamente?, ¿con qué afanes?, ¿qué evidencia nos dejaron de su itinerario?, ¿de qué índole son esas evidencias? Estas son algunas preguntas que trataremos de ir aclarando a lo largo de este capítulo; deseando, a su vez, que la misma respuesta nos sitúe en un viaje por los textos a mencionar. Queremos aclarar, antes de comenzar con nuestro

⁴ Para estas ideas ver por ejemplo “Los combates a favor del exotismo” en Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, *Op. cit.*, p. 378-382.

recorrido, que el hilo conductor de este trabajo se irá trazando con los libros producto de los viajes realizados por diversos autores que han cruzado, tanto la selva Lacandona, como la del Soconusco. La forma de hilar estos textos partirá de criterios cronológicos; su despliegue nos irá conduciendo hacia terrenos que toquen las fronteras de la temática misma del relato, esa que implica a veces extraviarse en los complejos misterios de lo que se va narrando. Quizá hubimos podido elegir un camino más esquemático para el desarrollo de este trabajo; sin embargo, pensamos que la forma elegida capta de mejor manera el interior de los textos a tratar y, por consiguiente, el recorrido e itinerario desarrollado o pensado por esos autores-viajeros.

II. UN ACERCAMIENTO A LOS PRIMEROS VIAJEROS EN CHIAPAS

Chiapas, es un antiguo territorio con diversidad humana, geográfica, política, cultural, ambiental y social como casi todos los territorios de América en general y como pocos en el mundo en particular⁵.

Aunque hay mucho qué decir acerca de la condición geográfica, ambiental, agrícola, social, política del territorio chiapaneco, lo que nos interesa resaltar en este trabajo se encuentra planteado en su literatura, sobre todo en la que nació de la dinámica del viaje. En este sentido, cabe anotar que Chiapas cuenta en su haber literario con una intrincada gama de narraciones de origen oral en su mayoría. De las escritas afloran perspectivas que han dotado de un origen mítico y hasta edénico al territorio; dicho origen puede remontarse al *Popol Vuh*, donde se dice que “en Paxil y en Cayalá [como nombran a este lugar], nacieron las espigas del maíz amarillo y del maíz blanco”⁶. Por su parte Manuel B. Trens, un importante historiador de Chiapas, urde en dicho origen y descubre el velo de la vega en que naciera este “alimento de los dioses”; busca así en las conjeturas del cronista fray Francisco Ximénez, del polígrafo Brasseur de Bourbourg y del lingüista Marcos E. Becerra, las inferencias que cimentaron la idea de que en *Pashilá*, paraje de Bachajón, municipio de Chilón, se descubrió el maíz. Como quiera que sea, verdad o mentira, lo que nos interesa es el hecho de que se

⁵ Sus tierras suman más de 74000 kilómetros cuadrados. Al norte, líneas imaginarias que cruzan ríos caudalosos, pantanos y húmedas llanuras las separan de Tabasco. Al oeste, las montañas todavía cubiertas en gran parte de selva de la Sierra Atravesada, límite colonial entre los reinos de México y Guatemala, las dividen de Oaxaca y Veracruz. Al este hay una frontera internacional marcada por líneas rectas y ríos que surgió del tratado de 1882, dividiendo a Guatemala y a México. A Chiapas le corresponde más de la mitad de la frontera meridional mexicana. Al sur se encuentra con el mar, el océano Pacífico, uno de los límites que menor importancia ha tenido en el desarrollo chiapaneco a pesar de los 200 kilómetros de litoral. Roberto Ramos Maza, “Chiapas: Geografía de la transición”, en María Luisa Armendáriz (compiladora), *Chiapas una radiografía*, México, FCE, p. 19

⁶ Anónimo, *el Popol Vuh*, México, FCE, 1991, p. 30.

busque incansablemente en la historia de la entidad una verdadera relación con lo planteado en su mitología; un cierto encuentro con la idea del paraíso terrenal, en el que Chiapas, más explícitamente “la región en la que desaguan el río Usumacinta y sus tributarios”⁷, se vea como un edén.

Más sorprendente resulta que contemporáneamente en este territorio sigan urdiéndose en el imaginario colectivo tramas insolubles que se tejen a través de la historia y la ficción; así lo revela el mismo B. Trens, quién investigando en las ordenanzas del obispo Núñez de la Vega, descubre por primera vez la mención de “un héroe civilizador llamado Votán, [quien] venido de un lejano lugar, llegó a la Laguna de Términos en donde se retrae el río Usumacinta, y, cercano a la laguna de Catazajá fundó la ciudad de Nachán. A la llegada de Votán y sus acompañantes, los tzeltales de las cercanías acudieron a ver a estos extranjeros y acabaron por mezclarse con ellos, haciendo de Nachán un gran imperio”.⁸ Esta misma historia, posteriormente, hablará de la semejanza entre Votán, Quetzalcoatl y Kukulcán. El obispo Núñez de la Vega le adjudicará a Votán el que

...fabricara a soplos la cueva de Hueguetán, y que allí estuviera un gran tesoro en unas tinajas tapadas... este tesoro de las efigies y relatos de los gentiles primitivos alude el canto y baile del Tepanaguaste, que se hace con unas tinajas tapadas. Yo he quitado *in totum* este baile, y quemado casi ciento y cincuenta tepanaguastes con más de cuatrocientas flautas y otras tantas tinajuelas que eran ministriles de este baile —y le llaman del Palo Hueco—, que indubitablemente tengo averiguado ser uno de los principales con que se da culto al Demonio.⁹

El carácter admirable de este guerrero civilizador, brujo o encantador traspasará las barreras de la historia y adquirirá, en las postrimerías del siglo XX a

⁷ Manuel B. Trens. *Historia de Chiapas. Desde los tiempos más remotos hasta la caída de Segundo Imperio*, Tuxtla Gutiérrez, 3ª edición, 1999, Vol. I, pp. 13.

⁸ *Ibidem*, pp. 14-15.

⁹ Núñez de la Vega, Francisco. *Constituciones diocesanas del Obispado de Chiapa*, 1692, nueva edición 1988, pp. 237-238.

través de *Votán-Zapata*, un comunicado del subcomandante Marcos, nuevas características heroicas y revolucionarias:

...Zapata se unió a la sabiduría y a la lucha de nuestros más antiguos antepasados. Unido a *Votán*, al *Guardián* y *Corazón del Pueblo*, Zapata se levantó de nuevo para luchar por la democracia, la libertad y la justicia para todos los mexicanos. Aunque tiene sangre indígena, *Votán-Zapata* no lucha sólo por los indígenas, lucha también por los que no son indígenas pero viven en la misma miseria, sin derechos, sin justicia para su trabajo, sin democracia para sus decisiones y sin libertad para sus pensamientos y palabras.

Así hizo en 1521, cuando con aceros y mentiras repartieron la muerte y la tristeza entre los naturales de estas tierras. Así hizo en 1919 cuando el plomo y el engaño mató la vida del *Votán-Zapata* que por tierra y libertad alzó su mano armada. Fracasó el poderoso en 1521, la dignidad se guardó muy dentro del corazón de los indígenas y fue cuidada y cultivada esperando el tiempo de sembrar y crecer. Fracasó en 1919 la traición, la dignidad no murió con la muerte con la muerte se hizo la vida otra vez en el corazón de los hombres y mujeres verdaderos. Hoy, mentira, traición y poder volverán a fracasar. No murió *Votán-Zapata*. Muchos es y en su paso colectivo en el andar de nuestra palabra. Hoy *Votán Zapata* lucha, en el paso del EZLN, por Democracia, Libertad y Justicia...Hermanos, todos nosotros somos el *Votan-Zapata*, somos todos el *Guardián* y el *Corazón del Pueblo*.¹⁰

La construcción de este texto político-ficcional merced al cual se intenta la unión de pasado y porvenir, es otra muestra, al igual que la del *Popol vuh*, del encuentro constante que se da en el imaginario y la literatura de Chiapas entre contextos ficticios y contextos reales. Así podrá verse en las construcciones narrativas llevadas a cabo por diferentes viajeros que, entre religiosos, cronistas, antropólogos-arqueólogos, aventureros, utopistas, artistas... han ido construyendo en su compleja diversidad de miradas.

En este sentido, y antes de pasar formalmente al laberinto del viaje en la selva Chiapaneca, cabe decir que el nombre mismo de Chiapas podría verse como resultado de un viaje más a esta región, pues proviene del arribo que pobladores advenedizos conocidos como “chiapanecas” o “chiapa” hicieron a

¹⁰ “*Votán-Zapata se levantó de nuevo*”, en *EZLN Documentos y comunicados* (Comunicado del 10 de abril de 1995), México, ERA, 1995, pp. 306-309.

esas tierras hacia el año 500 d. C.¹¹. De este grupo indígena se reconoce su destreza militar y coraje, puesto que detentaban un gran dominio sobre los pueblos de esa región a la llegada de los españoles: “los denominados chiapanecas eran sumamente belicosos, mantenían continuas luchas con los pueblos vecinos y quizá, ejercían cierta hegemonía sobre algunos de ellos”¹². Se les reconoce también un origen extraregional debido a que su lengua no se emparenta con ninguna de las lenguas mesoamericanas, sino que tiene una matriz oto-mangue proveniente de Nicaragua. El grupo indígena de los zinacantecos, en un alegato de 1571, “aseveró que los chiapanecas eran gente intrusa en la Depresión Central, que llegaron de Nicaragua y tomaron tierras que no les pertenecían”¹³.

A semejanza de los chiapanecas –provenientes del exterior pero con dominio civilizatorio sobre florecimientos anteriores de mayor pujanza, como el zoque y el maya–, otros pueblos, como los olmecas y nahuas, por ejemplo, también dejaron huella a través de testimonios escritos: “un ejemplo de ello es el fragmento de la estela 2 de Chiapa de Corzo, con una fecha calendárica que en nuestro propio sistema cronológico resulta ser del año 36 a.C.”¹⁴. “En la época clásica maya (292-900 d. C.) –dice Tomás Lee– es cuando el desarrollo de textos llega a su máxima expresión; es también cuando la escritura alcanza su mayor extensión en la región maya y su desarrollo sobre diversos temas y organización gramatical. Uno de los mejores ejemplos de este apogeo son los textos del gran centro intelectual de Palenque, cuyas traducciones modernas nos permiten

¹¹ Un estudio que actualiza la discusión en torno al origen y dominio precolonial de los chiapa es el de: Valverde María del Carmen. *Chiapa de Corzo. Épocas prehispánica y colonial*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del estado de Chiapas, 1992, pp. 71-90.

¹² Nuria Pons, “La formación colonial del estado de Chiapas”, en M. Luisa Armendáriz, *Op. cit.*, p. 130.

¹³ *Ibidem*, p. 72.

¹⁴ Thomas Lee, *Los códices mayas*, Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1985, p. 36.

conocer más sobre la historia dinástica antigua de Palenque que sobre cualquier otro sitio del área maya”¹⁵. La desintegración de la cultura clásica, el colapso de la cultura maya en general y la “suspensión abrupta y total de la escritura después de más de seiscientos años de agitada actividad, se inicia en el año 900 d. C.”¹⁶. Éste es evidentemente un viaje lingüístico tan impresionante e importante como cualquier otro que sea digno de mencionarse; nos da muestra del desarrollo de una cultura a través de sus lenguas y de la forma en cómo éstas perduraron o mutaron hasta nuestros días. Las lenguas precolombinas, indican también, como en un momento lo hicieron las lenguas que originaron la génesis de la tradición occidental, del viaje de los pueblos y del encuentro de éstos con su identidad: identidad perdida o permutada por otra. Dicho viaje no es sin embargo propósito central de esta tesis, lo hemos mencionado porque asumimos su importancia en el desarrollo de la historia de Chiapas y en su condición actual.

Ahora bien, el descubrimiento, la idea de conquistar y de hacer florecer una civilización homogénea a la de donde se proviene, hacen que pobladores advenedizos, conquistadores, se asienten y generen nuevas civilizaciones, nuevas fronteras, nuevas formas de ver el mundo. Esto es parte de la historia de muchas culturas; también, por consiguiente, parte de la dinámica que ejerce el viaje en su encuentro con la novedad: a veces la pérdida de una historia presente en las lenguas; a veces el sacrificio de un pueblo en pos de una “civilización moderna”. De esto nos interesa hablar ahora, no de las pérdidas y los derroteros que libraron los conquistadores y los conquistados en la larga faena de la colonización; nos interesa hablar de los testimonios que devinieron a partir del viaje; de los testimonios que nacieron en Chiapas como manifestación de asombros y maravillas, de derroteros en los caminos, de la fiesta o la muerte que

¹⁵ *Ibidem.*, p. 48.

¹⁶ *Ibidem.*

representa el encuentro con lo otro, con lo diferente, como parte de un itinerario que alberga el recorrido en el espacio y el tiempo, y que posibilita la existencia de una literatura particular de viaje.

Bajo esta tónica mencionemos primeramente a Bernal Díaz del Castillo (1495-1584) quien embarcándose junto a Cortés participó en la expedición al territorio Mexica. Tras la conquista de ese imperio participó en la lucha contra los Zapotecas, obteniendo encomiendas en Chiapas y Tabasco. Como reacción a la publicación por parte de López de Gómara de la *Historia de las Indias y Conquista de México* (1545), Díaz del Castillo escribirá la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1555), donde narrará, entre otras cosas, los hechos que él pudo contemplar de ese viaje a tierras chiapanecas, explicando, además, las razones que él y su grupo sostuvieron al momento de conquistar el gran Imperio de Montezuma. Miguel Pérez Rosado dice al respecto lo siguiente:

Sin duda, los hechos narrados [por Bernal Díaz del Castillo] son emocionantes: de 1514 a 1550 la conquista americana queda plasmada en sus páginas, pero el verdadero encanto de esta *Historia verdadera* reside en la capacidad de acercar a esa realidad la personalidad de Montezuma, la disciplina militar, la falta de recursos o alimentos del imperio, la sorpresa ante una realidad insospechada [...]. Es, en definitiva, la expresividad de Bernal Díaz la que le hace ser, posiblemente, el mejor escritor de su época en esta materia.¹⁷

El su crónica, Bernal relata las travesías de las que él y su grupo formaron parte, los descubrimientos a que su asombro se vio sometido, la vida de los indígenas de aquella época, la forma en fin, de cómo estaba dispuesto el mundo precolombino ante sus ojos.

Enmarcado en este asunto se encuentra el siguiente pasaje:

...yendo caminando por unos pueblos que dicen Tapalola y antes de llegar a ellos, había unas sierras y pasos tan malos, así de subir como de bajar, que tuvimos por muy dificultosa cosa parar por aquel puerto, y Luis Marín envió a rogar a los

¹⁷ Miguel Pérez Rosado, en *Op. cit.*

caciques de aquellos pueblos que lo adobasen de manera que pudiésemos ir por ellos, y así lo hicieron, y con mucho trabajo pasaron los caballos. Y luego fuimos por otros pueblos que se dicen *Silo Suchiapa* y *Coyumelapa* y desde allí fuimos a *este Pangaluxoya*, y llegados que fuimos a otros pueblos que se dicen *Tecomayacate* y *Ateapan* que en aquella sazón todo era un pueblo y estaban juntas casas con casas, y era una población de las grandes que había en aquella provincia, y estaba en mí encomendada, dada por Cortés, y aún hoy en día tengo las cédulas de encomienda firmadas de Cortés, y como entonces eran muchas poblaciones y con otros pueblos que con ellos se juntaron salieron de guerra al pasar de un *río de Teapa* muy hondo que pasa por el pueblo, e hirieron a seis soldados y mataron a tres caballos, y estuvimos buen rato peleando con ellos, y al fin pasamos el río, y se huyeron, y ellos mismos pusieron fuego a las casas y se fueron al monte. Estuvimos cinco días curando los heridos y haciendo entradas, a donde se tomaron muy buenas indias.¹⁸

El mismo autor, haciendo una comparación con Numancia, la antigua y bella ciudad Romana, llega a decir que la ciudad de los chiapa, Zoctón Nandalumí, “era limpia, amplia y bella... sus moradas estaban alineadas en buen concierto y en ellas había cabida para más de cuatro mil moradores”¹⁹. Esta comparación nos lleva a pensar que quizá el deseo de bienestar que provoca la vida civilizada (en ciudad) vuelva paradigmática la confrontación con el medio natural, el montañoso sobre todo, que por desconocido y ajeno al control deseado constantemente se escapa de las manos. Los primeros colonizadores debieron experimentarlo así, de manera aguda. Por ello mismo no deja de ser recurrente en el relato nacido del viaje a esta entidad, esa confrontación un tanto azarosa e imprevisible entre el mundo natural y el mundo civilizado.

Acorde con esta apreciación se encuentra también, por ejemplo, la crónica de los primeros doce dominicos llegados a Chiapas entre 1526 y 1528 bajo la voluntad del obispo Bartolomé de Las Casas y del rey Carlos V, quien les había entregado el poder para evangelizar y fundar conventos en esa región. Estos doce –cuyos nombres se guardan en los folios de los archivos de carácter pastoral de la

¹⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Edición Robredo, 1939, Tomo II, pp. 399. Cabe anotar que aunque esta obra fue escrita en torno a 1555, permaneció inédita hasta 1632. Ver, *Historiadores de Indias*, *Op. cit.*

¹⁹ *Idem.*

diócesis de San Cristóbal y en el *Vocabulario de lengua tzeldal según el orden de Copanabastla* (1560)²⁰ de fray Domingo de Ara—, iniciaron “la conquista espiritual de Chiapas” de manera similar a como lo hicieran los doce encargados de “la conquista espiritual de México”²¹.

Los doce dominicos se vieron obligados a desplegar una intensa actividad evangelizadora en Chiapas, para responder a la encomienda que Carlos V les pusiera. Así, sacaron el mayor provecho del medio natural que se les presentaba, para lograrlo, tuvieron que adaptarse a las circunstancias geográficas de cada zona y aprender la lengua de los indígenas. Observaron así la existencia de diferentes grupos, los que conformaban áreas con características propias. De esto se valieron para fundar sus conventos, siguiendo la misma división política. En consecuencia se puede decir que los conventos y vicarías coinciden por completo con la geografía política, económica, cultural y lingüística de la provincia de Chiapas. En el centro de la población más importante se fundó el convento principal que regía a los demás.²²

Las peripecias de este viaje evangelizador quedaron descritas en la crónica realizada por fray Tomás de la Torre *Historia de los principios de la Provincia de Chiapa y Guatemala, del Orden de Santo Domingo* (1545-1550); incorporada posteriormente dentro de la crónica que escribiera fray Francisco Ximénez: *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala* (1579)²³. El relato sobre los dominicos cuenta que partieron de Salamanca, España, el sábado doce de enero de 1525 y que tras muchas peripecias, entre las que se cuentan dos naufragios, algunos ahogados, pérdidas de libros y otros bienes, arribaron a Ciudad Real de Chiapas el doce de marzo de 1526, un año y dos meses después de iniciado su viaje. Para el caso de este trabajo, en donde se intenta recrear los aspectos trascendentales del viaje en

²⁰ Fray Domingo de Ara, *Vocabulario de lengua tzeldal según el orden de Copanabastla* (c. 1560), México, Ed. de Mario Humberto Ruz, Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

²¹ Vid. Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, FCE, 1986.

²² Carlos Fragoso, Teresa López, et. al. (compiladores), *Chiapas. Monografía estatal*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, SEP, 1982, p. 96.

²³ La edición más reciente es la realizada por el Gobierno de Chiapas el año de 1999 en cinco tomos.

Chiapas, creemos menester detenernos en dos cuestiones sobre este escrito: la primera, el asombro que sufrieron los dominicos ante la montaña, representada por la misma cuesta de Tapilula a que hace referencia Bernal Díaz del Castillo; la segunda, su concentración en las comidas y necesidades del vientre. El siguiente párrafo, por ejemplo, ilustra la primera cuestión:

*El sábado de mañana salimos de Ystapangajoya (28 de febrero) y el cacique nos dio indios que nos llevasen las cargas... Diónos también unas tortillas y naranjas y plátanos que hay allí muchos y hasta dos libras de pescado, que con haber comido poco les habíamos dado trabajo en proveernos por ser muchos, y el padre vicario le dió a él doncellillos de cosas que traíamos de España, como comúnmente hacía a todos los caciques y porque con lo mucho que llovía no se podía pasar el río que antes habíamos pasado... lleváronnos por otros caminos por unas sierras, que porque sé que no he de saber decir que tales son y que por mucho que diga no se han de entender sin verlas, no digo más que son los que el agua hace arroyos por las sierras abajo, y así son los caminos comúnmente en esta tierra. Subimos asidos con manos y pies colgándonos de las raíces de los árboles que hay muchos que ni dejan ver el sol ni el Cielo. Hay fresquísimos arroyos por aquellas quebradas, pero como íbamos en ayunas pocos bebían de aquel agua, aunque íbamos sudando a chorros; pensamos ir a comer tres leguas de allí a un pueblo que llaman *Xiloxuchiapa* pero en más teníamos andar allí una legua que en España tres, y así no pudimos llegar.²⁴*

Con relación al segundo punto habremos de señalar que la importancia ante la comidas pareciera proverbial; se realiza en la crónica la enunciación de todo tipo de cuidados en la mesa de los frailes: desde aquellos opíparos servidos junto a los marqueses de Villa de Monte Mayor, con “un aparador de plata y las mesas cubiertas de seda con sus manteles y pañuelos ricos y la comida digna de marqueses y muy demasiada para estómagos tan estrechos”²⁵; hasta aquellos de verdadera estrechez, como en Castilblanco, donde desayunaron “en una venta un poco de pan, que aunque muy negro y duro, no nos sabía tan bien la comida en

²⁴ R. P. Fray Tomás de la Torre, *Desde Salamanca, España, hasta Ciudad Real, Chiapas. Diario del viaje 1544-1545*. Prólogo y notas por Frans Blom 1944-1945, Tuxtla Gutiérrez Chiapas, Gobierno del estado de Chiapas, 1982, p. 179.

²⁵ *Ibidem*, p. 35.

Salamanca como aquel pan”; o, aquel que dice que avanzando una legua adelante en otra venta “no hallamos nada que comer; pero nuestro procurador hizo una sopa de ajo que con salsa de hambre nos fue muy sabrosa”.²⁶ Así como estos párrafos, encontramos, página a página del diario, referencias gastronómicas que ilustran sendos banquetes en los períodos misionales de Chiapas, cosa extraña si se piensa en las supuestas privaciones de las que nos da cuenta la historia pastoral.

Otro párrafo ilustra de igual manera la condición del viaje, del trayecto, de la aventura humana, emprendida por estos frailes:

Otro día (2 de marzo) de mañana... tomamos nuestro camino y llevamos a fray Tomás de San Juan con nosotros a pie y cayendo y levantando. También tuvo allí el padre vicario una calentura y así iba mal indispuerto; envió desde aquí a Rodrigo López por la parte del ható que él dejó en la ciudad; pero los caciques lo enviaron de pueblo en pueblo sin que nada faltase y así nos tornó a alcanzar presto con ello... y con él a fray Alonso de la Cruz; también compró aquí una botija de vino y holgáramos que fueran seis, que nos hicieran mas al caso que el ornamento para que según andaban los pesos que nos dieron en Tabasco. En saliendo de casa nos desayunamos con pasar el río a ayunos, iba muy frío y dábanos a las cintas... El camino era como los pasados asperísimo pero cubierto de árboles que nos defendían del sol que hacía y cada tiro de ballesta topábamós un fresco arroyo. Es el camino un pie ancho, como todos los demás y así íbamos todos enhilados como es costumbre de los indios, aunque vayan mil; va a las veces por las lomas de los cerros con grandes despeñaderos a los lados que pone espanto. Algunas bajadas de cuestras hallábamós puestas pasamanos a manera de barandas a que nos asíamos para poder bajar. [Otro día] moraba en una quebrada que hace entre aquellas grandes sierras *junto a un río*, un cristiano que se llamaba *Pedro Gentil*... casado con una honrada y devota mujer... y eran hermanos de nuestra orden allá en España. Como supieron de nuestra venida, aderezaron lo que supieron que habíamos menester y viniendo nosotros cansados y más de lo que he dicho, llegamos a unas casas sin saber lo que en ellas había, llevónnos luego aquel cristiano a su casa, donde fuimos alegremente recibidos de su mujer y en entrando por las puertas vimos las mesas con manteles de alemaniscos hasta el suelo y encima muchos vasos y porcelanas con mucho pan y muchos melones de Castilla. No os sabré decir con cuánta devoción y lágrimas nos llegamos a aquel santo altar que el Señor nos tenía en aquel desierto ya aparejado donde nos dieron una limpísima y abundante comida y bebida, no de cacao sino de muy excelente vino de Guadacanal... Comimos aquel día allí con mucha alegría servidos de nuestro

²⁶ *Ibidem*, p. 55.

huéspedes y hermanos, que eran por cierto muy devotos y caritativos, sino que los echó su desdicha a mala tierra para poderse salvar.²⁷

Este intrépido viaje se nos abre como el sendero que también habrá de marcar la historia de Chiapas en los años posteriores. Aun en la actualidad los viajes de misioneros de diversas doctrinas religiosas siguen llegando al territorio con el afán de conquistar devotos para su disciplina; no es de admirar pues las peripecias sufridas por estos doce dominicos hayan quedado plasmadas de forma tan perdurable en la historia Chiapaneca.

Ahora bien, en el restante período colonial destacan los viajes siguientes: el realizado por Fray Antonio de Remesal, del cual surge la *Historia General de las Indias Occidentales, y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala* (1562), en el que el que destaca, para los historiadores, el tono liviano y carente de rigor documental con el que está escrito; por cierto, mereció el acucioso estudio del historiador Jan de Vos²⁸. Por otro lado se encuentra el viaje de Francisco Núñez de la Vega del que se desprenden las *Construcciones diocesanas del obispado de Chiapas*²⁹ (1692), cuya preocupación reviste más bien un carácter doctrinal, pastoral y de ordenamiento eclesiástico.

Muchos más frailes viajaron a tierras chiapanecas con los mismos afanes de conquista espiritual, conquista que, podría verse como un momento clave del itinerario y construcción humanos en esta región. Mas lo que nos interesa resaltar aquí es que estas cartas, crónicas e “historias verdaderas” desprendidas de los viajes colonizadores, subsumen dentro de sí las características mencionadas en los primeros dos capítulos de esta tesis, demostrando, cada una por su lado, los

²⁷ *Ibidem*, pp. 181-182

²⁸ Jan de Vos. *Los enredos de Remesal*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

²⁹ Francisco Núñez de la Vega, *Construcciones diocesanas del Obispado de Chiapa*, edición preparada por María del Carmen León Cázares y Mario Humberto Ruz, presentación de Elsa Cecilia Frost, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988. Cabe anotar que el escrito fue dado a conocer en Roma en el año 1702 por el impresor Cayetano Zenobi.

diversos motivos que impulsaron la salidas e itinerarios sostenidos a lo largo de los años de la colonización.

En ese mismo período colonial se abrirá para Chiapas un viaje particular desprendido de las nociones de hechicería y nahualismo; este viaje merece la pena mencionarse porque aún hoy en día existen reminiscencias dentro del imaginario chiapaneco. Esta dimensión nahualística cimbra su origen en las tradiciones africanas tan arraigadas en la cultura de esta entidad; claro ejemplo de ello lo representa la “marimba”, instrumento musical de origen africano, considerado sin embargo como originario de Chiapas³⁰. El ya mencionado obispo Francisco Núñez de la Vega, es quizá uno de los primeros en resaltar estas nociones mágicas, de hechicería, dentro del acontecer chiapaneco. Así lo podemos notar en el siguiente fragmento:

...en muchos pueblos de la provincia de este obispado tienen pintado en sus repertorios Siete Negritos para hacer divinaciones y pronósticos correspondientes a los siete días de la semana comenzándola por el viernes a contar como por los siete planetas los Gentiles y al que llaman osla hunter... le tienen pintado en silla y con hastas en la cabeza como de carnero. Tienen los indios gran miedo al negro porque les dura la memoria de uno de sus primitivos ascendientes de color etiopioso que fue gran guerrador y crudelísimo según consta por un cuadernillo historial antiquísimo que en su idioma escrito para en nuestro poder.³¹

Porque en instrumentos escritos en idioma índico, y por declaraciones de diferentes reos, me consta y ha constado que las provincias de todos los obispados de la Nueva España están infestadas, y muy vivas en ellas y practicadas las ceremonias de esta secta supersticiosa de naguales, y gravísimos maleficios...

...ha entrado en mi poder, en que tenían el pacto con el Diablo, cuatro libros del Tepanaguaste... y con algunas cláusulas de lengua hebrea –en que por modo de canto explicaban y daban noticia a qué parajes y sitios de cuevas, montes, cerros, etcétera, había de ir a ejecutar las supersticiones...

Y la noticia de esta cueva constó de un cuadernillo historial en que el autor decía que cierto gentil llamado Hutubón, *alio nomine* Botán, fabricó a soplos la cueva de Hueguetán, y que allí estaba un gran tesoro en unas tinajas tapadas... este tesoro de las efigies y relatos de los gentiles primitivos alude el canto y baile del Tepanaguaste, que se hace con unas tinajas tapadas.³²

³⁰ Véase, por ejemplo, Pineda del Valle, César. *Fogarada. Antología de la marimba*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1990.

³¹ Expediente 66, Archivo Histórico del Estado, en González Esponda, *op. cit.*, pp. 95-96.

³² Francisco Núñez de la Vega, *Ibidem.*, pp. 237-238.

Del alegato de este célebre obispo y del “cuadernillo” en el que supuestamente se encuentra escrita la historia de los negros, se desprendieron varias consideraciones posteriores de corte doctrinal en su mayoría; como ejemplo está el tratado: *Historia de la creación del cielo y de la tierra, conforme al sistema de la gentilidad americana* (c. 1790) del sacerdote Ramón Ordóñez y Aguiar, en el que el autor se compromete a escribir una secuencia explicativa de dicho cuadernillo y a hacer una indagación acerca de su origen africano³³, pues afirmaba haber alcanzado una comprensión mayor de la que poseían sus propios autores; una comprensión que, a la larga, llegó a descifrar “la referencia [que hacía dicho cuadernillo] al anuncio de la revelación del Dios cristiano por la vía de los caldeos o egipcios y la redención que llegará a los indios, quienes, seguramente fueron doctrinados en fechas muy lejanas por el apóstol Santo Tomás, quien seguramente estaría enterrado en las pirámides de Palenque”³⁴.

Por otro lado, desprendidos de esta misma línea, se encuentra una secuencia de relatos orales que explotan tanto el tema de los nahuales como el de los negros y que actualmente son transmitidos como leyendas, de generación en generación. De entre estos relatos-leyendas (por cierto recreadas en cada región de Chiapas de manera distinta) destacan “El Negro”, “el Sombrerón”, “la Yegualcíhuatl”, entre muchos otros caracterizados por su alto contenido de ficción y su acercamiento a esas dimensiones mágicas.

Los negros, como vemos, a través de ese viaje obligado que sufrió su cultura, llevaron a Chiapas una serie de particularidades que, en un proceso de aculturamiento progresivo, llegaron a conformar un ideario que se extendió a lo

³³ Ordóñez y Aguiar, Ramón. *Historia de la creación del cielo y de la tierra conforme al sistema de la gentilidad americana*, México, [s.n., 189-?].

³⁴ *Ibidem.*, p. 900.

largo y ancho de la entidad. El siguiente párrafo destaca las particularidades de esos negros:

Los Negritos son unos seres que se parecían a los ladinos (o mestizos bien vestidos), solo que más chaparritos y bien negritos, que gustaban fumar mucho puro. Sin embargo eran muy forzudos, que no se podía comparar sus fuerzas con las de los hombres normales. Tan fuertes eran que hasta un toro levantaban al aire, además eran invulnerables a todas las armas terrenales. Como están hechos de acero, no se le podía dar muerte.³⁵

En otro sentido, y bajo otra vertiente, los negros, según diversos autores, destacan por lo siguiente: se diferencian de los hombres verdaderos (de los indios) —a quienes por cierto gustan de hacer chocarrerías y maldades— en el robo de mujeres, es decir, procuran rondar sus casas por las noches para aprovecharse de ellas cuando se levantan a orinar³⁶; o se acercan por las madrugadas para hurgar si quedan solas o asaltan a quienes caminan solas. Esto lo hacen sobre todo en los tiempos de mucha neblina y lluvias. Una vez con la muchacha, la conducen a su cueva, porque en cuevas, hondas y oscuras, viven los negros. Como son parientes de la noche no conocen los beneficios del sol; tampoco los del fuego. Por el contrario, su cercanía les quema. Su alimento, entonces, es diferente al de los hombres, no cocido, de aspecto y sabor desagradables³⁷. Las cuevas les procuran a los negros resguardo, y en ellas, merced a su dominio sobre brebajes y elíxires, dominan la voluntad de las mujeres, cohabitan con ellas y alcanzan la procreación de otros negros, en escaso tiempo.³⁸ En general, las mujeres no desean este tipo de relación con los negros, aunque se dan casos en que sí, con actitud ambivalente ante sus hijos.³⁹ No tienen, sin embargo, mayor

³⁵ Anónimo (El Chapulín Colorado). “El negrito y los indígenas”, cuento anónimo.

³⁶ Anónimo, Chapulín, 1989.

³⁷ Morales Bermúdez, Jesús. “El Niek”, en *Antigua Palabra. Narrativa indígena ch’ol*, México, Plaza y Valdés & UNICACH, 1989, pp. 101-104.

³⁸ Gómez Gómez, *op. cit.*; Morales Bermúdez, *op. cit.*

³⁹ Gómez Gutiérrez, *op. cit.*

alternativa de libertad y sufren muy a pesar del interés de los negros que se preocupan por agradarlas y complacerlas en todos sus caprichos⁴⁰. El rechazo de las mujeres hacia los negros es radical, al grado de buscar la fuga de sus cuevas o alcanzar la muerte. Así, se excluyen de los negros y los excluyen de su vida, en exclusión que alcanza también a sus hijos, pues mueren al nacer o en edad pequeña⁴¹.

El *Cuento de dos hombres rayos y un negrito* (1989), por su parte, narra las travesías, retos, aventuras de dos mensajeros (hombres rayo) que fueron enviados por las autoridades de Tenejapa y Cancuc hacia Comitán en un período de dificultad en los caminos a causa de los espantos provocados por un negrito. El cuento dice más o menos así:

A la vuelta de su viaje, cansados ya, solicitaron posada en el pueblo de Oxchuc en donde el dueño de la casa los alojó por un día comentándoles la dificultad de una permanencia mayor pues al día siguiente llegaría el negrito a llevarse a su hija; en realidad, se llevaba por turnos a sus hijos. Los hombres arguyeron no tener miedo y prometieron buscar la forma de acabar con el negrito. Muy temprano, al día siguiente, se presentó el negrito por la hija del casero. Los hombres rayo convinieron un duelo con él y se enfrascaron en una lucha a muerte. El negrito se preparó transformándose en rayo; los hombres rayo en barras de fierro bien rojo como fuego. Primero uno de los hombres se metió bien en el culo del negrito. Es cuando tronaban los dos arriba: trommm, trommm, trommm, así tronaba el rayo en el cuerpo del negrito. Entre iguales se daban el trueno de rayo arriba, se bajaban, se subían, se cansó el hombre rayo. Sin darle tiempo al negrito, el otro hombre se mete en el culo del negrito con truenos de rayo, y fue muerto el negrito, tanto truenos de rayo. Las autoridades agradecieron a los hombres rayos, les pidieron tomar mujeres de su pueblo; ellos declinaron pues tenían las propias pero al final accedieron, tomaron mujeres, procrearon: así fue que dejaron dos niños rayos y los hombres rayos se fueron para sus tierras, que eran mensajeros. Los dos niños rayos sirvieron también a las autoridades de Oxchuc yendo a Guatemala a traer la madre del tesoro de Guatemala. En su hazaña, por tres veces diferentes enfrentaron a tres distintos negritos, esta vez no con rayo sino apostando las cabezas, de modo que tras preservar las propias acumularon en su morral las tres cabezas de los negritos con las que se presentaron ante el coronel (autoridad) de Guatemala, quien los encarceló por un momento pues siendo rayos rompieron la cárcel; se ordenó

⁴⁰ Gómez Gómez, *op. cit.*

⁴¹ Gómez Gómez, *op. cit.*; Morales Bermúdez, *op. cit.*

fusilarlos y es cuando los niños solo lo topaban con sus sombreritos las balas”. Provocaron un incendio y se marcharon con la madre del tesoro de Guatemala. A su vuelta a Oxchuc, los niños querían tambores, músicas, flautas, inciensos y flores. Los tres pueblos no obedecieron, ellos creyeron que era mentiras. Despechados los niños rayos decidieron no dejar la madre del tesoro en Oxchuc sino en la ciudad de México, por eso actualmente México es rico, grande, porque allá pasó la madre del tesoro de Guatemala.⁴²

Este universo negro originado en el cuadernillo del que hizo mención el obispo dentro de su crónica, tiene, como vemos, una fuerte repercusión en el imaginario de Chiapas. El viaje que supone la cultura negra y su incursión en la vida de la región, tuvo efectos muy arraigados en la literatura chiapaneca; efectos que perduran como un sino que pervive aún en el discurso e imaginario de los indígenas de las diferentes entidades del estado.

Esta pequeña acotación sobre el universo negro tiene la intención de resaltar las diversas miradas desde donde podría enfocarse la dimensión del viaje en Chiapas. En general, este territorio está pleno de horizontes viajísticos, de universos producto del encuentro con la alteridad, de itinerarios, recorridos, manifestaciones de novedad; es el punto donde inician o acaban las migraciones; donde el hombre, en constante trayecto, fragua una jornada en el camino de su poblado a la ciudad. El universo negro es sólo un ejemplo, una línea del gran mapa de Chiapas.

Ahora bien, volviendo de nuevo a los viajeros colonizadores, aparte de los ya mencionados, dos cronistas, por lo menos, revistieron y revisten peso para la vida y cultura de Chiapas: Fray Alonso Ponce y Fray Tomas Gage.

Fray Alonso Ponce, por su parte en su calidad de comisario general de la Orden Franciscana, recorrió una gran parte de la Nueva España y de la audiencia de los Confines entre los años de 1584-1592... Chiapas y el Soconusco, las provincias más occidentales de aquella Audiencia fueron recorridas por dicho Fraile en el año de 1586. En su viaje hacia Guatemala, éste pasa por la región del Soconusco y a su regreso entra

⁴² Anónimo. “Cuento de dos hombres rayo y un negrito”, sin publicar, 1989.

por Aquetzpala, Izcumtenango, Coapa, Comitlán y cruza la parte central de Chiapas hasta llegar nuevamente al obispado de Oaxaca.⁴³

Este viaje fue publicado en Madrid, en la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, en el año de 1872, con el nombre *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo comisario general de aquellas*. El libro da cuenta del recorrido del fraile por la Nueva España, también de su paso por Chiapas, localidad de la cual deja un testimonio por demás elocuente y detallado. La ruta a su paso, viniendo de Oaxaca con rumbo a Guatemala, le permite una descripción maravillada de pueblos, así como de sucesos que le fue dado vivir. De este modo, lo que fuera el “Camino Real de Chiapas a Guatemala”, con los todavía maravillosos lugares de Coapa, Ostuta, Aquexpala, queda descrito con lujo de detalles en la narración. No escapa tampoco a la curiosidad del fraile la manifestación del mundo simbólico de los naturales, así como las constantes imprudencias de las que formó parte. Todo se relata de una manera natural y fresca, extensa, variada, amena y versátil; de entre las muchas cuestiones estimulantes que destacan en la narración resalta la relativa a la forma de relación entre los religiosos y la población nativa; la manera cómo se desplazan éstos de un lugar a otro; su alimentación; la extensión de la liturgia y la evangelización. La crónica muestra el ejercicio del viaje de este fraile, su asombro ante lo desconocido, sobre todo ante la imperial selva lacandona y sus habitantes de más antigüedad, los llamados lacandones: “esos indios que se mantuvieron insumisos

⁴³ Albores, Eduardo. *Diario de Fray Alonso Ponce en las provincias de Chiapa y Soconusco*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, 1964 y 1991. Véase el relato completo en: *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo Comisario General de aquellas partes*, UNAM, 1976.

a lo largo de la Colonia a pesar de las campañas religiosas y militares con que se pretendió reducirlos”⁴⁴. El siguiente fragmento ilustra lo que decimos:

Los indios del Acandon son muy pocos, y los más dellos infieles, que no se han bautizado, y andan también en su compañía algunos apóstatas de la fe, así, dellos mismos como de otros que se han huido de otras partes, y se les han juntado; tienen todos una fuerza o peñol en una laguna... (que) no es muy grande, pero es honda y circular, y tiene en medio una islilla con algunos peñascos, y en ella tienen hechas los Acandones sus casas, y a esto llaman peñol; sírvense de muchas canoas para salir a tierra firme a cazar y a hacer sus milpas de maíz, ají y frijoles y calabazas y otras lengumbres, y a capturar todos los hombres que pueden, así indios como españoles y negros, para sacrificarlos a sus ídolos, los que cogen vivos llévalos a aquel fuerte y isla, y después que los han engordado los sacrifican con danzas, mitote y bailes.

Aquel año de ochenta y seis salieron algunos destes a tierra firme con sus armas, que son arco y flecha, y dieron una noche en una estancia de un español, vecino de Chiapa, y habiendo muerto a un negro que se puso en defensa, llevaron presas nueve o diez personas entre chicos y grandes, y puestas en su isla las iban cebando y engordando como si fueran puercos, para ofrecérselas y sacrificárselas al demonio poco a poco en sus fiestas y solemnidades; teníanlos a todos metidos en una cárcel o red de maderos muy gruesos hincados en la tierra[...] en la cual estaban con la guardia sobredicha, hasta que llegado el día del sacrificio sacaban a matar uno, y otra vez otro, y así habían ya sacrificado algunos de los diez atrás referido; y quedando ya muy pocos, y entre ellos un indio hábil y buen cristiano, que muy de veras se encomendaba a Dios y a la virgen Santa María su madre, llegado el día en que había de morir le sacaron de la cárcel, y llevado al mitote y baile, comenzaron su fiesta, quiso su ventura u ordenóle así Dios, que el que estaba tañendo el teponastle, que es un instrumento de madera que se oye media legua y más, erró el golpear y el compás de la música, y teniendo esto por agüero y mala señal el sacerdote de los indios, mandó que no pasase la fiesta adelante ni se hiciese por entonces el sacrificio, y que muriese el tañedor que había hecho aquella falta, tan grande a su parecer, pero intercedieron por él los demás, y perdonado mandaron volver al otro indio a la cárcel y concertaron y determinaron que otro día fuese sacrificado [...].⁴⁵

Esa especie de aura con que la Colonia recubrió a los selváticos y al espacio mismo de su morada (denominada por el historiador Jan de Vos como “desierto de los lacandones o de la soledad”), sirve de marco a la fascinación de

⁴⁴ Véase el libro de Jan de Vos. *La paz de Dios y del Rey, La conquista de la selva lacandona*, FONAPAS, México, 1980.

⁴⁵ *Ibidem*.

viajeros, aventureros, políticos, religiosos, que hasta nuestros días cruzan sus linderos con diversos afanes⁴⁶.

Ahora bien, no mucho después del viaje de ese fraile, el también fraile dominico Thomas Gage (1602-1656), de paso por la Nueva España con rumbo a las Filipinas, decide, en un acceso repentino, cambiar de ruta y pasar por Chiapas, Guatemala, Nicaragua y Costa Rica, en donde vive el más singular viaje de exploración. Un año después de esta aventura retorna a Inglaterra, de donde es originario, y en 1637 publica su *Nuevo Reconocimiento de las Indias Occidentales*; libro irónico, crítico y desenfadado en comparación con los que habían escrito los frailes misioneros de otro tiempo. Como buen europeo, Gage, en pugna con el imperio más poderoso de la época y sobreviviente de los conflictos religiosos europeos, sobre todo los ingleses, tiene la enorme capacidad de mirar con ojos diferentes lo que acontece en la realidad del Nuevo Mundo. Elisa Ramírez Castañeda anota al respecto:

La narración, hecha quince años después de su llegada a la Nueva España, contiene un punto de vista único y diferente. Conocedor de la historia y la geografía de nuestro país, recuenta con soltura acontecimientos de cien años atrás; pinta un irónico cuadro de costumbres y personajes y describe con exactitud el paisaje. Su visión crítica y su distancia no se encuentran en los cronistas españoles. No es extraño que Gage se escandalizara: su infancia en un clima de persecución, donde la fe era un asunto de vida o muerte, contrastaba con la frivolidad del clero colonial. Su sueño evangelizador se desmorona cuando descubre que puede hacer fortuna mediante el ejercicio de la fe. Su nueva religión (el protestantismo) lo hace exagerar en cada página, pero durante doce años sacó provecho de lo que más tarde satanizaría: su huida a Chiapas, su posición privilegiada como peninsular, su pacífica convivencia con la avaricia y la glotonería –calmada con atole y chocolate– podían existir solamente en este medio, en este desorden que ahora aconseja enmendar...

Esta nostalgia es rescatable igual que su sentido del humor: su burla de las costumbres; su denuncia de las tensas relaciones entre las castas anticipan los conflictos que dos siglos más tarde culminarán en las guerras de Independencia; la jocosidad con que pinta la devoción de las damas chiapanecas que no soportan un

⁴⁶ Véase, para el caso, los libros de Jan de Vos: *Una tierra para sembrar sueños*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003; y *Viajes al desierto de la soledad*, México, Porrúa & CIESAS, 2003.

sermón sin una jícara de chocolate; el interés de testimonios etnológicos de idolatrías, brujerías y hechicerías; la descripción de fiestas y de lugares enriquecen el texto. También las omisiones son muchas: calla la riqueza cultural de la Nueva España y simplifica las relaciones en aras del maniqueísmo. Su insistencia en atacar a los católicos, a veces tan ágil, llega a ser pesada, igual que sus recuentos de fortalezas, guarniciones, cañones, bahías que lo hacen parecer más un informe de almirante que el relato de un viajero.⁴⁷

El relato de Chiapas en el *Nuevo reconocimiento...*, de Thomas Gage, da cuenta de las mutaciones históricas de la Iglesia católica en su relación con los naturales; el afán de Bartolomé de Las Casas ha dado paso, aquí, al caciquismo eclesiástico que, mutaciones más, mutaciones menos, se prolongó a lo largo de la Colonia y perduró hasta nuestros días. La estancia en Chiapas de Gage se encontró llena de bienestar; su intrusión en la “cosa pública” de la provincia provocó una asonada memorable a causa de la cual se vio obligado a marcharse; y sí, se marchó, pero narró el suceso con una furia y una pluma inigualables. Muchos años más tarde, la novela de Heberto Morales Constantino (1933), *Jovel, serenata para la gente menuda* (1992), retomará el suceso y, desde una perspectiva muy diferente a la conocida, narrará el mismo acontecimiento que haría huir a Gage y que crearía para Ciudad Real, la fama “coleta” de asesinar obispos y de tratar mal a la clerecía.

Ahora bien, así como los que hemos mencionado, muchos otros viajeros-cronistas debieron haber llegado a Chiapas con el afán de llevar a cabo diversas encomiendas traídas de España; sin embargo, hemos elegido los que nos parecieron más representativos en cuanto al tema del viaje; a los que nos dejaron percibir entre sus cartas, crónicas, diarios o historias verdaderas, las dimensiones de sorpresa, maravilla, alteridad, gusto por el movimiento, resaltadas y explicadas en los primeros dos capítulos de esta tesis.

⁴⁷ Elisa Ramírez Castañeda, Traducción y notas a Thomas Gage, *Nuevo Reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, SEP (col. 80), 1982.

Los viajeros mencionados aquí son pues los primeros surcadores del territorio chiapaneco, los primeros en dar a conocer las maravillas y diferencias que carga consigo la realidad humana, física y geográfica existente en esa tierra. Quede pues este antecedente como un ejemplo de aquellos viajes realizados con el afán de conquistar, descubrir, conocer lo que sucede en un mundo al que nadie había accedido jamás.

III. VIAJES Y VIAJEROS EN LA SELVA LACANDONA

La otra cara del viaje en tanto utopía, expresa el anhelo por otros mundos diferentes a los mundos dados, a los mundos propios. En el caso específico de Chiapas, este anhelo y diferencia se encuentra marcado por un cierto relegamiento económico que ha mantenido a la entidad como espacio de utopías que entre caras “marxistas”, intenta recrear los sueños del campo y la pobreza sin igual. Por otro lado, la belleza y exuberancia del paisaje ha sido también fuente de inspiración para espíritus utópicos; el exotismo de sus selvas, la huella colonial de sus ciudades, el fondo arbolado y exuberante de sus montañas han captado la atención de los más excéntricos viajeros románticos. También, por qué no decirlo, el reciente movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional desarrollado en 1994, ha contribuido a que la entidad adquiera dejos de la patria cubana de la que un día se desprendió una de las revoluciones más importante en Latinoamérica; así los espíritus utópicos-revolucionarios han visto en los adentros del territorio el ambiente propicio para sus sueños guerrilleros.

Chiapas es el laberinto donde se inmiscuyen los más excéntricos caminos de la invención; el lugar que apuntala discursos innumerables subsumidos en una literatura que condiciona lenguas, imaginarios particulares, formas de ver el mundo. Sus letras, por tanto, representan ese caótico y disperso sendero en su historia, la búsqueda incansable por una esencia que identifique al estado; pero ¿cómo habría de encontrarse una esencia entre tantas esencias disponibles?, más aún, ¿cómo habría de reducirse a una? La literatura de Chiapas, ya lo hemos dicho, tiene un sinnúmero de aristas desde dónde puede mirársele; a saber: la social, la histórica, la mágica, la religiosa, la indigenista, entre otras más. Nosotros –ya lo hemos dicho– intentamos ver la que supone la noción del viaje en las letras chiapanecas. Ahora bien, esta noción de viaje, como hemos perfilado, cifra

su quehacer inicialmente en los viajes de sus primeros pobladores; después, en los cronistas que arribaron a esa tierra con diversos afanes. Este es el punto que definirá el rumbo de nuestra investigación: ¿qué territorio específico elegir de entre los muchos que contiene el estado de Chiapas, para trazar una dinámica de viaje que permita configurar un escenario específico como el “lugar ideal para viajar”, y que permita, a su vez, la posibilidad de un paseo por la literatura que ha quedado como testimonio de los recorridos a ese lugar ideal? Pues bien, elegimos la región selvática, “la región más agreste e inhóspita de Chiapas, pero la más atrayente: la región de la selva, las lagunas, los pantanos y los ríos caudalosos”⁴⁸ (ver Apéndice, mapa 1).

Este es el territorio, la región, el lugar que hemos elegido para nuestro estudio; este “paraíso” que en una panorámica aérea dibuja la exquisitez de la naturaleza, el fuego verde en combustión. Lo elegimos quizá porque ningún otro territorio de Chiapas se presta tanto como éste para el viaje y el exotismo que se busca mediante él; quizá por eso la afluencia de viajeros, entre ellos turistas, antropólogos, historiadores, utopistas, artistas que, desde diversas épocas, han arribado a la selva buscando múltiples objetivos, y muchos de ellos se han quedado como pobladores de la zona. Sobre esto hablaremos en lo subsiguiente,

⁴⁸ Carlos Frago, *Ibidem*, p. 40. Un poco más adelante, este autor nos contextualiza del siguiente modo: “Las Serranías de la Lacandonia se encuentran limitadas al oeste y suroeste por la región conocida como los Altos de Chiapas, al norte por las sierras del norte de Chiapas junto con las llanuras y declives del Golfo de México, y al este y sur por el vecino país de Guatemala. La Lacandonia cubre un área aproximada de 7 500 km². Su topografía es montañosa, ligeramente elevada, de rocas sedimentarias y desgastadas por la disolución de rocas, principalmente conglomeradas y calizas, intercaladas en menor grado con areniscas y lutitas. Los pliegues de las montañas se orientan de noreste a sureste de manera paralela llegan a altitudes hasta de 1 800 m. Gran parte del territorio de la región lacandona presenta un suave declive hacia el Río Usumacinta. Los ríos de la Lacandonia llevan un enorme caudal y forman hermosos saltos de agua, como las cascadas del Río Chocollá, las cataratas de Agua Azul, Boca de Cerro y muchas más que pueden ser utilizadas tanto para fines recreativos como para generar energía eléctrica. Los ríos cuentan, además, con un sinnúmero de caídas y rápidos. Esta región comprende los municipios de Chilón, Altamirano y Ocosingo, concentrándose la mayor parte de la población en este último...”, pp. 41-43.

sobre aquellos que llegaron a sus linderos con el mundo a cuestras, trazándose un itinerario que habría de culminar, al final, con un relato de viajes.

Nuestro recorrido habrá de comenzar a trazarse a partir de los acontecimientos históricos acaecidos durante la administración del gobernador porfirista Emilio Rabasa (1891-1894), con quien se ciñe la regular autonomía de la entidad a los dictados de la conducción central, y con el que comienzan, por consiguiente, tanto el desmembramiento de las estructuras y élites del estado, como los cambios radicales para los procesos de transformación de las visiones del mundo y de la identidad⁴⁹. En su régimen gubernamental las llamadas monterías, haciendas, plantaciones decimonónicas, fueron concesionadas por la federación a capitales extranjeros, lo que propició un cambio en el panorama económico y social de la entidad; estos sitios fueron convirtiéndose en lugares en donde la fuerza de trabajo fue extraída de forma irracional e implacable, lo que dio origen a una nueva mitología sobre la selva como espacio privilegiado para la servidumbre⁵⁰.

Antes de que estas mitificaciones cobraran peso real en la conciencia nacional y se expandieran como sonidos en fuga a lo largo de la reciente república mexicana, la selva sirvió de acicate o aguijón para espíritus aventureros chiapanecos, como el del pionero, el sancristobalense Juan Ballinas (1824-1905). A este hombre le cabe el mérito de haber sido fiel a una indomable vocación expedicionaria. Hijo de pioneros él mismo y heredero del rancho *El Paraíso*, en la selva, a la vera del río Jataté, nació muy pronto a la vocación de descubrir una

⁴⁹ Cfr. Nuria Pons, “La formación colonial del estado de Chiapas”, en Ma. Luisa Armendáriz (compiladora), *Op. Cit.* p.129-137, y en Frago Carlos, *Op. cit.*, p. 174-209.

⁵⁰ Al respecto de las condiciones de vida en esos lugares se tienen escasas noticias, sólo algunos reportes periodísticos de principios del siglo XX reunidos en el libro de Frans Blom y Gertrude Duby, *La selva lacandona* (1955); así como el testimonio de algunos monteros sobrevivientes, “cuya experiencia en las monterías les permite evocarlas como el tiempo de mayor prodigalidad y bienestar para sus vidas. Gabriel Ascencio Franco, “José Patrocinio, el gobernador del imperio de la ley”, en *Anuario de Investigación 2000*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNICACH, 2002, pp. 163-202.

ruta favorable para la explotación maderera en la selva. Cuando decidió iniciar su aventura no desconocía los esfuerzos favorecidos o financiados por el gobierno para ese propósito; no desconocía, tampoco, los fracasos en que habían culminado éstos ni la maledicencia que habría de acompañar a su empresa si fracasaba también. Así, sabiéndose solo y sin recursos, carente de “la palanca que mueve y conmueve al mundo entero, pues es bien sabido que el oro es numen del siglo y que con él todo se puede”⁵¹, sale en busca de su conquista con el espíritu indoblegable, como él mismo dirá, “con el alma poseída por el principio ‘querer es poder, y más hace el que quiere que el que puede’”⁵². Así, emprende pues el camino que lo llevará al triunfo. Al cabo de cinco expediciones y de un año seis meses de empecinamiento, logra el cometido del que habrá de salir, tiempo después, el libro de memorias, *El desierto de los Lacandones*, dado a conocer por Frans Blom en 1951, cincuenta años después de que fuera escrito.

En su brevedad, el libro refiere la corta pero exitosa expedición. Quedaron superados tres siglos que habían sido testigos de la derrota de los propósitos militares, religiosos y políticos de control sobre aquel vasto territorio. Juan Ballinas representa, en este sentido, la empresa individual y humana que lo logra. *El desierto de los Lacandones* da cuenta, como si de una gran metáfora se tratara, de los empeños de un hombre que abandona *El Paraíso* para volver a él; un hombre que mientras se afana lejos de aquella heredad, vive las contingencias humanas de ambición, sufrimiento, naufragio, hambre, envidia y traición, cumpliendo, también, con la encomienda de someter y dar nombre a las cosas: *Perlas, Río azul, Carrile...*, igual que una vez lo haría Humboldt en América; un hombre, en fin, al que ninguna actividad le parece vana (agricultor, boga, capitán de navío, trovador, defensor de oficio) porque llega a saber que el trabajo se compone en buena

⁵¹ *Quijote*, II.

⁵² Juan Ballinas, *El desierto de los Lacandones*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Edición facsimilar de la de Frans Blom, por Rodrigo Núñez de León, 1988, p. 46

parte de la transformación material y humana: “estoy convencido [de] que el trabajo material produce más que el tiempo que se pierde en cuestionar”⁵³. Al final, el afán suyo, como el del género humano, topará con el muro de la derrota, de la imposibilidad. Expulsados del paraíso, con la derrota como heredad, los premios del hombre parecen ser la ingratitud, la calumnia, la envidia y la mala fe. En el caso de Juan Ballinas, sobreviviente de la desdicha, hijo pródigo de vuelta a *El Paraíso*, puede, como todos los hombres, recomponer la perspectiva, integrar las partes de sí, decir: “He cruzado con serenidad sobre los mares borrascosos de mi suerte. Cuando fui joven hice prodigios, dominé cuantos obstáculos se pusieron a mi paso, probé la amargura y tuve valor para todo. Y hoy, que instante por instante espero escuchar la hora de mi entera partida...nada puedo ya”⁵⁴. Pionero por excelencia de la selva, Juan Ballinas espera del mundo la bondad, la belleza, que en general esperan los pioneros. Su canto, como el del libro *Cántico* (1938) de Jorge Guillén, preanunciado por cierto en la primera página del de Juan, será “planta débil, muy débil, viene el hombre al mundo, y en el propio estado permanece mucho tiempo con el apoyo de sus padres y tutores; pero llega a ser varón, se fija en la naturaleza y la reconoce de tal modo, que con resolución firme dice: yo pertenezco a la naturaleza, pero soy el Rey de ella, ¡Oh cuánto puedo ser!”⁵⁵

El desierto de los Lacandones de Juan Ballinas –ese libro que rememorara aquel que escribiera Fray Alonso Ponce 300 años atrás–, inaugura, en tanto narración de viaje, a la selva Lacandona como espacio narrativo. El pasaje siguiente lo prueba:

El río seguía muy crecido, pero eso deseaba para salvar dificultades en la navegación. En este estado y siendo la diez de la mañana nos embarcamos [...] dimos

⁵³ *Ibidem.*, p. 48.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 49.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 50.

rienda suelta a nuestra hermosa canoa, despreciando el furor de aquella gran corriente y caminamos a medio río. Reanimaba a los pobres indios diciéndoles “ya ven no van cargando nada, y vamos como Cura en su caballo de paseo, no sean cobardes, Dios nos ha de ayudar a que salgamos bien” [...] Temprano nos pusimos en marcha y ya habíamos caminado como tres cuartos de leguas cuando nos detuvimos frente a las casas de los lacandones; estos se pusieron a mirarnos. Se decía en general que eran muy malos, que cuando se apoderaban de uno, los encerraban en un chiquero construido de palos tan grandes que era imposible la salida y que nos engordaban con puros plátanos verdes para comernos enseguida. Yo, que no apetecía tal cosa, por miedo de perder la ocasión de prestar un servicio a mi patria querida, caminaba con toda precaución, de suerte que al hacer la canoa de manera singular, se labraron dos largas planchas de caoba de pié y medio de ancho, por dos pulgadas de grueso, y de ocho varas de largo, con tantos agujeros como tiradores éramos; con ocho reglas gruesas hicimos cuatro equis (x) que las colocamos con escoplos en el fondo de la canoa y las planchas tenían también agujeros para meter por la parte superior las espigas de suerte que no había más que poner de canto las citadas planchas y colocar las equis, todo obra de un momento, mas nada de esto hicimos, pues los lacandones no se movieron y ni se les conocía nada de hostiles. Así pasamos y a poco llegamos a un lugar que hoy lleva el nombre de *Carriles*.⁵⁶

El siglo XIX y la primera parte del XX fueron propicios, debido a la las mitificaciones expandidas a los oídos del mundo, del arribo a Chiapas de viajeros ilustrados y amantes de lo exótico; de extranjeros en busca de nuevas utopías. Resulta de gran importancia en este sentido John L. Stephens (1805-1852), autor del libro *Incidentes de viaje en América Central, Chiapas y Yucatán* (1841)⁵⁷. Stephens llegó a Centroamérica y Chiapas en el año de 1839. La vida federada de Chiapas a México apenas comenzaba; la unión centroamericana, por su parte, había dado pie a la formación de nuevos países, a la carencia de Estados nacionales definidos; las pugnas entre liberales y conservadores menudearon⁵⁸. En este marco histórico Stephens trajo consigo, expedido por la presidencia de su país, un nombramiento que lo acreditaba como “agente especial extraordinario, encargado de misión confidencial”⁵⁹; por lo demás la correspondencia y los informes acerca de esta misión aún no han sido publicados; su libro, en cambio

⁵⁶ *Ibid.*, p. 55.

⁵⁷ John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje en Chiapas*, México, Porrúa–Gobierno del Estado de Chiapas, 1998.

⁵⁸ *Cfr.* María Luisa Armendáriz, *Op. cit.*,

⁵⁹ Paul Sullivan, *Conversaciones inconclusas*, Barcelona, Gedisa, 1991.

cuenta con múltiples ediciones en castellano, casi siempre acompañado de los dibujos de Frederick Catherwood⁶⁰. El propósito público de Stephens, retomando el hilo, tuvo que ver con la exploración de vestigios y ruinas arqueológicas de las que tuviera noticia; primero se asentó en Palenque y, después, casi como dueño de los sitios, en Guatemala. Como muchos otros estudiosos —asegura Paul Sullivan en un libro no sólo sorprendente sino ilustrativo de la actividad de arqueólogos de la estatura de Sylvanus Morley—, Stephens fue “seducido por los restos de la alta cultura maya, de la cual dio los informes más sorprendentes, precisos, extensos y bien documentados. Y aunque otros contemporáneos habían entendido que los arquitectos de esas ruinas eran fenicios, egipcios, cartagineses, griegos o judíos, Stephens aseveró lo que ya sabían los primeros españoles: que esas ruinas eran obra de los indios mayas, los antiguos ancestros de los actuales habitantes de las tierras que él recorrió”⁶¹.

⁶⁰ Cuando en 1839 Stephens decidió constatar el creciente número de informes sobre las perdidas civilizaciones de las selvas yucatecas, invitó a Catherwood para que viajara con él. El plan era que mientras Stephens escribiría acerca de las ciudades antiguas que vieran, Catherwood las dibujaría. Catherwood nació en Inglaterra en 1799 y estudió arquitectura y pintura en la Academia Real, así como arquitectura y escultura clásicas en Italia, Sicilia y Grecia. Después de terminar sus estudios viajó por Oriente, realizando dibujos a escala de las antigüedades de Egipto, Arabia y Tierra Santa. En 1823 fue contratado como asesor para la restauración de las mezquitas de El Cairo, y hacia finales de los años treinta trabajó en un despacho de arquitectos en Estados Unidos. En 1839, Catherwood se hallaba en Nueva York montando una exposición sobre sus primeras obras. Fue allí donde Stephens —a quien conocía desde 1836— lo abordó con la propuesta de viajar a Yucatán y Centroamérica. El dibujante no titubeó ni un momento y al cabo de un año ambos partían de viaje. Llegaron primero a Copán, en Honduras; para evitar intromisiones, Stephens compró el lugar de buenas a primeras por 50 dólares. Unos 50 km al norte, en Guatemala, está Quiriguá, que Catherwood descubrió mientras Stephens andaba en la capital de este país. Catherwood realizó dibujos tanto de Copán como de Quiriguá. Visitaron también Palenque, en Chiapas, y Uxmal, en Yucatán, ambos lugares de México. De regreso en Nueva York publicaron su primer libro en colaboración. *Cfr.* ¿Quién fue Frederick Catherwood?, en: documento en línea [<http://www.mayadiscovery.com/es/notas/default.htm> (consulta realizada 6 de abril 2006)].

⁶¹ *Idem.*

Si hubiéramos de buscar alguna referencia a los lacandones o caribes⁶², en el tono del viaje arqueológico, es posible encontrar en Stephens una mirada menos prejuiciada y más informada. Dice, por ejemplo:

Hace cincuenta años el padre Calderón, tío de la esposa del prefecto, acompañado por su sacristán, un indio, se estaba bañando en el río, cuando este lanzó un grito de alarma al ver a algunos caribes que estaban mirándolos, e intentó huir; pero el padre, tomando su báculo se dirigió hacia ellos. Los caribes se prosternaron ante él, lo condujeron a sus chozas y lo invitaron a volver, para que les hiciese una visita un cierto día. El día señalado el padre se fue con su sacristán, y se encontró con una congregación de caribes y con una gran fiesta preparada en su honor. Se quedó con ellos por algún tiempo, y en recompensa los invitó para que fueran al pueblo de Palenque el día de la fiesta de Santo Domingo. Un grupo considerable de estos indios salvajes se presentó, llevando consigo carne de tigre, de mono y cacao como presentes. Oyeron misa y observaron todas las ceremonias de la iglesia; entonces invitaron al padre a que se quedara entre ellos y los instruyera; y los indios erigieron una choza en el lugar donde lo encontraron por primera vez, a la que consagró él como iglesia e instruyó a su sacristán para que les dijera misa todos los domingos. Según dijo el prefecto, si el padre hubiera vivido, muchos de ellos seguramente habrían sido cristianizados; pero desafortunadamente murió; los caribes se retiraron hacia la selva, y desde entonces ninguno de ellos ha aparecido por el pueblo.⁶³

En términos de los objetivos de su viaje, el mismo Stephens tuvo la capacidad de reconocer no haber sido él quien descubriera las ruinas; habla de la presencia de otros extranjeros “maravillados como nosotros –dice–; sus nombres estaban escritos en los muros, con comentarios e imágenes; y aun aquí había señales de aquellos bajos y envilecidos espíritus que se deleitan en profanar lugares sagrados”⁶⁴. Sobre el descubrimiento del sitio refiere con dejos de nostalgia y reclamo:

⁶² Cabe anotar que los lacandones se llaman a sí mismo *caribes*, apelativo que quizá les inventaron los españoles ante la incapacidad de reducirlos militarmente. El término *caribe* fue en la época colonial sinónimo de rebelde permanente, difícil de derrotar. De ese vocablo se deriva el de caribal para designar las aldeas y asentamientos lacandones. Andrés Fábregas Puig, “Los pueblos de Chiapas”, M Luisa Armendáriz. *Ibidem*, p. 183.

⁶³ Stephens, *Ibidem.*, p. 61.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 66-67.

En el año de 1750 un grupo de españoles que viajaba por el interior de México penetró a las tierras al norte del distrito de Carmen, en la provincia de Chiapas, cuando de repente encontró, en medio de una vasta soledad, antiguos edificios de piedra, restos de una ciudad que abarcaba todavía de dieciocho a veinticuatro millas de extensión, conocida por los indios con el nombre de casas de piedra... La existencia de la ciudad era enteramente desconocida; no se hace mención de ella en libro alguno, ni hay alguna tradición que jamás haya existido... Las nuevas del descubrimiento corrieron de boca en boca, fueron repetidas en algunas ciudades de la provincia, y llegaron a la sede del gobierno; pero no les prestó atención, y los miembros del gobierno, por ignorancia, apatía o por la imposibilidad real de ocuparse en algo que no fueran los negocios públicos, no tomaron medida alguna para explorar las ruinas hasta 1786, treinta años después del descubrimiento, que el rey de España ordenó una exploración.⁶⁵

Por otro lado, el territorio de Palenque y los lacandones no habrá de perder atractivo, ensoñación entre viajeros, artistas, utopistas. De los lacandones, por ejemplo, habrá referencias mayores sobre todo a partir de la mirada de los viajeros-antropólogos. Alfred Tozzer (1876-1954), por ejemplo, dedicará una monografía completa a ellos: *Mayas y Lacandones* (1909), en la que los muestra herederos de una tradición milenaria, “los más antiguos pobladores de la selva”⁶⁶, a quienes atribuye caracteres idealizados, poco correspondientes con su realidad según el testimonio de otros estudiosos o viajeros⁶⁷; esa idealización será luego

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 68-69.

⁶⁶ Alfred, Tozzer, M. *Mayas y Lacandones. Un estudio comparativo*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1982; la edición en inglés es de 1909, bajo el título *A comparative Study of the Mayas and the lacandones*, Nueva Cork, Archaeological Institute of America.

⁶⁷ Estas ideas polémicas pueden verse respaldadas con la tesis inmensa dentro del trabajo realizado por Andrés Fábregas Puig, *Op. cit.*; en donde el autor realiza un acercamiento histórico al grupo lacandón en el que dice lo siguiente: “En el transcurso de esos largos años coloniales, la selva se pobló y se despobló en distintas ocasiones. Existen historiadores y antropólogos que opinan que los lacandones –autonombrados *Hax winik*, ‘los verdaderos hombres’– no son descendientes de los pueblos originales, sino de refugiados venidos desde Yucatán durante el s. XVIII, empujados por el avance español (Ronald Night, Thompson, Jan de Vos, Jame Nations)”.

punto de discusión entre investigadores de diversos Centros dedicados al análisis histórico, social, político de la entidad en el siglo XX⁶⁸.

El siguiente fragmento de Tozzer ejemplifica esa idealización de la que hablamos:

La moral de los lacandones es buena, su vida familiar es feliz e inclusive con varias mujeres son raras las discusiones entre ellos y ven con disgusto la ligereza moral y las infidelidades de los mexicanos con quienes entran en contacto. Tienen fuertes lazos familiares y un gran respeto por los ancianos... Los lacandones son generalmente confiados, honestos y suaves, excepto cuando se exasperan... son hospitalarios y generosos. La moral de la familia es estricta y el adulterio y la prostitución ocurren rara vez. Las hijas permanecen bajo el estricto control y cuidado de sus padres hasta el matrimonio. El padre del muchacho busca la novia y entonces ella viene a vivir a su casa, pero hay excepciones a la regla, como en el caso... donde el esposo había contraído matrimonio con dos hermanas y había ido a vivir a su casa... los matrimonios generalmente tienen lugar a una edad temprana, y con frecuencia se encuentran madres de trece o catorce años, quienes muestran el desarrollo de una mujer.⁶⁹

En otro momento Tozzer, afirma que los lacandones “son de conducta inherentemente moral y tienen cierto código de vida que practican con gran fe. La vida familiar de los lacandones –advierte– es pura y simple. Se practica la poligamia. Cuando los hombres no están ocupados en la caza y en la pesca, se dedican a la observancia de sus ceremonias religiosas”⁷⁰; dicha cuestión pone de relieve el conjunto de actividades tales como la caza, la pesca, la familia, el culto y el universo material, de los cuales surgen los referentes simbólicos, artísticos, poéticos, etcétera, que mantienen en su cultura.

Por otro lado, y siguiendo con esta enunciación paradisiaca de la selva a través del viaje, Frans Blom y Gertrude Duby, también llevaron a cuestras la tarea de construir la imagen lacandona a través de la mirada extranjera, como evidencia

⁶⁸ A saber, el Centro de Estudios Mesoamericanos de Chiapas y Centroamérica (CESMECA) y El colegio de la frontera sur (ECOSUR) por su parte, han tratado de desmitificar la realidad chiapaneca y de otorgarle a su investigación un carácter más sólido.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 41-62.

⁷⁰ *Idem*.

está el libro *La Selva Lacandona* (1955)⁷¹, a partir del cual ampliaron y difundieron la mitificación en torno a ese grupo humano, construyendo además, un universo de expresión simbólica por medio de un museo, una “casa del jaguar: “Na Bolom”, como la llamaron, ubicada en la ciudad de San Cristóbal de las Casas. La casa es muestra del gran viaje sostenido a lo largo de muchos años de estudio, en donde Frans Bloom, captó con su lente las más entrañables y perdurables fotografías que se conocen de los lacandones, y donde se resguardan, además, archivos importantísimos sobre esta gran travesía selvática.

Enrique Juan Palacios es otro viajero con un libro de viaje, asombro y maravilla, quien en 1926 describe *En los confines de la selva lacandona* (después de una travesía por ese lugar), con lujo de detalle, los restos de las estructuras mayas y las principales características de sus esculturas, altares y estelas; al espacio físico y humano, donde las ruinas y los pueblos ancestrales juegan el papel más importante. Su libro hace una radiografía del entorno, describe el paisaje físico y humano, hace cartografías del territorio, muestra cómo eran las casas, la gente, la vida. El siguiente párrafo lo prueba:

Llegamos al caribal a hora temprana [...] son los lacandones de estatura media, acusan un debilitamiento muy grande, efecto del clima y de la decadencia general de la raza. Da lástima ver sus muñecas y tobillos. El color es amarillo, de tonos verdosos, francamente enfermizo. No les faltan, sin embargo, rasgos en que se conservan los restos de una antigua hermosura. El perfil de los hombres es marcadamente palencano... Los ojos son grandes. Usan pelo muy largo, que es enteramente lacio y negrísimo... Las mujeres llevan trenza, que adornan con plumas de guacamayas y otras aves de colores. En uno y otro sexo el pie es pequeñísimo. [Por otro lado] ocho o diez casas agradablemente diseminadas forman ese caribal. Las paredes son de murrillos derechos, mezclados con otros atravesados, sujetos con lianas. Techos a dos aguas contruidos con limpísima chapaya, en masa de mucho espesor y sobresaliente a modo de alero, dando un aspecto pintoresco al conjunto. El color de esa planta es ligeramente dorado. Las cabañas perfectamente aireadas [...] Las inmediaciones del caribal aparecen cultivadas, en pequeños claros abiertos a la selva. Por cierto que aquellas sementeras, alternando con manchones de bosque y no lejos de eminencias cubiertas de vegetación exuberante, ofrecen un espectáculo muy agradable. Entre

⁷¹ Frans Blom y Gertrude Duby, *La selva lacandona*, México, Editorial Cultura, 1955.

los diversos cultivos vimos maíz [...], para comerciar siembran tabaco; y una vez cosechado enrollan las hojas en mazos, los cuales truecan por aquellos artículos que desean. No noté que las baratijas modernas, de que íbamos provistos, por cierto, los halagaran [...] Pobres descendientes de los antiguos señores de Palenque! Nos despedimos de ellos recibiendo sus últimos regalos... Traigo entre sus curiosidades un collar usado por la más agradable de sus mujeres... De paso diré que aquellas hembras son aseadas, y manifiestan algo más de vigor que los hombres... Aquella raza, creadora en otros tiempos de maravillas de arte y de civilización, está dando los últimos estertores de una dolorosa agonía, en el fondo del inmenso bosque donde residen sus postreros representantes. Solo la selva sobrevive, devoradora, implacable, victoriosa...⁷²

Esta región selvática ha prolongado su manto de fascinación y desdicha en muchos otros viajeros y aventureros avenidos a los santuarios de Bonampak. El siguiente autor es parte de un drama que se desarrollará en la selva, y del que se desprenderán una serie de tragedias humanas. Tal es el caso de Carlos H. Frey, un suizo pacifista llegando a la selva en 1941, quien, luego de familiarizarse con los lacandones mediante una paciente convivencia y el ayuntamiento con una joven lacandona, alcanzó la fortuna de ser conducido a los edificios de Bonampak, donde contempló, siendo el primero en Occidente, los ahora famosísimos murales pintados. Con aquel tesoro quemándole las sienas, conviene con el periodista Giles C. Healy, en 1946, realizar un reportaje y unas fotografías para dar a conocer el hallazgo al mundo, como en su momento lo hiciera Catherwood con Palenque. Y ocurrió aquel deseo; sin embargo, el aprovechado periodista se hizo aparecer sólo a él como el descubridor de los murales y ruinas, dejando a Frey rumiar si no una venganza, sí alguna acción que le devolviera el mérito y el prestigio; vagó entonces por aquí y por allá intentando convencer a intelectuales y artistas de Chiapas sobre la importancia que significaba conocer aquel sitio arqueológico guiados de su mano. Así, en abril de 1949, el Instituto Nacional de Bellas Artes en la ciudad de México organizó una expedición con el

⁷² Enrique Juan Palacios, *En los confines de la Selva Lacandona. Exploraciones en el estado de Chiapas 1926*, México, SEP, 1928, pp. 146-150.

objeto de estudiar la tan misteriosa zona arqueológica de Bonampak; así, entre pintores, artistas plásticos, maestros, periodistas, arquitectos, se dieron cita Raul Anguiano, Pedro Alvarado Lang, Julio Prieto, Fernando Gamboa, Carlos Margain, Sánchez Flores, Arturo Sotomayor, Alberto T. Arai, Jorge Olvera, Carlos Frey y Franco Lázaro Gómez. Desgraciadamente los resultados de dicha expedición fueron también desastrosos, debido a la muerte de los últimos dos y a los pesares de los demás expedicionarios, quienes nunca coronaron sus propósitos.

La expedición mexicana a las selvas lacandonas de Chiapas, para exhumar, reproducir y fotografiar, las obras pictóricas mayas de Bonampak, resultó trágica al morir el conocido explorador Carlos Frey, codescubridor de esa zona arqueológica, y Franco Lázaro Gómez, el más joven y genial de los grabadores mexicanos. La muerte los sorprendió en el río Lacanjá, al volcarse la lancha en un rápido de la corriente. (*Lacanjá* en maya significa “culebra de agua”).

Frey, el americano que amó la selva recóndita de los lacandones, descubrió el silencio letal. Quizás, como Livingstone en África, hubiera querido dejar sólo su corazón, pero Lacandonia, exigente, pidió su cuerpo también. Fue un eterno viajero en busca de lo ignoto. Un explorador esforzado y valiente.⁷³

Hablando en términos artísticos y culturales los resultados de esta expedición fueron más satisfactorios, pues nació de ella una importantísima serie de pinturas al óleo y dibujos al carbón producto de Raul Anguiano; también “La espina”, la más célebre puesta en escena del Ballet Bonampak; por otro lado, se creó en Chiapas la Escuela de Artes Plásticas, quizá como homenaje de Jorge Olvera hacia su discípulo Franco Lázaro Gómez, muerto en la expedición⁷⁴. Cabe resaltar que Raúl Anguiano llevó, durante el viaje, un diario que más tarde fue publicado por la UNAM; en él se da cuenta minuciosa de los avatares sufridos en medio de la selva chiapaneca. Un fragmento de dicho diario es el siguiente:

⁷³ Adolfo Hernández Muñoz, “La selva se tragó a un imperio. Noticias sobre el reino maya, la Lacandonia y otras veredas”, *Correo del Maestro*, Núm. 113, Octubre 2005

⁷⁴ Véase, por ejemplo Adolfo H. Muñoz, *Idem*.

Temprano, en la mañana, salimos otra vez hacia la estela rota [...] Hago un rápido dibujo de las ruinas, y regresamos. Nos perdemos una vez más [...] Nos encontramos frente a un acahual [...]. Frey consulta su brújula, pero es inútil: no damos con la invisible vereda. Manifiesto mi opinión en el sentido de que debemos regresar por el rumbo contrario, ya que si nos seguimos internando en el acahual, corremos el peligro de nunca salir de aquí [...] Nos internamos otra vez en la espesura y al cabo de una media hora de caminar, encontramos de nuevo al Lacanjá. Aquí hay que pasarlo con el agua hasta las rodillas, pisando sobre las rocas... Olvera está a punto de ser arrastrado por la corriente; logra mantenerse en pie, pero se ha mojado de tal manera que su cámara fotográfica que lleva al cuello, queda inutilizada... [...]. Carlos Frey se desnuda, [...] con el agua hasta el cuello, jala con una sogá a la mula, que también se ha sumergido hasta las quijadas. [...]

Llegamos al campamento mojados de la cabeza a los pies. Pregunto a Manuel por nuestros compañeros. No han vuelto. Ya es de noche. Hacemos muchas conjeturas. Continúa la lluvia. Más tarde vemos en la espesa oscuridad una débil luz de lámpara de mano. Damos voces y nos contesta Julio. Se acercan nuestros compañeros, llegan mojados y jadeantes. En sus ojos se refleja el dolor y el espanto. Nos dan la mala nueva: Franco y Carlos Frey yacen en el fondo del río, junto a un rápido, como a cuatro metros de profundidad. Enmudecemos. No es posible creerlo. Trataron de sacarlos desde la canoa, pero fue inútil. Se hizo de noche.⁷⁵

Este pasaje del diario de viajes de Anguiano, en el que por poco pierde la razón Luis Morales –quien en el mismo naufragio pudo asirse de una roca, salir del río y caminar por más de dos días hasta llegar al campamento–, trajo también otras obras y alguna nueva expedición⁷⁶. El Ballet Bonampak, por su parte, resultó quizá el hito de mayor plasticidad en la perspectiva nacionalista aún presente en los gobiernos de la Revolución Mexicana, porque saber de Bonampak o contar con una especie de emblema propio en los sinos trágicos de Carlos Frey y Franco Lázaro Gómez, o tener frente a la casa a alguno de los sobrevivientes de esta expedición, indujeron al entonces gobernador de Chiapas,

⁷⁵ Raul, Anguiano, *Expedición a Bonampak. Diario de un viaje*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1959, pp. 38-49.

⁷⁶ Véase, por ejemplo, Enrique Franco Torrijos, *Odisea en Bonampak*, México, Artes Gráficas, 1950, en que se refiere una expedición hacia esas ruinas, sin el contento ya de los Lacandones y las subsecuentes penurias que la carencia de su apoyo propició a los integrantes de aquella expedición: Guillermo Alarcón Sánchez Armas, Sergio Arredondo Quiroz, Leoncio Ayala Villalobos, Jesús Esparza Pérez, Daniel Gómez Acosta, Luis Morett Gárate, José Palomares García, José Palomino Saavedra, Felipe Villena Chávez, Orlando Zambrano Domínguez, y el autor.

el general Francisco J. Grajales(1948-1952), a impulsar la empresa que hoy bien podría ser considerada digna del mejor *performance*⁷⁷. Así Pedro Alvarado Lang – autor del guión y responsable de la puesta en escena, con el aval de Carlos Chávez y Fernando Gamboa, funcionarios del Instituto Nacional de Bellas Artes– llevó a cabo una lectura en la que figuraron los dioses y guerreros presentes en los murales de Bonampak, con la intención de allegar al mundo el alma del pueblo maya que orgullosamente ponderaba el espíritu nacionalista y chiapaneco. Por fin, la aventura viajera de la que tanto se había hablado, quedó representada en el teatro, y buscaba, como lo dijo el propio Alvarado Lang:

...penetrar al corazón de un hombre o de un pueblo, para adivinar en verdad la clase del espíritu que le ha alimentado o le alimenta; para eso es necesario no fijarse en lo accesorio, es preciso saber aquilatar sus ficciones para extraerles el contenido esencial; necesitamos en suma, penetrar al recinto de sus secretos pensamientos y a la luz de las leyes humanas fundamentales, determinar las inquietudes, las esperanzas, las angustias y los temores, que son en verdad una severa realidad para conocer el alma que se investiga. El modo para lograr hacerlo es el teatro.⁷⁸

La puesta en escena, a todas luces exitosa, contó con la participación de la bailarina y coreógrafa Ana Mérida, además de diseñadores nacionales, pintores y

⁷⁷ Fue durante el gobierno de F. J. Grajales con el que se orienta el rumbo que tendrá el Ballet de Bonampak para la historia de Chiapas. En su gestión, recuerda Enoch Cancino Casahonda, “la cultura alcanzó niveles no igualados ni menos superados en años posteriores; patrocinó la representación del Ballet de Bonampak, para dar movimiento y vida al tema de los murales”. Ricardo del Muro, “Lectura de Café”, *El heraldo de Chiapas* sitio: www.heraldochiapas.com.mx (consulta realizada el 3 de abril de 2006). Por otro lado, “el arte de la *performance* es aquel en el que el trabajo lo constituyen las acciones de un individuo o un grupo, en un lugar determinado y un tiempo concreto. Puede ocurrir en cualquier lugar, iniciarse en cualquier momento y puede tener cualquier duración. Cualquier situación que involucre cuatro elementos básicos: tiempo, espacio, el cuerpo del *performer*”. Cfr. [Sitio: <http://es.wikipedia.org/wiki/Performance>, (consulta realizada el 3 de abril de 2006)]. En este sentido, la puesta en escena del Ballet de Bonampak, cuenta con estas características. Su deseo por transmitir lo que había en los murales del sitio arqueológico se apegó más a estas normas teatrales que a ninguna otra representación, es por eso que decimos lo del *performance*.

⁷⁸ Pedro Alvarado Lang, “El Ballet Bonampak”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Revista Ateneo Chiapas* 2, Abril-Mayo-Junio 1951, pp. 83-93.

profesores del Instituto Politécnico Nacional. Leopoldo Macías Báez y Ángeles G. de Macías crearon los vestuarios que fueron copiados de los mismos murales. Juan Tovar y sus alumnos de la Escuela Nacional de Artes Plásticas realizaron las máscaras totémicas, los tocados de los personajes y la réplica de una pirámide tutelar. La música fue de Carlos Chávez. Las representaciones en Tuxtla Gutiérrez y en el Palacio Nacional de Bellas Artes⁷⁹ fueron una aventura que jamás se volvería a igualar dentro del ejercicio cultural de la entidad.

Por otro lado, desde otra frontera, aparte de ruinas y lacandones, la selva representa también la mitificación de la desdicha humana: el infierno real. B. Traven (1890-1969), viajero, aventurero, construye, sobre tamaña mitificación, un mundo sólido y sórdido capaz de dar cuerpo a una especie de atracción atávica. Aquel anarquista alemán escapado de la Segunda Guerra Mundial y viajero-aventurero a lo largo de México⁸⁰, hizo que seis novelas suyas hincaran su raíz en

⁷⁹ *Ibidem*. También, Arai, Alberto T. “Fantasía y realidad en el Ballet Bonampak”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Revista Ateneo Chiapas* 4, Abril-Mayo-Junio 1952, pp. 153-161.

⁸⁰ Mucho se ha dicho acerca de la vida de B. Traven, pero hasta hace algunos años poco se conocía realmente sobre él. Karl S. Guthke, quizá su más importante biógrafo debido a la labor de investigación y documentación inmersas dentro de su trabajo, dice en *B Traven: Biografía de un misterio*, que el controvertido personaje de B. Traven fundó su mito en varias otras identidades, “fue un eterno fugitivo”. Su verdadera identidad se encuentra enclavada en la vida de Ret Marut, un anarquista alemán: “la vida de B. Traven, el escritor radicado en México, [...] se desarrolló a la sombra de la muerte, porque Marut tuvo que morir para que aquél pudiera cobrar vida. [Los hechos en los que vivió Marut y que propiciaron el autoexilio del posterior B. Traven a tierras mexicanas] ocurrieron al derrumbarse la República de Consejos de Bábara de Obreros, Soldados y Campesinos instaurada en Munich durante los caóticos tiempos de la primera posguerra. Marut fue uno de los líderes intelectuales de esa República [...]. Como miembro del Comité de Propaganda del Consejo Central Revolucionario Interino, desempeñaba el cargo de censor de los diarios locales; también presidía el Comité Organizador de la Formación del Tribunal Revolucionario. Cuando las tropas gubernamentales al mando del general von Epp entraron a Munich el 1 de mayo para cazar a “los rojos”, un grupo de guardias reconoció a Marut en la calle y lo detuvo. Un tribunal sumario de dudosa autoridad lo interrogó en el Ministerio de Guerra y lo acusó de alta traición, crimen al que correspondía la ejecución inmediata de la pena de muerte. [...] Si quedaba alguna duda acerca de la culpabilidad de algún sospechoso, éste era sacado al patio para que enfrentara un pelotón de fusilamiento en el acto. Marut no se escaparía de la sentencia de muerte y ejecución sumaria. Poco antes de que le tocara su turno, se produjo una pelea entre detenidos y guardias en la sala de espera. Marut la aprovechó para huir. [...] La vida que se salvó ese día fue la de Traven.

la selva de Chiapas; que transitaran por los territorios del mito como realidad o el de la realidad como mito, espacio sin tiempo ni lugar, fascinación del viaje. A la manera de Marco Polo, Traven hizo lo propio, permitió que el mundo de Chiapas se abriera de otra forma para el extranjero; “ningún otro autor de la lengua alemana del siglo XX —opina Dieter Rall— se ha acercado tanto como B. Traven, en su vida y en su obra, al mundo de los indios maya-quiché de Chiapas. No hay nada comparable con el compromiso, la comprensión y el deseo de Traven de describir estas extraordinarias culturas y, al mismo tiempo, la explotación de sus integrantes antes de la Revolución”⁸¹.

Así entonces, *La carreta* (1931), *Gobierno* (1931), *Marcha al imperio de la caoba* (1933), *La rebelión de los colgados* (1936), *Trozas* (1936), *El general: tierra y libertad* (1940), constituyen un corpus complementario y homogéneo al que se ha dado por conocer como *El ciclo de la caoba*⁸². Dichas novelas preludian o anuncian las realidades finiseculares de la selva y de Chiapas, desde el largo y penoso éxodo, tribulación en *La carreta*, hasta la sublevación y república idílica de Solipaz en *El general: Tierra y libertad*, pasando por las formas indóciles y de autonomía en *Gobierno* y por el purgatorio montero de *Marcha al imperio de la caoba*, *Trozas* y *La*

Marut, acusado de alta traición y buscado en la clandestinidad sin dejar rastro. Su huida por divesos países europeos duró varios años, hasta que en verano de 1924 reapareció en el estado de Tamaulipas en la costa del Golfo de México, haciéndose llamar B. Traven, B.T. Torsvan o Traven Trosvan. A mediados de 1925 empezó a publicar una serie de novelas sobre México con el pseudónimo de B. Traven. Sus protagonistas era pizcadores mexicanos de algodón, vagabundos, gambusinos e indígenas”. *B. Traven: Biografía de un misterio*, México, Editorial CONACULTA, (colección Biografías: Vidas para leerlas), 2000, p. 32, 33.

⁸¹ Dieter Rall, “Literatura y etnología: los indios de Chiapas como tema en la narrativa alemana y mexicana”, en: Marlene Rall y Dieter Rall (editores), *Letras comunicantes. Estudios de literatura comparada*, México, UNAM, 1996, p. 56, 57.

⁸² Se ha dado por llamar *Ciclo de la caoba* al segundo ciclo de la trayectoria literaria de B. Traven, la que abarca de 1930 a 1940, también conocido como “las novelas de la selva”. Este ciclo comprende seis novelas ambientadas en la selva de Chiapas, poco antes del estallido revolucionario de 1910; todas ellas se encuentran reunidas en: B. Traven, *Obras escogidas*, Prólogo de Luis Suárez, trad. Esperanza López Mateos y Rosa Elena Luján, 2 tomos, México, Aguilar, 1999. (Tomo I. *El barco de los muertos*, *El tesoro de la Sierra Madre*, *Rosa blanca*. Tomo II: *Puente en la selva*, *Gobierno*, *La rebelión de los colgados*, *El general: Tierra y Libertad*).

rebelión de los colgados. El trazo novelístico de Traven es el de la construcción de un anhelo cuyo fin es el de la sociedad comunitaria como realidad en la tierra; en su narrativa se da a la tarea de contraponer las facetas y circunstancias de los indios y los no indios: la sociedad chiapaneca. Dieter Rall amplía estas valoraciones en el siguiente párrafo:

Las novelas más importantes de B. Traven con escenario chiapaneco son: *Puente en la selva*, *La carreta*, *Gobierno*, *La marcha en el reino de la caoba*, *La rebelión de los colgados* y *El general: Tierra y libertad*. [...] El escritor se ubica [en ellas], por así decir, en la perspectiva del lector que desde fuera, desde muy lejos, quiere orientarse en Chiapas y comprender cómo piensan y actúan los chiapanecos. [...] Para ellos le sirvieron sus profundos y detallados conocimientos de la región y las usanzas, adquiridos en repetidas excursiones de su empatía aunada a una distancia crítica, su humor y su afán de instruir. En su obra se encuentran largos pasajes sobre la historia y la cultura de Chiapas.⁸³

Así, en palabras de Jesús Morales Bermúdez, “allá a lo lejos, desde la costa, desde los valles centrales viene el boyero, un día tras otro literalmente anegándose y consustanciándose con el lodo: lodo él mismo. Allá desde la finca del Soconusco, el indio con su hatillo de monedas escondiéndose de todos, menos de la esperanza en su futuro promisorio. Allá desde el turpial de los malvados aparecen el mercader, el enganchador, el alcoholero. Allá desde la inconsciencia, desde la desesperación, del vicio, emerge el desdichado para encontrarse encadenado (igual al personaje de *Resurrección* de Tolstoi, de *El sepulcro de los vivos* de Dostoievski, de *Las evocaciones requeridas* de Revueltas) y llegarse a las penurias sin cuento en la Siberia de las monterías. La galería de personajes en Traven guarda paridad y similitud con aquellas europeas de finales del siglo XIX y principios del XX: personajes de la derrota, personajes en quienes la sociedad moderna, el capitalismo, no permite alcances superiores a los de la deyección; deyectos de sí mismos, de la sociedad, frutos del desespero y del desamparo,

⁸³ Dieter Rall, *Op. cit.*, p. 58

como los de Bernanos o Mauriac que arrastran consigo el desespero humano, la derrota de cuantos un día en el paraíso fueron, después en el páramo de la desolación, del imposible futuro, como no fuese por el don, ya no divino sino revolucionario, de la redención”.⁸⁴

Después de abortada la revolución de Baviera (1919), en la cual Traven tomara parte y después de las dos guerras mundiales con sus secuelas nihilistas, suena lógico que este autor no pudiera imaginar un futuro promisorio o revolucionario en Europa, pero que sí lo hiciera en México después de recorrerlo y saber de la selva de Chiapas, en cuyas partes aún existían pueblos insumisos, hostiles, con organización compacta como el de Bachajón (según dará cuenta el mismo en *Gobierno*, y según había narrado antes el antropólogo Oliver La Farge⁸⁵); “el encuentro con un mundo diferente le permitió a Traven –dice Dieter Rall– proyectar sus ideas socialistas y humanitarias, las que había visto fracasar en Europa, en una sociedad que para sus lectores –en primera instancia no mexicanos– era lo suficientemente lejana para despertar interés”⁸⁶. Traven piensa en su narrativa en la esperanza, en un futuro justo para la humanidad; un futuro donde floreciera la convivencia armoniosa entre los hombres y la naturaleza, el trabajo como integridad del ser y de su holgura, la paz como resultado de la revolución. En consonancia con este concepto, *El general tierra y libertad* es la novela de esta fe en el futuro de los hombres y de sus obras; es el canto esperanzado hacia un mundo de bienestar y de consuelo. Lírica y emocionada, como todas las expresiones del género de viajes, esta novela que desplaza a los personajes de la urbe industrial al campo y pareciera señalar que el futuro del

⁸⁴ Jesús Morales Bermúdez, *Aproximaciones a la poesía y la narrativa de Chiapas*, UNICACH, 1997.

⁸⁵ Frans Blom y Oliver La Farge, *Tribus y templos*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1986, primera edición: *Tribes and Temples*, Tulane University of Louisiana, 1926.

⁸⁶ Marlene Rall y Dieter Rall, *Op. cit.*, p. 58.

hombre no está en la urbe y su extremo, la megalópolis, sino en su vuelta a la naturaleza, al paraíso; al lugar en donde un día reinó la paz.⁸⁷

En esta misma tónica de la selva voraz, implacable, victoriosa, la novela de Rafael Bernal, *Caribal, El infierno Verde* (1955)⁸⁸ da cuenta de los espacios habitables por los lacandones, de su implacable pasión devoradora. “En *Caribal*, Bernal muestra a la selva del sureste mexicano, en las fértiles tierras de Quintana Roo, Campeche y Chiapas, como el infierno verde. Esta novela ha sido considerada como una pieza clave en la literatura mexicana del siglo XX porque durante muchos años se dijo que el equivalente mexicano de *La vorágine* sólo era *La tierra pródiga* de Agustín Yañez”⁸⁹; en este sentido, ¿es *Caribal* otra “novela de la tierra”⁹⁰, nosotros pensamos que sí, que su búsqueda se subsume dentro de la

⁸⁷ Traven esgrimió la literatura entre otras cosas como arma o bandera. Desde su llegada a México, expresó en sus novelas una adhesión completa a las comunidades indígenas y luchó por su reivindicación, especialmente por los grupos más explotados de Chiapas bajo el régimen de Porfirio Díaz. Así, la selva en muchas de sus novelas es el escenario donde se libran las más significativas batallas de vida; es en cierta forma, el paraíso del que valdría la pena emerger para volver a una vida con justicia: “El profesor [de *La rebelión de los colgados*] personifica el jefe intelectual, el cerebro del ejército y la educación, tan necesaria para el futuro de los indios de Chiapas, para obtener la justicia sin sacrificar su cultura. En *El General* y en *La rebelión de los colgados*, Traven no sólo hace una valoración de los alcances de la Revolución Mexicana, sino que además son obras dedicadas a los indígenas de Chiapas, que consideraba sus hermanos; para Traven, ‘el indio proletario de México está luchando por conquistar su independencia y sin salir de la luz del sol’”. *Cfr. Ibidem.* p. 61.

⁸⁸ “Novela folletinesca que antes de aparecer en 16 entregas semanales, desde el 4 de septiembre de 1954 hasta el 5 de enero de 1955, en el diario *La prensa*, había tenido una versión radiofónica. Fue publicada por primera vez en forma de libro en *Lecturas Mexicanas*, cuarta serie.” *Cfr.* Francisco Mayorga Mayorga (compilador) *Entre el amor y la violencia: Chiapas en la narrativa mexicana contemporánea*. Col. Social y Humanística, Tuxtla Gutiérrez, UNACH, 2004. p. 18.

⁸⁹ *Idem.* p. 18.

⁹⁰ Por “novela de la tierra” se entiende aquella narrativa nacida de la “novela regionalista” que tiene como fin ser un verdadero canto a la naturaleza americana; presenta el enfrentamiento entre los hombres y el medio, sus luchas y trabajos por transformar la realidad. Abre el ciclo *La vorágine* (1924), del colombiano José Eustaquio Rivera, impresionante cuadro de costumbres, que narra la destrucción del individuo por la naturaleza, y alcanza su momento culminante con *Doña Bárbara* (1929), del venezolano Rómulo Gallegos, pedagogo, periodista, presidente de la República y excelente paisajista. Una de las obras más representativas de esta tendencia fue *La marquesa de Yolombó* (1928), del colombiano Tomás Carrasquilla, que describe la fascinante

estética planteada por la novela regionalista primeramente. En *Caribal*, la selva es el sitio en que la lucha entre el bien y el mal, entre los hombres buenos y nobles con proyectos de redención, encuentra saldos de criminalidad sin límite. La novela narra la saña de los chicleros, de los patrones de las monterías; cuenta lo relativo al dominio del mal en el alma de los hombres buenos. Las monterías, en este autor, representan el enorme desierto israelita en el que debe purgarse cualquier soberbia o culpa idílica. Aquí poco importa la ilusión de ser egresado de una universidad, con el ideario de una revolución a las espaldas; el poder perverso de la naturaleza aunado al no menos perverso de los capataces monteros y sus patrones de la selva, dispuestos solamente a enriquecerse a costa de los otros, alcanzan la fuerza torrencial para abrumar cualquier voluntad y anhelo, cualquier esperanza de fuga... Y a la fuga va Issa (la protagonista de la historia), la noble docente en el seno de la selva; a la fuga desde Chetumal, desde el Petén en Guatemala hacia la línea divisoria con México, va a la selva de Chiapas, allá donde los indios naturales podrían acogerla como su maestra gracias a las recomendaciones de las tribus mulatas que la ayudaron a escapar. La frontera aparece allí como horizonte promisorio de la libertad; y las tribus de indios y de negros se ofrecen como epicentros desde los que irradian los valores humanos sobre aquellos representados por el infierno verde. El paraíso, entonces, de la comunidad indiana o negra será el *lignum crucis* de la redención selvática, un *lignum crucis* que andando el tiempo alcanzará idealización mayor.

Otro escritor trata el tema desde otra perspectiva: Pablo Montañéz o Pedro Vega, el chiapaneco-tabasqueño que trabajó durante muchos años en su hacienda de la selva como encargado de las monterías. En su narrativa, la selva y las monterías de los primeros años del presente siglo, ocuparon su atención no

historia de un personaje femenino en lucha contra el medio, en pleno ambiente minero de Antioquía.”⁹⁰

sólo laboral sino espiritual. Pletórico de amor a los sucesos de los hombres, se afana en la escritura de una historia con un perfil distinto al de Traven, a quien desprecia, afirmando que “la fantasía sádica germana abusó de la ignorancia que sobre este tema [el de las monterías] dominaba, logrando así grandes triunfos económicos en las ediciones de sus novelones”⁹¹. Su experiencia directa en las monterías y con los monteros le servirá como fuente para sus relatos, vívidos y épicos. Escondido bajo el seudónimo de Pablo Montañéz, Pedro Vega dará a conocer una serie de libros llenos de aciertos literarios por su ligereza y frescura (aunque también de torpezas sintácticas y formales) que cautivan a todo lector, pues inducen, como pocos, a un viaje por la selva que es también un viaje por la imaginación. Así *Río Grande* (1970), *Lacandonia* (1971), *La agonía de la selva* (1973), *Jataté Usumacinta* (1974) serán títulos representativos de su obra; estos libros se sumergen en un mundo de asombros, oscilando entre memorias, libros de viaje, rememoraciones de paraísos. Si Juan Ballinas, mencionado anteriormente, salió de *El Paraíso* (su rancho) y vivió el éxodo de la promesa exploratoria para al final volver de nuevo a ese paraíso, Pablo Montañéz no cuenta con más, después de su trabajo, sino con el paraíso de la memoria, al que quisiera llegar de nuevo, encontrarlo en su pureza prístina, lejos de la caída original encarnada por los viajeros, los nuevos pobladores, los madereros tabasqueños de la primera mitad del siglo XX. La preocupación reiterada de Montañéz es la de la naturaleza frente a su fin: “La selva agoniza; se los dice un Pablo cualquiera, un Pablo pueblo, originario de la montaña”⁹². Y, aún más, se pregunta: “¿alguna vez existió la selva en el esplendor de su virginidad? ¡Por supuesto! Aún miramos testimonios de ella”⁹³. Y en pos de los testimonios va a contar su historia desde las cuatro

⁹¹ Pablo Montañéz, *Río Grande (La cuenca del Usumacinta)*, México, B. Costa Amic, Editor, 1970, pp. 33-34.

⁹² *Ibidem.*, p. 19.

⁹³ *Idem.*

vertientes que alcanza a columbrar: el espacio, sus habitantes originarios, los esforzados pioneros de las monterías, los visitantes y colonizadores nuevos. Desde ahí proyecta los sucesos deteniéndose en la contemplación de maravillas en la selva: las caobas de proporciones monumentales (del ancho de una pirámide teotihuacana); los ríos de transparencia y de caudal como en el Amazonas; la fauna preciosa y diversa como en ningún otro lugar del mundo; el humus de generosidad y sabor capaz de enervar entendimiento y ánimo. Y es aquí, en medio de esta contemplación, donde la selva-amante sensual se torna herida y yace sobre su lecho de espasmos. Los madereros, el humo, la quemazón, señal de los asentamientos nuevos en su velocidad incontenible, minan y desaparecen el monte, la vegetación, los animales, los ríos. La noción de explotación racional penetra en el entendimiento del visitante y mueve a la denuncia de lo que acontece. En la mente de Montañéz, además de la contemplación y la maravilla, se impone entonces la desesperanza ante el poblamiento desmesurado y acelerado. Comienzan a dolerle los golpes implacables al corazón de su selva; piensa entonces en sus pobladores, en los lacandones actuales, a los que identifica con los lacandones originarios (en ese entonces se desconocía mucho de lo que se conoce hoy en torno a su historia; más todavía, desconoce a los caribales, sus relaciones y estructura sociales); busca así tener contacto con ellos e hilvana algunos datos que le sirvan para dar cuerpo a una forma ideal y heroica del comportamiento tribal y de la relación armoniosa entre el tribalismo y el medio. De este modo los lacandones en Montañéz, pasan a ser el Adán y la Eva primigenios habitantes del paraíso terrenal. Lamentablemente, como ocurrirá con la historia de estos dos personajes bíblicos, entre los Adán y Eva de Montañéz sucederá también una traición producto de la debilidad; traición en la que el paraíso dejará de serlo, haciendo con ello posible la entrada del mal. Así pues, la

selva dejará entrar al mal de la modernidad, y con ella a los hombres de industria e ingenio, a las empresas de explotación maderera, al virus de la globalización.

Montañez también se ocupa de algunos aventureros, entre ellos del ya mencionado Frey, del príncipe inglés Conde de Montagú y de su viuda, de Franco Lázaro Gómez y sus misteriosos devaneos. Los nombres de ellos son apenas noticia en la narración; no ocurre así, sin embargo, con los hombres de industria e ingeniería, en quienes se detiene más; encuentra en ellos la muestra de lo que puede significar el proceso civilizatorio de la humanidad, una como impronta de voluntad y de pensamiento humanos en el curso del proceso natural de los elementos. Si acaso existe una ley natural en el mundo, piensa, tiene ella que ver con el ordenamiento racional logrado por el hombre.

Así, las hazañas y las fatigas de los monteros, páginas de las mejores en los libros de Montañez, dan cuenta del proceso de humanización de la naturaleza. Por primera vez con los monteros en la selva de Chiapas, puede diferenciarse, con propósitos definidos, la actividad humana sobre la actividad de los elementos: el trabajo es la base de la transformación; el trabajo y el pensamiento humanos sobrepasan cualquier contingencia de la naturaleza, por muy fuertes que sean sus furores, aunque éstos conducen casi siempre al sacrificio, a la derrota. He aquí la versión de Montañez sobre este sacrificio:

Han pasado más de treinta años que las últimas monterías se extinguieron, ex-boyeros, ex-hacheros, añoran sus años mozos en las montañas. Las bogas cuentan sus proezas de los tiempos en que se lucieron. Los jefes, algunos se retiraron antes de la debacle y se establecieron en Villahermosa, en Ocosingo o en Tenosique, unos lograron conservar y aumentar su capital, otros nunca pudieron acomodarse y fracasaron. Los que esperaron hasta el fin van de un lado a otro arruinados. Los viejos murieron en su ley, con la misma dignidad con que supieron vivir; en los camposantos de Villahermosa, de Ocosingo y de Tenosique se pueden leer sus nombres que tanto sonaron en aquella época, inscritos en humildes lápidas que muchas veces un extraño mandó levantar. A los que no les dio tiempo de salir,

enriquecen con sus restos convertidos en abono animal la selva que los admitió como hombres.⁹⁴

Montañez, como vemos en el pasaje anterior, se da a la tarea de diferenciar y reflexionar los mundos en los que se soporta la vida de Chiapas. Piensa, a través de su narrativa, en las diversas realidades de la selva, y, al igual que B. Traven, construye su propio Chiapas, su propio territorio, el lugar en donde se entrelazan versiones de afuera y de adentro; el lugar en donde la selva se aviene como el paraíso y la civilización, la última muerte.

Ahora bien, si en Montañez no había un conocimiento suficiente de los lacandones y caríbales de su tiempo, en la antropóloga Marie Odile Marion y su libro *Entre anhelos y recuerdos* (1997), no sucede así. Dicha antropóloga-viajera recoge, en fechas muy recientes, voces sufrientes y desdichadas de mujeres lacandonas que dan cuenta del doloroso exilio que han vivido, y del largo éxodo que acompaña su existencia. Los lacandones actualmente parecen vivir el viaje hacia el mundo de sus recuerdos, hacia el paraíso en donde –así como sugiere Odile Marion– “al cantar, Chanes resucita su Chanacté natal. Así, [ellos] regresan al paraíso de la selva inmortalizado por una serie de recuerdos”⁹⁵. *Entre anhelos y recuerdos*

narra la vida de seis mujeres mayas lacandonas: entre expectativas inalcanzables, sueños y recuerdos que oscilan entre la nostalgia y el terror. La autora logra, al reunir los recuerdos de esas narradoras indígenas, el implacable análisis sobre su vida: la ternura, la angustia y el dolor que puntuaron cada momento de su existencia. A través de ese archivo de la memoria, se perciben con nitidez los esfuerzos que hicieron cada una de ellas para acercarse al mundo ladino, entenderlo y tratar de convivir con él [...]. Las narraciones que conforman la materia prima de este libro fueron grabadas a lo largo de las últimas dos décadas de visitas y estancias de la autora en las comunidades de Lacanjá, Chansayab y Nahá. Cada una de esas biografías conforman a su vez la trama histórica de una etnia que se aferra a hacer

⁹⁴ *Ibidem*, p. 42.

⁹⁵ Marie-Odile Marion. *Entre anhelos y recuerdos*, México, Plaza y Valdés & UNICACH, 1997.

revivir sus recuerdos para dar cuenta del fracaso que enfrentaron sus miembros al intentar hacer realidad sus anhelos de vida mejor.

Y es que, merced a fenómenos crueles como el crimen entre ellos a causa de sus mujeres, el fantasma de las epidemias y, por encima de todo, el abandono de los dioses, obligaron a abandonar sus sitios de felicidad, de dicha, nos recuerda Mare Odile Marion:

...no queda nada en Chanacté, recuerda Chana'bor, todo está abandonado ahora. Nuestra casa, los acahuales de piña y algodón, la milpa de tabaco y los plantillos de yuca, las matas de plátano y de ciruela y las hierbas que habíamos trasplantado en el solar, todo esta perdido. Mi hermano se ha muerto y mi cuñada... se la llevaron. Desde que los dioses han dejado de hablar con mi madre, desde que mi padre fue a enterrar sus ollas, se ha acabado la alegría, todo ha terminado.⁹⁶

Esta antropóloga encuentra a través de su viaje a los lacandones en viaje hacia espacios promisorios, hacia, digamos también, una futura disolución; porque como cualquier sociedad en tránsito, la gente va perdiendo los ámbitos del “buen vivir”; la regulación, en este sentido, deja de ser necesaria y, como en los sueños de Artemisa, al haber una regresión al estadio de ferocidad y crimen, hay, también, nuevas formulaciones de convivencia inducidas por el mundo moderno: un mundo, en este caso, expresado por los dzules de las monterías, los mestizos de Palenque o San Cristóbal de la Casas, los gringos evangelizadores o turistas, los tzeltales colonizadores recientes de la selva. Todos ellos, con maneras y perspectivas distintas, conducen, de alguna manera, a sepultar en la memoria los mundos y formas anteriores en pos de la nueva convivencia social, quedando entre los límites de lo propio y de lo ajeno el “todavía” de la cultura primigenia.

La selva Lacandona, paraíso para Juan Ballinas, como hemos visto, espacio del exilio para Montañez, se significó, por otro lado, como el “territorio

⁹⁶ *Ibidem.*, p. 20.

prometido” para nuevos pioneros que llegaron a ella como parte de la expansión de la frontera agrícola propiciada por el Estado mexicano; como si a un nuevo Abraham le hubiera sido dicho “ve a la tierra que te daré... mira al cielo, y a las estrellas, si puedes contarlas; así será tu descendencia”⁹⁷. De entre los confines de Chiapas, entonces, de entre la República mexicana y de la de Guatemala llegaron las tribus para lanzarse a la conquista de esa tierra prometida: indios de diferente matriz cultural, mestizos, campesinos, rancheros, mecánicos de la ciudad de México, quienquiera que sintió la tentación por una extensión de tierra, se encaminó hacia la selva. Así, por miles y durante lustros marcharon hacia la tierra de la gran promesa con la ilusión de encontrar espacios diferentes, desconocidos; ése fue el motor de la gran movilización humana, similar en sus proporciones a la movilización de irlandeses, italianos, alemanes, que un día marcharan a la Unión Americana para dar cuerpo a los actuales Estados Unidos, esa nación en la que también figuró el sentido de identidad como “pueblo elegido”⁹⁸. En este tono, el nuevo pueblo de la selva encontrará la formulación de su nueva identidad en la noción del “éxodo” bíblico. Ya Jesús Morales Bermúdez hacía presente esa formulación en *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones* (1980), a través del diálogo sostenido en el trayecto hacia la selva entre un viajero migrante y su suegro, en el que hablan de la racionalidad de su viaje, del verdadero sentido de

⁹⁷ *Sagrada Biblia*, Publicada por el Ilustrísimo Señor Félix Torres Amat, traducción de la Vulgata latina por el P. Petisco, S. J., Barcelona, Océano, 2001.

⁹⁸ Jacques Gabayet, en su breve y sugerente artículo “Arquetipo mesiánico judío y articulación de las identidades nacionales”, dice entre otras cosas que haber atravesado el Atlántico es la prueba de que ellos son el pueblo elegido, y se ha comparado el acontecimiento con la búsqueda de la libertad del pueblo judío al haber cruzado el mar Rojo huyendo del opresor egipcio. Enos Hitchcock, relatando la historia de la independencia americana, lleva muy lejos la comparación con la historia hebrea. Para él se trata de algo que va mucho más allá de un simple juego del espíritu. La identificación entre el pueblo hebreo y el norteamericano es natural. La llegada a este nuevo territorio, pintado siempre como “el cuerno de la abundancia” y de ilimitado tamaño, se presenta entre ideólogos e historiadores como un recomienzo de la historia, como un retorno al origen y como la creación de una Nueva Jerusalén... a pesar de haber encontrado una tierra habitada por población anterior, a la que exterminaron. En *Casa del Tiempo*, México, UAM, número extraordinario 63, 64 y 65, abril-mayo-junio, 1986, pp. 21-29.

su elección y del dictado divino que existe. El pasaje que lo ilustra dice lo siguiente:

Pero si ya hasta el padre lo tengo preguntado –dice el Ezequiel–. Es que el otro día como lo tengo visto que se pasa padre rumbo al finca Mumumil, entonces lo cuento mi gusto para que voy a buscarlo mi tierra, y ai lo pregunto para que me da consejo o, según, un su palabra que lo entra en su entendimiento mi persona. Entonces, padre Julián como se llama, dice que está bueno. Que si así es mi gusto para caminar, dice, entonces ta bueno para que me voy. Así se pasa, dice, con muchos gentes. Es como si lo oyen sus palabras del Yavé que los manda para que salen en sus casa; ni modos que no lo van a obedecer. Se tienen que jalar pa donde se encuentra su llamado, dice. Un ejemplo, es con pueblo de judíos, dice. Ai que los jala onde se andan de esclavos en Egipto, y ai que los lleva en desiertos y tierras que lo tienen miel en lugar de aguas y leche en lugar de ríos porque así era su gusto de comer los egipcios, dice. Ai esa vez, no es que luego luego están para hacerlo caso su palabra del Yavé, dice. ¡Qué va a ser! Lo hacen sordo su óido, dice. Entonces, dice, de una vez que los chinga para que se andan perdidos en chingos de años, dice. Es como se llama de Éxodo, dice. Por eso, si es que vos lo tenés tu llamado, dice, mejor que te vas, no vaya a ser que te pasa tu chinga, dice. Así como vos hay hartos otros que lo tienen su llamado, dice. Ya bastantes se encuentran sus casas en selva. Es que están de éxodos, dice. Entonces, mejor te vas, porque así lo dice su palabra en Escrituras: “dejá su casa tu papá y tu mamá y mejor te vas en tierra que te voy a decirte”, dice. Ora vos también ya estás en Éxodo, dice. Que ai te vaya bien; me dice sus palabras padre Julián. Por eso ya se anda completo su decisión mi corazón –es como dicen sus palabras el Ezequiel.⁹⁹

La formulación de similitudes en torno a nuevas identidades, independientemente de los pobladores existentes en esos espacios –a quienes se expulsa o extermina, como ocurrió también en la selva–, se alcanzan como mitos¹⁰⁰. Y si en su origen emergieron de una dimensión utópica, se revuelven

⁹⁹ Jesús Morales Bermúdez, *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*, México, INBA & Katún, 1997, pp. 150-151.

¹⁰⁰ Esta y otra ideas al respecto de nuevas identidades a partir de un choque de culturas y clases sociales fueron planteadas por Georges Sorel, el dirigente del movimiento sindicalista revolucionario, quien sostenía que el poder debía pasar de la clase media a la clase trabajadora y que este objetivo sólo podía lograrse a través de una huelga general violenta. Su obra más importante, en la que se condensa lo más importante de su pensamiento, es *Reflexiones sobre la violencia* (1908). Por otro lado, de acuerdo con este autor la huelga general era una imagen que permitía a los proletarios visualizar siempre su siguiente acción como una batalla en la que su causa sólo podía vencer. Por decirlo claramente, el mito de la huelga general era capaz de

también con el mito: “La utopía –nos recuerda Jean Pierre Sironneau, retrayendo a Georges Sorel– es el producto de un trabajo intelectual: es la obra de teóricos que, después de haber observado y discutido los hechos, tratan de establecer un modelo en el cual puedan compararse las sociedades existentes para medir el bien y el mal que contienen...”¹⁰¹. Unidos a esta filosofía se encuentran los versos del poeta chiapaneco originario de Ocosingo, Efraín Bartolomé, quien también se dio a la tarea de reflexionar, a través de la poesía, sobre ese doloroso tránsito y cambio de la sociedad de la selva y sobre las utopías que rigen esos cambios. “La poesía de Bartolomé muestra dos alternativas temáticas, la selva chiapaneca –su lugar de origen– y la ciudad. Entre ambas se establece un paralelismo cuyo resultado es la ciudad-tigre, de la cual nos entrega una precisa crónica urbana así como una poesía selvática donde florecen vocablos regionalistas y donde cada objeto tiene su nombre”¹⁰². En este sentido *Audiencia de los Confines* (1992), el poema que nos interesa resaltar aquí, es la historia escrita desde la mirada poética de un hombre en la que se reflexiona sobre el cambio de conciencia que sufre la realidad cuando en la selva es penetrada por la devastación, la necesidad, la desigualdad social; es también la muestra de aquella filosofía utópica planteada por Sironneau. Así puede notarse en el siguiente fragmento de ese extenso poema fundacional:

Era mil novecientos setenta: ayer
 Detrás venían los ciegos automóviles resbalando
 en el lodo
 Y después los camiones de carga
 que nos dejaban todo un mundo de plástico
 a cambio de maíz de verdad de frijol de verdad

evocar de forma instintiva todos los sentimientos que se corresponden con las diferentes manifestaciones de la guerra que lleva a cabo el socialismo contra la sociedad moderna.

¹⁰¹ Jean Pierre Sironneau, “El retorno del mito y lo imaginario sociopolítico”, en *Casa del Tiempo*, México, UAM, número extraordinario 63, 64 y 65, abril-mayo-junio, 1986, pp. 31-42.

¹⁰² Aurora M. Ocampo (Directora), *Diccionario de escritores mexicanos*, (Tomo I), México, IIFL, UNAM, 1988. p. 146.

de miel de verdad de café de verdad de toros de verdad
Los camiones de carga que nos dieron a cambio
de una selva
un bosque escuálido de postes y de antenas

Otros hombres vieron en nuestros valles la Tierra
Prometida
Y esos hombres trajeron la Necesidad
Y la Necesidad engendra Redentores

Allá va Samuel Ruiz encabezando un silencioso ejército
descalzo
A lo lejos la curva del camino hace ver su contingente
como una negra interrogación que avanza
(Mientras tanto en la sombra el guerrero se parapeta:
El caníbal codicia su tasajo con roja encía y afilados dientes)¹⁰³.

Por otro lado, pese al cambio sustancial entre las gentes –que como en peregrinación, se dieron a la tarea de buscar nuevas realidades–, se originó el nacimiento a una nueva identidad. La aventura de colonizar la selva, entonces, fue vista como tal, como una gesta, una epopeya digna de ser cantada; tal es el caso de otro escritor-viajero de la selva, el ya mencionado Jesús Morales Bermúdez, quien habría de descubrir o describir que la migración a la selva en particular, y las migraciones de sus indios en general, se sustentan en ansias particulares, pero también y sobre todo en el sentido de la desposesión, de la derrota, o más allá todavía, en el desarraigo del mundo, en la miseria moral del ser humano. Bajo este tenor está escrita su novela *Ceremonial* (1992) o como se llamará posteriormente en una segunda edición *Hacia el confín. Novela de la selva*: la novela del prolongado viaje de tres generaciones a lo largo de un siglo, partiendo del territorio comprendido en la llamada zona de los Altos de Chiapas, pasando por la Zona Norte con arribo final a la selva: territorio de la utopía, del “mundo nuevo”, del diferente al propio en el que se vive el anhelo de todos los viajeros:

¹⁰³ Efraín Bartolomé, “Audiencia de los Confines”, en *Corazón del Monte*, México, Coordinación Nacional de Descentralización & Instituto Coahuilense de Cultura, 1995, pp. 88-89.

partir en pos de las maravillas. Esto se une a la visión de Ernst Bloch, en el sentido del viaje como repositorio de la novedad, inicio de algo diferente a lo cotidiano o conocido, es parte del sustrato en que se soportan las utopías contemporáneas, y parte también de lo que soporta la narrativa de este autor. Cabe anotar que el ciclo contemporáneo de la selva y sus pioneros encuentra su interludio en *Ceremonial* o *Hacia el confín...* que, a la par de ser síntesis del tiempo del peregrinaje y la colonización, se significa como el pregón del fruto finisecular de la selva: la guerra. “El tema principal de *Ceremonial*, opina Dieter Rall, es la irrupción de la civilización moderna en el mundo de los indios: los productos industriales, los fertilizantes químicos, los insecticidas, el envenenamiento de la naturaleza, el sistema corrupto de los bancos de crédito, la explotación ecológica, la aniquilación de la selva, de la naturaleza en general y con esto, de las culturas indígenas”¹⁰⁴ La novela da cuerpo, a través de un personaje, a los procesos, pensamientos, concepción del mundo, filosofía, hazañas y anhelos del conjunto de pobladores recientes de la selva. En la voz de ese personaje se amalgama la historia de poblados, de familias, de la nueva sociedad; allí están presentes sus militancias, su inacabable y atávico afán por continuar una tras otra generación colonizando... ¿para llegar hasta el confín?, sería la pregunta, intentando arribar hacia otros principios, hacia la novedad. Esa búsqueda puede notarse en los siguientes fragmentos:

Mi abuelo era un tzotzil errante que salió de San Juan siendo pequeño aún. Vagó, anduvo por pueblos, fue suya la posibilidad de la inquina y la muerte desde mucho antes de asentarse en el sitio de nuestra heredad. Eran tiempos difíciles entonces, los tiempos del principio, los de la continuidad. No sabemos si con él comenzábamos, no sabemos si con el Señor San Juan [...].

Era niño mi abuelo todavía esa vez, cuando ocurrieron los sucesos. ¡*Cuánta maravilla ante mí, cuánto asombro!*, dice que alcanzó a decir cuando le vino el sentimiento del asombro anidándose en su pecho. *Tal vez por este designio fue mi gusto*

¹⁰⁴ Dieter Rall, *Op. cit.*, p. 49.

conocer los rumbos y andar con el corazón abierto –decía–. Aunque uno no sabe nunca con claridad cuáles son los designios [...].

[Quizá por el gusto de mi abuelo], desde los días de mi niñez he sentido gusto por los caminos. A donde quiera me han invitado he acudido allí, con el afán de conocerlo todo, de hurgar, de llenar mis ojos con lo imprevisto. Es como en la novedad conocer el principio.”¹⁰⁵

Por otro lado, Bloch también señala que el fin de algo es al mismo tiempo el principio de lo nuevo; en este sentido el viaje armado, del que da cuenta igualmente *Ceremonial* o *Hacia el confín...*, tuvo un sobreviviente según han dado cuenta las crónicas del movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de 1994¹⁰⁶. El propio documento que anuncia la emergencia de este nuevo grupo, *Declaración de la selva lacandona. ¡Hoy decimos basta!* (1994)¹⁰⁷, se quiere, a su vez, como la expresión de un viaje por la economía y la historia de la entidad, desde el se aliente la revolución. Mencionamos el escrito como ejemplo de un testimonio que desde una perspectiva singular queda enclavado en la literatura como producto de una llegada más a la selva, como producto también del deseo por mostrar lo que sucede en un momento y un lugar específicos de una historia particular; no queremos, sin embargo, extendernos en su mención debido a sus implicaciones extra-literarias. En este sentido quizá existan también nuevos diarios de viaje con nuevos asombros de tantos y tantos simpatizantes y solidarios que han llegado a la selva a partir de 1994 imbuidos por el sueño neorrevolucionario; nuevos diarios que exploren miradas, temas, planteamientos

¹⁰⁵ Jesús Morales Bermúdez, *Hacia el confín, novela de la selva*, México, Ediciones casa Juan Pablos, UNICACH, 2003, pp. 11,17, 244.

¹⁰⁶ Ver por ejemplo, Carlos Tello Díaz, *La rebelión de las cañadas*, México, Cal y Arena, 1994.

¹⁰⁷ Este documento es la declaración de guerra del Ejército Zapatista de Liberación Nacional contra el Gobierno mexicano que acompañó al levantamiento zapatista en Chiapas el 1 de enero de 1994. Por otra parte, *la Declaración de la Selva Lacandona* es la carta de presentación del EZLN, ya que es el primer documento con que se da a conocer en todo el mundo. La Declaración es una explicación de los hechos sociopolíticos y económicos que afectan a la historia de los mexicanos; es también un llamamiento a la sociedad mexicana y mundial y, en concreto, a los desposeídos y las desposeídas. *EZLN. Documentos y comunicados*, México, ERA, 1994, pp. 33-48.

distintos. Tampoco los abordaremos aquí. No puede, sin embargo, dejar de hacerse una reflexión al respecto, acaso una constatación: la selva, hasta hoy, ha sido el sitio privilegiado para los viajeros, y eso hemos querido mostrar. Pese a esto, pareciera existir una especie de “vuelco literario”, merced al cual deja de existir ésta como espacio de naturaleza para convertirse en el espacio urbano en que se desenvuelven las llamadas “novelas negras” o “policíacas”; así por lo menos parece sugerirlo la novela *Muertos incómodos (falta lo que falta). Novela a cuatro manos* (2004), del Subcomandante Marcos y Paco Ignacio Taibo II¹⁰⁸. Esta novela alterna dos autores y dos historias que se desarrollan simultáneamente. La primera historia es acerca de la misión que se le otorga al investigador zapatista Elias Contreras en la selva chiapaneca de seguir las huellas de un tal “Morales”. La segunda historia se desarrolla en el Distrito Federal y comienza con una serie de llamadas supuestamente de un militante estudiantil asesinado en 1971, las cuales ponen al detective privado Hector Belascoaran a investigar quién está detrás de todo esto y al parecer se trata de un tal “Morales”. Esta novela expone a la selva y sus nuevos personajes (indios y campesinos) en su contacto con la ciudad de México y las ciudades de Europa, principalmente las de España; expone también las ahora llamadas reivindicaciones de las minorías y sus postulados políticos, con las fronteras del crimen y su resolución a través de detectives particulares, como queriendo romper las diferencias entre ambos frentes. Como quiera que sea, la novedad en la selva, según telón de fondo de la novela, es su disolución como espacio para el asombro y lo nuevo, y su propuesta como espacio de lo ordinario y trivial; espacio en que se entremezcla también el habla citadina en los actores, tanto campesinos como urbanos; una como contracara ficcional de aquella reivindicación neozapatista de resguardo de las

¹⁰⁸ Subcomandante Marcos y Paco Ignacio Taibo II. *Muertos incómodos (falta lo que falta). Novela a cuatro manos*, México, Joaquín Mortiz, 2005. Ésta es una novela por entregas que comienza a publicarse en *La jornada* en noviembre de 2004.

culturas indígenas para que no se contaminen con la globalización, aun cuando la globalización del chilanguismo y sus bondades se extiende intrépidamente por el texto. Quizá persevere en la novela el discurso neozapatista y un cierto maniqueísmo característicos, merced al cual los indios zapatistas y sus simpatizantes son los buenos: después de todo, la noción favorecida por la literatura, por la novela en particular, es la que radica en la tensión entre el bien y el mal.

IV. VIAJES Y VIAJEROS EN EL SOCONUSCO

Otra selva de Chiapas igual de importante e imponente que la Lacandona es la ubicada dentro de la región del Soconusco (ver mapa 2), esa misma que un día Miguel de Cervantes Saavedra soñara con gobernar¹⁰⁹. El Soconusco se ubica al sureste de la llanura costera de Chiapas, y “dadas las condiciones climáticas de la región, así como la presencia de suelos de origen volcánico con ligera pendiente y una vegetación de árboles que proporcionan sombra, se ha podido desarrollar una de las zonas productoras de café más importantes del estado y del país”¹¹⁰. Desde la época prehispánica el Soconusco era ya un importante productor de cacao, de ahí que la costa de Chiapas fuera un significativo corredor comercial además de ser el camino más viable entre el norte de Mesoamérica y las provincias centroamericanas. Cabe destacar que esta región fue la más tardía en anexarse al territorio mexicano; no fue sino hasta 1842 con el gobierno de Santa Anna cuando, al fijarse los límites entre México y Guatemala, el Soconusco se incorpora a la Federación.

Con esa delimitación de fronteras, durante el gobierno de Porfirio Díaz “se establecieron las primeras plantaciones de café a gran escala en la región, la mayoría, de capital alemán”. Esta intervención económica dio paso al arribo de nuevos pobladores, entre ellos guatemaltecos, mexicanos de otros lugares del país, europeos y orientales que llegaron a la región con el sueño de convertirse, a

¹⁰⁹ En una misiva fechada en Madrid el 21 de mayo de 1590, que permanece en el Archivo de Indias en Sevilla, España, Miguel de Cervantes (1547-1616) pide ocupar la “contaduría del nuevo Reyno de Granada, o la gobernación de la Provincia de Soconusco en Guatimala, o Conthador de las Galeras de Cartagena (en la hoy Colombia), o Corregidor de la cibdad de la Paz (en Bolivia)”, *Cfr.* Transcripción del documento en poder del Archivo General de la Nación (AGN) de México.

¹¹⁰ Carlos Frago, Teresa López, *et. al*, *Op. cit.*, p. 27.

la larga, en grandes y portentosos terratenientes¹¹¹. Así, el Soconusco fue también punto de encuentro –al igual que la selva Lacandona– de diversos viajes, itinerarios y afanes; participó, como la mayor parte del territorio chiapaneco, de esa aura mágica que encandiló la visión de cualquier espectador que pisó su territorio. Innumerables familias llegaron así, con sus sueños a cuestas, a convertir la tierra pagada, heredada o comprada, en un lugar próspero y certero. Muchos otros, llegaron también a padecer los sacrificios de un trabajo mal remunerado y a vivir la tragedia cotidiana de una pobreza sin igual.

Evidentemente, aunque resultaría interesante conocer lo que aconteció con esas migraciones y sus consecuencias, lo que nos ocupa aquí es lo que tiene que ver con los viajes realizados a la selva en esta región, y nos interesa porque creemos relevante abarcar lo más posible lo concerniente a la región “selvática” de Chiapas, y ésta no sólo comprende la Lacandona (que hemos venido advirtiendo desde el inicio de este capítulo), sino que también se expande, por sus características, a la región costera del territorio. En este sentido, cabe resaltar los libros de cuatro importantes viajeros que cruzaron la zona del Soconusco: Raul Fernández Troncoso¹¹², Antelmo Figueroa Pulido¹¹³, Helen H. Sergeant¹¹⁴ y

¹¹¹ *Cfr.*, por ejemplo, el trabajo de Victor Manuel Martínez Sumuano, “El Soconusco y la Inmigración China”. Documento en línea [www.soconusco.com/] (consulta realizada el 12 de mayo 2006). También es importante el de Joaquín Peña Piña: “Visión indígena mam sobre la migración laboral en la Sierra-Soconusco”, en *Libro de actas del ECOSUR*, México, 1999, así como el de Andrés Aubry, “El Soconusco moderno: otra tormenta”, en *La Jornada*, Miércoles 2 de noviembre de 2005.

¹¹² Raúl Fernández Troncoso, *La marimba: su origen y leyenda*, México, Talleres gráficos nacionales, 1957.

¹¹³ Antelmo Figueroa Pulido, *Un viaje real y otro imaginario (Novela de costumbres). Añoranzas de juventud*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Edición de autor, 1966. Tenemos conocimiento que el año pasado, en 2005, El Consejo Municipal de Cultura de la Trinitaria hizo una impresión de las obras completas de este autor en dos tomos.

¹¹⁴ Helen H. Sergeant, *San Antonio Nexapa*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNICACH-FONAPAS, 1980 (2ª. edición aumentada). Primera edición en 1971.

Winifred Mahnken¹¹⁵. Cada uno de ellos carga consigo un sino que determinó la manera de llegar, quedarse y mirar el territorio, lo cual quedó grabado en el fondo del libro que dejaron como testimonio.

El primero al que nos referimos, Raúl Fernández Troncoso, viajero de la geografía chiapaneca, principalmente de su región costera, intuye, de manera similar al ya mencionado Rafael Bernal, que las selvas tropicales del Soconusco se unen con las selvas igualmente tropicales de la Lacandona (aun cuando no es así en la realidad). Asombrado, pues, por aquella selva –cautivado por los sonoros tonos de las marimbas que construyen una fronda de sonoridad que va desde el Istmo de Tehuantepec hasta el Istmo centroamericano, Colombia o Venezuela–, piensa en ella un nuevo paraíso terrenal desde donde le hubiera sido dado al hombre el don de la música en forma de marimba. Y así, en ese paraíso de las costas de Chiapas, sitúa en *La marimba: su origen y leyenda* (1957) la historia de amor de dos náufragos provenientes de playas lejanas, quienes, desprovistos de todo alimento y vestido, colocados, a su vez, en un medio agreste y desconocido – como Ulises en el país de los tracios–, se internan en la selva para guarecerse y cultivar su amor. Precisamente en esa selva viven diversas aventuras, también sufrientes, merced a las cuales ésta les regala el conocimiento de los sonidos que los árboles provocan cuando sus ramas son tocadas por los vientos. Después, a sabiendas de ese conocimiento, los personajes toman unos maderos, prueban sus sonidos intercalándolos hasta construir el instrumento (la marimba) con el que se solazan, llevándolo al mundo, como en otro tiempo lo hiciera Yubal, el hijo de Caín, quien llevó la cítara y la flauta al mundo merced a las cuales se volviera el padre de los músicos y artistas¹¹⁶. El relato resulta interesante además porque

¹¹⁵ Winifred Mahnken, *Mi vida en los cafetales. Tapachula (1882-1992)*, México, Gobierno del estado de Chiapas, 1993.

¹¹⁶ Génesis, 4: 17.

construye imaginariamente un corredor selvático que une las montañas y el mar del occidente de Chiapas con el Soconusco.

Un caso particular y especial también, es el de Antelmo Figueroa Pulido, un bibliotecario originario de la actual Trinitaria (municipio de Comitán de Domínguez), quien con su libro *Un viaje real y otro imaginario (Novela de costumbres). Añoranzas de juventud* (1966), transforma –tal como reza el título– un viaje real en uno imaginario, superponiendo dos relatos en donde se juegan dos realidades simultáneas: la chiapaneca y la europea. En el primer capítulo de la novela, llamado “Anhelos de viajar”, se anuncian los deseos del narrador por emprender un itinerario, un viaje. A partir de allí se descorre el velo de la historia del libro. El “viaje real”, entonces, se corresponde a la ruta real seguida por los arrieros y sus pataches con cargas; el narrador, aquí, recrea los paisajes existentes, las barrancas, los accidentados caminos –ya anunciados por Bernal Díaz del Castillo o fray Tomás de la Torre–; se solaza en la descripción de los animales, en el canto de los pájaros. La historia transcurre hasta que el viaje culmina con la llegada a Tapachula; tras esto el autor se concentra en la descripción de diversos sucesos, de entre los cuales el más relevante es el que tiene lugar con la entrada de los arrieros a un burdel. Justo aquí es cuando comienza, precisamente, el viaje imaginario: el narrador transforma entonces el burdel en un gran palacio europeo en donde se lleva a cabo un suculento baile, en el que aparecen, una tras otra, bellísimas doncellas (seguramente las suripantas del burdel) dando cuenta de su origen y nobleza. Mientras esto sucede, el narrador aprovecha para llevar a cabo descripciones de los diferentes países europeos que le emocionan: de sus paisajes, palacios, príncipes, jardines, de su belleza, en suma. Aquí se alcanza un recorrido por lo más grandioso de Europa. El viaje y el relato terminan con la cruda vuelta a la Sierra y la añoranza de las tierras civilizadas. Cabe anotar que el novelista nunca viajó a Europa; vivió en Tuxtla Gutiérrez, hizo un par de visitas a la ciudad

de México y nada más. Su novela, sin embargo, más allá de sus limitaciones, es una muestra estimulante de los “Anhelos de viajar”.

Ahora bien, poca gente en este periplo humano tuvo tan acendrada la identidad pionera como Helen H. Seargeant, una mujer norteamericana quien supo desde niña que su destino estaba determinado por la errancia. Así puede notarse en el siguiente fragmento de su relato, en el que parece asumir, a través del espíritu viajero de sus padres, su propia condición de exploradora:

...mi padre nació y fue criado en la frontera: venía de familias pioneras, por eso nunca pudo dejar de ser un pionero. Mi madre también fue pionera [...] siempre dispuesta a ayudar y seguir a mi padre en cualquiera de sus proyectos. Fueron pioneros a través de toda California y Arizona, hasta que él se cansó [...] Martin Kesselring le contó a mi papá acerca de una colonia americana que había en Chiapas, México. La idea de aventurarse en un lugar enteramente nuevo le atrajo enseguida, y fue así como mi padre condujo a su familia a un lugar selvático y desconocido.¹¹⁷

El fragmento anterior nos revela el estigma viajero que la autora mostrará a lo largo de su relato. La elección de sus padres por aventurarse en un territorio completamente nuevo, anuncia el tono de la relación que dejará como testimonio de esa vida en la finca de San Antonio Nexapa (su propia finca). El libro relata pues el proceso de colonización llevado a cabo por sus padres desde que arribaron a tierras chiapanecas, y además, de su participación en los trabajos que les fue preciso desempeñar para lograr edificar una casa digna y habitable en medio de esa selva dura y peligrosa. Esta relación directa con el trabajo, con la tierra, destino privilegiado de los “elegidos” de Estados Unidos (en el decir de Sironneau¹¹⁸), le favoreció un apego al mundo y una mundanidad especial que constituyó, posteriormente, la trama de su relato: la mundanidad, por decirlo así, de lo cotidiano. A Seargeant no le preocupa la trascendencia o el alma humana,

¹¹⁷ H. Seargeant, *Op. cit.*, p. 224.

¹¹⁸ Jean Pierre Sironneau, “El retorno del mito y lo imaginario sociopolítico”, en *Revista Casa del Tiempo*, México, UAM, número extraordinario 63, 64 y 65, abril-mayo-junio, 1986, pp. 31-42.

como fuera el caso de Raul Anguiano o de Pablo Montañez, por ejemplo¹¹⁹. Ella encuentra que lo medular de la vida se halla en las cosas sencillas o inmediatas; piensa que paso a paso se urde el destino, como paso a paso se va conociendo y dominando un terreno, haciéndole producir un grano primero, un frutal después, y por último la deseada plantación. De este modo, *San Antonio Nexapa* (1971) se aviene como un relato sencillo y claro, sin mayores búsquedas literarias –a veces pareciera estar contado en forma de diario íntimo–, en el que la autora da cuenta de la manera, acaso generalizada, de cómo se le fue dando forma a las primeras plantaciones y haciendas en el Soconusco. Éste podría considerarse el libro de los extranjeros occidentales en Chiapas, el libro en el que la mirada extranjera cobrará un nivel preponderante (los nativos y los nacionales se mencionan de forma marginal). Helen H. Seargeant se sabe viajera, pionera extranjera; mira todo siempre desde los ojos de quien se sabe ajeno, poseedor pero no miembro del lugar: “...mis padres –dice– habían metido en mi mente de algún modo que debíamos estar separados de los muchachos nativos (posiblemente la intención de mi papá era que continuáramos siendo americanos, y después de todo, creo que lo logré)”¹²⁰.

Por otro lado, Winifred Mahnken, extranjera también, hija de viajeros –en este caso no pioneros–, publicó un breve libro, *Mi vida en los cafetales* (1993), en el que da cuenta, a semejanza de Seargeant, de la llegada de su familia a Tapachula, de sus trabajos por construir una próspera plantación, de sus viajes y de la vuelta amorosa al suelo en que transcurriría su infancia y en el que posteriormente encontrará fortuna. Su libro reconstruye a través de la memoria, como en un viaje hacia el pasado, su estancia en el estado de Chiapas.

* * *

¹¹⁹ *Supra.*, p. 109.

¹²⁰ *Op. cit.*, p. 45.

Con estos cuatro viajeros y sus libros de viaje damos por concluido el recorrido por la selva. Como vemos, el presente trabajo ha intentado bordar una secuencia de lecturas que permitan mirar la narrativa, inventada o no, que ha nacido a partir de un viaje a la selva Lacandona y la región del Soconusco. No obstante, consideramos insoslayable la mención de importantes trabajos que se han dado en el contexto de relacionar, a través de diferentes perspectivas, la problemática del viaje en la entidad.

El historiador Jan de Vos, publicó en 1988 *Viajes al desierto de la Soledad*¹²¹, una antología con textos de aquellos que tuvieron como destino específico la selva Lacandona. También, por otro lado, la historiadora Matha Poblett publicó, en 1999, *Viajeros extranjeros en los siglos XVI- XIX*¹²², en el que se da a la tarea de rescatar a siete viajeros (Antonio de Ciudad Real, Antonio Vásquez de Espinosa, Tomas Gage, Carl B. Heller, Désiré Charnay, Frederick Starr, Gustavus F. Tempsky) y las cuatro rutas derivadas de esos viajes. Asimismo, el trabajo realizado por Dieter Rall, “Literatura y etnología: los indios de Chiapas como tema en la narrativa alemana y mexicana”, publicado en 1996 en el libro *Letras comunicantes. Estudios de literatura comparada*¹²³, rescata las diversas miradas (que para nuestro caso implicarían los diversos “viajes”) que se entrecruzan y comunican en medio de un tema como el del “indio” en la literatura de Chiapas. Hacemos estas menciones porque vale la pena unir nuestro esfuerzo al de estos investigadores, ya que sus trabajos representan, de uno u otro modo, y según nuestro punto de vista, un acercamiento singular a la temática del viaje. Nosotros hemos querido,

¹²¹ En este libro diversos viajeros entre exploradores, misioneros, finqueros, antropólogos, zoólogos, periodistas, campesinos y poetas dan testimonio de sus diversos itinerarios por la selva. Jan de Vos, *Viajes al desierto de la soledad. Cuando la selva lacandona aun era selva*. SEP, CIESAS, México, 1988.

¹²² Marta Poblett, *Viajeros extranjeros en los siglos XIV-XIX*, Col. Narraciones Chiapanecas, CONECULTA, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1999.

¹²³ Marlene Rall y Dieter Rall (editores), *Op. cit.*

en el afán por agregar libros y lecturas al respecto, investigar a otros escritores adicionalmente a los mencionados por estos autores.

Evidentemente el recorrido puede ser mayor al que hemos propuesto hasta ahora: el viaje nos “viaja”, nos llena de novedad, de libertad, de caminos inexplorados y de necesidad de conocer; también, por supuesto, nos llena de misterio, de oscuridad, de desconocimiento. Por eso, para no ir más allá de eso sino que plantea toda investigación, para no caer en el abismo que la contracara de cualquier tema carga consigo, hemos decidido detenernos aquí, de pronto, como cuando dentro de un viaje uno descubre que debe parar el recorrido o la travesía para recargar energías y volver a salir.

Así pues, esta travesía ha intentado mostrar los diversos misterios, ya sea de gloria o degradación, de los que ha sido parte la selva de Chiapas; ha intentado mostrar los diversos objetivos que tuvieron los diversos viajeros que realizaron sus itinerarios alrededor de este lugar, dejando, a partir ellos, relatos de viajes que muchas veces comprimieron más que la vida misma. Este capítulo es entonces parte de mi contribución, parte del sentido que le encuentro al viaje en la literatura. Cada relato de viaje es para mí un mundo abierto que intenta cartografiar un territorio, mostrarlo a los demás, abrirlo cual idea en fuga. A la par de esto, un territorio es una ventana abierta al vacío, un mundo en correspondencia con otros mundos posibles. Eso intentamos ver aquí: cuáles son los relatos de viajes escritos alrededor de la selva en Chiapas, y cómo han provocado estos que Chiapas se abra al mundo, justamente como un mundo posible.

Concluir, según una definición extraída del *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* significa, entre otras cosas, “fin y terminación de algo, resolución que se ha tomado sobre una materia después de haberla ventilado”¹. Al respecto, cabe preguntar si hemos realmente terminado o resuelto el problema con el que comenzamos esta tesis, esta disertación. A nuestro parecer, uniéndonos a la opinión de la filósofa Ana María Martínez de la Escalera, “concluir es, con cierto humor que habrá de perdonárseme, una tarea imposible: siempre quedará algo por revisar, además de algo que agregar...”²; en este sentido, la presente conclusión no intenta ser un recuento de algo terminado, al contrario, se aviene más como una puerta que habrá de pensar en aquellas problemáticas que quedaron sueltas a la hora de intentar apretar los hilos de nuestra reflexión, a saber, la que se interna en la problemática del viaje y sus laberintos a través del estado de Chiapas.

Ahora bien, ¿qué es lo que finalmente hemos intentado hacer a través de esta tesis?, ¿qué es lo que hemos obtenido?, ¿cuáles han sido de alguna manera los resultados concretos de la investigación?, ¿cuál será pues, a todo esto, una posible conclusión? Y, en otro sentido ¿cuáles son las puertas a las que no nos enfrentamos y que quedaron abiertas como vetas a estudiar, o como focos rojos en nuestra investigación?

El viaje como idea, fenómeno, condición, privilegio, sino, etcétera, nos ha ocupado a lo largo de los primeros tres capítulos de este trabajo; a través de ellos intentamos ahondar en esa noción, proponiendo su estudio desde dos miradas o puntos de vista; la primera de ellas analiza, por mencionarlo muy a grosso modo, los “viajes y viajeros reales”, y la segunda, los “viajes y viajeros imaginarios”. A

¹ *DRAE*, Vigésima segunda edición, España, 2001.

² Ana María M. de la Escalera, *Interpretar en Filosofía. Un estudio contemporáneo*, México, IIFL, UNAM, 2004, p. 88.

partir de ambas perspectivas nos propusimos ahondar en los recovecos de estos tipos de viajes, en la forma en cómo se representan estos a través del relato. Mediante este acercamiento encontramos que hay posibles oposiciones entre un tipo de relato y otro: el “real”, por ejemplo, basará su itinerario en acontecimientos, recorridos, movimientos “reales”, nacidos en un tiempo y un espacio comprobables históricamente; el viajero del que nace la narración está en perfecta consonancia con los sucesos que se cuentan, es decir, es una persona real que escribe el relato ya sea durante el mismo recorrido (tal es el caso de las cartas de relación y los diarios de viaje), o fuera de él (los relatos de exploración). Por otro lado, el viaje “imaginario” será aquél que base su relato en un tiempo y un espacio ficcionalizados, recreados con aspectos, lugares, movimientos, itinerarios, recorridos, que, pudiendo haber existido históricamente, no sucedieron tal cual se cuentan dentro de la narración, e incluso muchas de las cosas de las que dan cuenta este tipo de relatos, incluyendo a veces al viajero, jamás existieron.

Como vemos, tanto lo real como lo imaginario juegan un papel preponderante e imprescindible dentro de nuestra reflexión; sabemos que aunque tratamos de manejar ambos conceptos con todo el cuidado y reservas que merecen, hay hilos que quedaron sueltos. El primero que nos salta a la vista es el de si realmente es posible mirar al viaje a través de los cristales de lo real y lo imaginario, puesto que, visto filosóficamente, ¿en dónde comenzaría lo real y en dónde lo imaginario?; ¿no será que ambos aspectos están siempre retroalimentándose, es más, que son inseparables? Al respecto nosotros pensamos que es posible mirarlos separados, y que de este modo es como pueden situarse los diversos tipos de viajes existentes en la literatura. quede pues este trabajo como un intento de separación, con todas sus limitantes, para el ejercicio de un trabajo posterior.

Por otra parte, en el capítulo cuarto –y último de esta tesis–, nos internamos en el estudio de una literatura de viajes específica (la de Chiapas), procurando centrarnos en un espacio concreto de su geografía (la selva Lacandona). Mediante ello quisimos abordar a los viajes y viajeros que tuvieron como objetivo el arribo a la región selvática de este estado tan diverso y paradigmático para el resto de México y el mundo. Con este capítulo intentamos sumergirnos en la literatura que, a nuestro parecer, y tomando en cuenta las características propuestas a lo largo de los primeros tres capítulos, sería “de viajes”. A través de ir compenetrándonos con su decir, de ir hurgando dentro de ella, encontramos, en primer lugar, los diversos viajes a los que se podría hacer referencia en un estudio como el que intentamos emprender. Mencionamos así que tanto el viaje lingüístico, como el que aborda problemáticas mágico-religiosas –tales como la hechicería y el nahualismo–, podrían ser importantes de resaltar en la dinámica “viajística” de Chiapas, ya que ambos aspectos son inmensamente relevantes en torno a la cultura general del estado.

En segundo lugar, encontramos a aquellos primeros surcadores del territorio, a los descubridores de Chiapas ante el mundo, a los conquistadores que, con diversos afanes, cruzaron la anatomía de un Chiapas virgen para la historia de Occidente. Mencionamos pues dentro de este encuentro a los frailes-viajeros y sus itinerarios escritos dentro de diversas crónicas de viajes e historias verdaderas, buscando sumergirnos dentro de estos relatos y extraer de ellos lo más relevante para nuestra indagación.

En tercer lugar, previa decisión de adentrarnos en la zona de la selva, encontramos a aquellos viajeros que entre antropólogos, aventureros, revolucionarios, hallaron a la selva como el principal laberinto a surcar. Mencionamos así entonces a aquellos de los que tuvimos noticia tras una larga investigación, señalando los relatos de ese viaje contado a través de diversos

discursos, necesidades y formas. Tratamos con esta parte de resaltar cronológicamente los diversos itinerarios que fueron realizándose a esta zona desde su descubrimiento hasta nuestros días, los diversos afanes con los que se arribó a ella, las diversas realidades que se relataron a partir de lo escrito.

Este último capítulo intenta ser un viaje a través del viaje a la selva, un recorrido por los libros que la capturaron de múltiples maneras, y en cuyos recovecos se esconden caminos inciertos y paradigmáticos para la época en que nacieron. Como recorrido que intenta ser, puede estar omitiendo muchas cosas que serían dignas de mencionarse; sin embargo, a nuestro parecer, y de acuerdo a la ruta que elegimos, la mayoría de ellas se sugirieron –o se intentaron sugerir.

Quede pues esta tesis como el resultado de largas horas de estudio, reflexión, lectura, conversación. Quede como propuesta de lectura a un fenómeno tan interesante como lo es el del viaje.

Por último, es igualmente importante mencionar que hay temas que sentimos se desprenden de nuestra reflexión, y que quizá conforman los hilos sueltos de nuestro pensamiento, los cuales vale la pena tener en cuenta para futuros estudios:

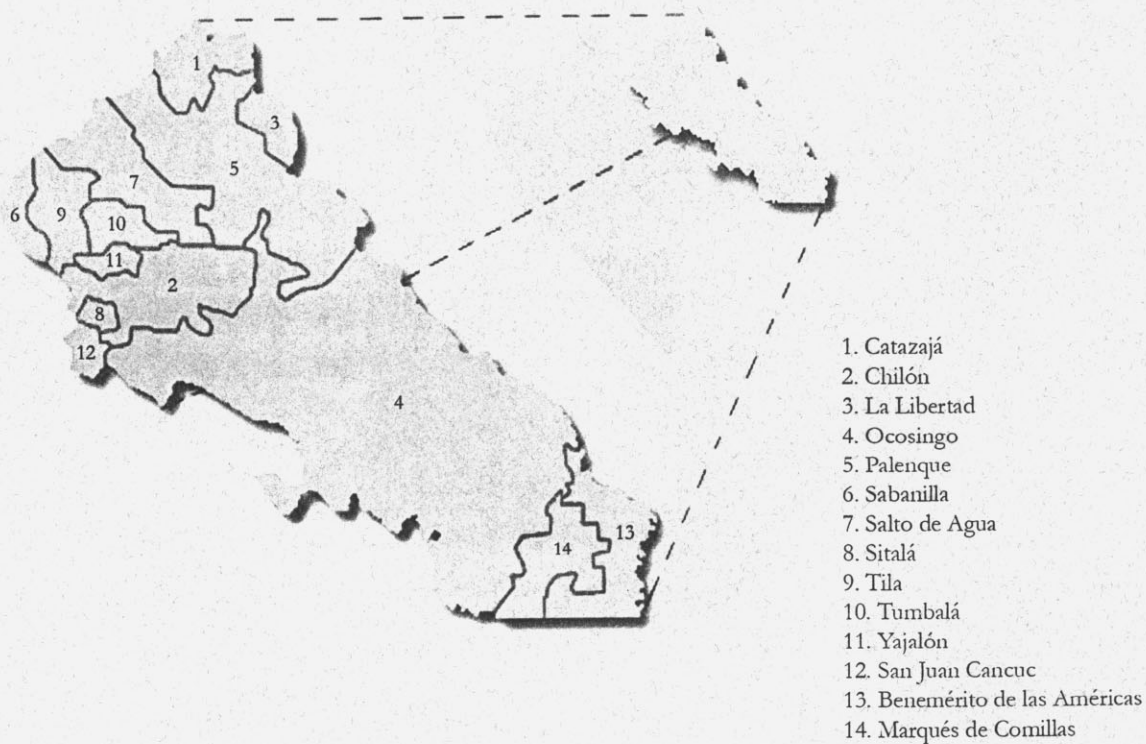
- ❖ El viaje a través de las lenguas, por las que Chiapas es un estado diverso y múltiple, complejo y excéntrico, vale la pena mencionarse en un estudio más amplio y comprometido. Aunque lo tocamos someramente, es menester trabajarlo con toda su extensión y bibliografía.
- ❖ El viaje de las diversas culturas que interactúan en la historia del estado – desde las que corresponden a su etapa pre-colonial, pasando por las que se arraigaron con el arribo de los conquistadores, hasta las que se extienden en la actualidad–, es sumamente interesante para el fundamento de la dimensión del viaje en Chiapas. Vendría a ser parte del por qué se

CONCLUSIONES

considera a este estado el lugar perfecto para viajar y vivir; del por qué de las migraciones hacia este territorio, y también, por qué no, una de las razones del movimiento socio-político iniciado en 1994.

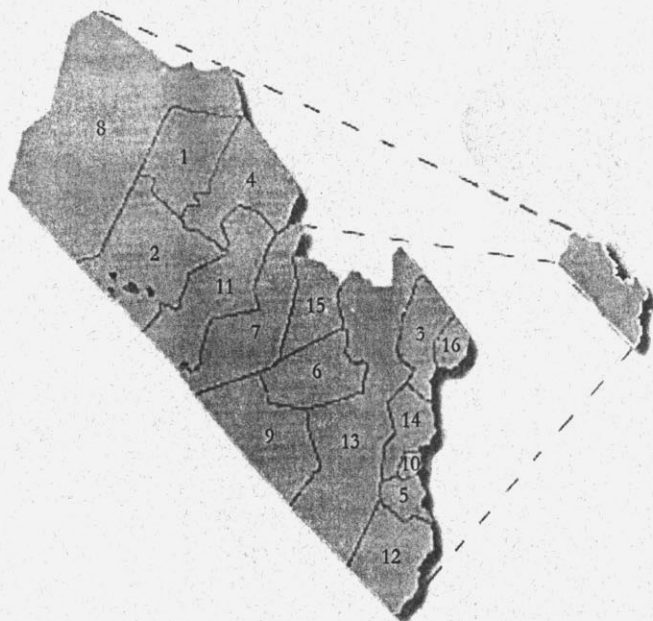
- ❖ Valdría la pena ampliar el presente estudio sobre el viaje a los libros escritos en otras lenguas (si es que existen), que al igual que los mencionados aquí pudieran hablar de viajes realizados a la selva. Quizá haya escritores indígenas, a los que no hemos tomado en cuenta, que han también realizado diarios o relatos de exploración a esta zona del estado.
- ❖ Consecuentemente con el punto anterior, valdría la pena realizar una investigación sobre los libros de viajes nacidos de la pluma de escritores indígenas contemporáneos.
- ❖ Hay muchas otras zonas en Chiapas a las que diversos viajeros han arribado y de cuya llegada han dejado también relatos de viaje; valdría la pena ampliar este estudio a otras zonas de Chiapas.

Mapa 1. Proyección de la región de la Selva con límites municipales



Fuente: Oficina Estatal de Información para el Desarrollo Rural Sustentable (OEIDRUS). Página en línea: [<http://www.agrochiapas.gob.mx/>]
Realizó: Alejandro Sacbé Shuttera Pérez

Mapa 2. Proyección de la región del Soconusco con límites municipales



1. Acacoyagua
2. Acapetahua
3. Cacahoatán
4. Escuintla
5. Frontera Hidalgo
6. Huehuetán
7. Huixtla
8. Mapastepec
9. Mazatán
10. Metapa
11. Villa Comaltitlán
12. Suchiate
13. Tapachula
14. Tuxtla Chico
15. Tuzantán
16. Unión Juárez

Fuente: Oficina Estatal de Información para el Desarrollo Rural Sustentable (OEIDRUS). Página en línea: [<http://www.agrochiapas.gob.mx/>]
Realizó: Alejandro Sacbé Shuttera Pérez

Apéndice 2.

Algunos otros viajeros por otras rutas de Chiapas

Existen muchos otros viajeros dignos de atención a lo largo de todo Chiapas; viajeros que recorrieron de múltiples maneras la geografía, las culturas, la gastronomía, la fauna, la arqueología, contenida dentro del territorio chiapaneco.

Sobre algunos de ellos queremos dar noticia, sin deseo de extender más esta tesis, de los viajes que realizaron singulares personalidades a lo largo de diversos puntos geográficos del Estado, dejando un testimonio sobre esas travesías.

Tal es el caso del viaje de Carl Bartholomeaus Heller, contado en el libro *Viajes por México en los años 1845-1848*¹. Su relato de viaje —dice Elsa Cecilia Frost— “tiene un tono peculiar como los de los antiguos cronistas, bien podría dividirse en una historia moral y otra natural de México, aunque su autor lo haya dividido más bien por zonas, puesto que para él el sureste poco o nada tiene en común con el altiplano central”². Así, el libro da cuenta de los diversos traslados que Batholomeaus tendrá a lo largo del territorio mexicano, dedicando el capítulo XXIII al itinerario que desarrollará en Chiapas, centrándose en la descripción del viaje a Pichucalco, la situación de ese lugar, los habitantes y sus ocupaciones, la vegetación, las fiestas y los días de carnaval, entre otras cosas que lo maravillan y emocionan.

También el antropólogo estadounidense Frederick Starr, llegado a México en 1898 con la finalidad de llevar a cabo un estudio sobre los caracteres raciales de las distintas “tribus” que vivían en el sur del país, dejará un relato de viajes

¹ Carl Bartholomeaus Heller, *Viajes por México en los años 1845-1848*, Traducción y Nota preliminar de Elsa Cecilia Frost, México, Banco de México, 1987.

² Elsa Cecilia Frost, “Estudio Preliminar” de C. Bartholomeaus, Heller, *Op. cit.*,

titulado *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo* (1908)³, en el que dará a conocer sus apreciaciones sobre los indios de México, logrando transmitir una idea bastante fiel sobre ellos. “En este libro Frederick Starr muestra las experiencias y las vicisitudes por las que tuvo que pasar para llegar a los pueblos remotos del México indio, y lograr el estudio de la tipología física de los lugareños. [...] Su tarea consistía en reunir a cien hombres y a veinticinco mujeres para tomar catorce medidas diferentes de cada uno, retratar a la gente, su vestimenta, las artesanías, los edificios y paisajes”⁴.

Otro viajero del que vale hacer mención es el originario de San Cristóbal de las Casas: Domingo Paniagua Bermúdez, hombre quien recorre parte del estado de Chiapas, dejando de ello una crónica de viajes escrita en París donde narrará sus recuerdos del territorio; el relato se titulará póstumamente *Viejas impresiones* (1932)⁵. Este breve libro dará una descripción refinada de lugares y hazañas chiapanecos; en ningún momento Paniagua Bermúdez parece olvidarse de los lugares de su nacimiento y esto es notorio también en sus otros libros, en los que la entidad no deja de ser señoelo y referencia. También gusta de describir lugares e intentar poemas en prosa a la manera de Baudelaire; gusta de jugar y hasta hacer escarnio de los símbolos y “bellezas” de Europa.

Graham Green (1904-1991), el escritor inglés converso al catolicismo, vino a México con el propósito de conocer de cerca el denominado “conflicto religioso”, o como era conocido en el exterior, la “persecución religiosa”. Así, tras este objetivo pudo recorrer el país para ese entonces convulso. En Tabasco, conocería por ejemplo el ateísmo preconizado por Tomás Garrido Canabal⁶,

³ Frederick Starr, *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo*, Prólogo de Beatriz Scharrer Tamm y traducción de Benuzillo Revah, México, CONACULTA, 1995.

⁴ *Ibidem.*, p. 339.

⁵ Domingo Paniagua Bermúdez, *Viejas impresiones*, París, Imp. & Pap. Reunies de Roanne, 1932.

⁶ En Tabasco, Tomás Garrido Canabal fue un gobernador priísta (1922-1926) conocido, entre otras cosas, por haber limitado, en su legislatura, el número de sacerdotes en la iglesia, además

cuestión que no dejaría de impactarle y que le movería a escribir sus dos célebres libros: *Caminos sin ley* (1938) y *El poder y la gloria* (1940)⁷. Aunque lo medular de esta última novela se desarrolla en Tabasco, Chiapas aparece, para el personaje central, como la aspiración resolutiva de su bienestar y su destino —como en su momento ocurriera en la novela *Caribal*, de Rafael Bernal. Así, el México terrible, traumático, degradado de Bernal queda atrás. La montaña en Chiapas y la ruta hacia su ciudad, San Cristóbal, representan el oasis en medio del desconsuelo.

Cabe también mencionar el viaje realizado por Elvira Vargas (1908-1967), hoy reconocida como una de las primeras mujeres periodistas de México: “fue la única mujer que en la segunda década de 1930 cubrió la fuente presidencial. Se distinguió en su ejercicio periodístico por el enfoque agudo y crítico que puso en sus reportajes, donde retrató las condiciones laborales de los trabajadores petroleros y la discriminación de las poblaciones indígenas de Chiapas. Consecuente defensora de la causa del sufragio femenino, Elvira Vargas Rivera reclamó al entonces presidente Lázaro Cárdenas, la demora en aprobar la ley a favor de los derechos políticos de las mujeres”⁸. El viaje que realizó al sur de México quedó plasmado en el libro *Por las rutas del sureste* (1950)⁹, en donde se cuentan las travesías vividas a través de los estados de Tabasco, Yucatán, Campeche y Chiapas; a este último dedicará el capítulo final de su libro, en donde describirá, con un tono analítico y crudo, la realidad que se vive en ese territorio. Su enfoque no deja nunca de tener tintes periodísticos.

de prohibir el ejercicio como ministros de culto a quines no estuvieran casados (18 de noviembre de 1925). Cfr. José Rogelio Álvarez, *Enciclopedia de México*, Compañía editora de enciclopedias de México, 1987, Tomo IV, p. 915.

⁷ Graham Greene, *Caminos sin ley*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Col. Mirada viajera), 1996. *El poder y la gloria*, México, Seix Barral, 1986.

⁸ José Rogelio Álvarez, *Op. cit.*, p. 459.

⁹ Elvira Vargas, *Por las rutas del sureste*, México, Editorial CIMA, 1950.

Por los rumbos de Palenque, Tula y San Cristóbal de las Casas, pasó el viajero francés Desiré Charnay¹⁰. En fecha 1995, una fecha muy reciente una editorial mexicana publicó el relato completo de su viaje, aparecido por primera vez en Chiapas, en los volúmenes 3 y 4 de la revista "Ateneo" (1952). Destacan en el relato la fuerza de la aventura por Tula y el exotismo de las estampas y fotografías de su excursión.

En términos de la literatura y las artes plásticas, otro viaje reviste también importancia, el de Max Aub (1903-1973), quien tuvo la oportunidad de visitar Chiapas (Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal) en 1955. El entorno geográfico y cultural de entonces le indujeron el ánimo para tomar a Chiapas como el tema para la creación de una obra memorable: *Jusep Torres Campalans* (1958)¹¹, en la que plantea una serie de propósitos literarios, entre ellos el de mirar las cosas desde diferentes planos, tanto las ideas políticas y sociales en torno a la guerra, como las discusiones estéticas de su época; mirar también el valor o no de la inteligencia; el catolicismo y anarquismo como expresiones de unidad. Max Aub mezcla en la novela una variedad de técnicas narrativas, así como una especie de estética

¹⁰ Desiré Charnay, *Viaje por México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. Mirada viajera, México, 1995. Cabe añadir que Charnay fue un explorador y fotógrafo francés, nacido el 2 de mayo de 1828 en Fleure sur l'Arbesle y muerto en París el 24 de octubre de 1915, famoso por sus fotografías de las ruinas de las antiguas civilizaciones pre-colombinas en México. Viajó por Inglaterra y Alemania antes de desplazarse a América. En 1850 se estableció como profesor en Nueva Orleans, Luisiana. Influida por los viajes de John Lloyds Stephens y Frederick Catherwood decidió viajar a México llegando por primera vez en 1857 para fotografiar las ruinas de las antiguas civilizaciones pre-colombinas. Este viaje tuvo que ser interrumpido por la Guerra Civil de México. Regresó en 1860 para concluir sus trabajos. Durante los años 1880 y 1882 realizó un nuevo viaje. En su primer viaje a México, Charnay recogió recuerdos y realizó diversas fotografías de las ruinas Mayas que encontró. Sus imágenes fueron publicadas en *Cites et ruines américaines*, 1863, libro en el que pudo comprobarse el resultado de su obra (fotografía arqueológica). El segundo de sus viajes (1880-1882) le permitió alcanzar Popocatepetl y Ixtaccihuatl. También descubrió perros de juguete en madera en un cementerio de Ixtaccihuatl. Gracias a las publicaciones y fotografías sobre sus expediciones, Charnay expuso su teoría sobre el origen asiático de los pueblos antiguos americanos. Su descubrimiento de Tula también contribuyó a la arqueología mexicana. Información obtenida de [http://es.wikipedia.org/wiki/D%C3%A9sir%C3%A9_Charnay] (consulta 6 de abril).

¹¹ Max Aub, *Jusep Torres Campalans*, en *Novelas Escogidas*, México, Aguilar, 1970.

APÉNDICES

cubista que va desde diálogos inteligentes, hasta la inclusión de catálogos, dibujos y cuadros de exposiciones que darán veracidad a una biografía imaginaria: la de un pintor catalán, *Jusep Torres Campalans*, emigrado de Paris y residente entre chamulas.

BIBLIOGRAFÍA

- Albores, Eduardo, *Diario de Fray Alonso Ponce en las provincias de Chiapa y Soconusco*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, 1964 y 1991.
- Alvarado Lang, Pedro, “El Ballet Bonampak”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Revista Ateneo Chiapas* 2, Abril-Mayo-Junio 1951. pp. 83-93.
- Álvarez, José Rogelio, *Enciclopedia de México*, Compañía editora de enciclopedias de México, 1987, Tomo IV, p. 915.
- Anguiano, Raul, *Expedición a Bonampak. Diario de un viaje*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1959.
- Anónimo, (El Chapulín Colorado). “El negrito y los indígenas”, cuento sin publicar.
- Anónimo, “Cuento de dos hombres rayo y un negrito”, sin publicar, 1989.
- Anónimo, *El Popol Vuh*, México, FCE, 1991.
- Anónimo, *Poema de Mio Cid*, Madrid, Edición de Colin Smith, Cátedra (Letras Hispánicas), 2001.
- Ara, fray Domingo de, *Vocabulario de lengua tzeldal según el orden de Copanabastla (c. 1560)*, México, Ed. de Mario Humberto Ruz, Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.
- Arai, Alberto T. “Fantasía y realidad en el Ballet Bonampak”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Revista Ateneo Chiapas* 4, Abril-Mayo-Junio 1952.
- Aramoni, Dolores, *Los refugios de lo sagrado. Religiosidad, conflicto y resistencia entre los zoques de Chiapas*, UNICACH, 1992.
- Armada Alfonso, *España, de Sol a Sol*, Barcelona, Península, 2001.
- Armendáriz, María Luisa, *Chiapas, una radiografía*, México, FCE, 1994.
- Artículo “El trabajo en las monterías de Chiapas y Tabasco 1870-1946”, en *Historia Mexicana* volumen XXX, número 4, abril-junio de 1981. pp. 35-56.

BIBLIOGRAFÍA

- Ascencio Franco, Gabriel, “José Patrocinio, el gobernador del imperio de la ley”, en *Anuario de Investigación 2000*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNICACH, 2002. pp.160-175.
- Aub, Max, *Jusep Torres Campalans*, en *Novelas Escogidas*, México, Aguilar, 1970.
- Aubry, Andrés, “El Soconusco moderno: otra tormenta”, *La Jornada*, Miércoles 2 de noviembre de 2005. p. 10.
- Aznar Vallejo, Eduardo, *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, Síntesis, 2000.
- Ballinas, Juan, *El desierto de los Lacandones*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Edición facsimilar de la de Frans Blom, por Rodrigo Núñez García, 1988.
- Bartolomé, Efraín, “Audiencia de los Confines”, en *Corazón del Monte*, México, Coordinación Nacional de Descentralización & Instituto Coahuilense de Cultura, 1995. pp. 88-89.
- Bartholomeaus Héller, Carl, *Viajes por México en los años 1845-1848*, Traducción y nota preliminar de Elsa Cecilia Frost, México, Banco de México, 1987.
- Benjamín, Thomas “¡Primero viva Chiapas! La Revolución mexicana y las rebeliones locales”, en Juan Pedro Viqueira, *Chiapas: los rumores de otra historia*, México, UNAM-CIESAS, U de G. 1996. pp. 145-160.
- Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2003.
- Bloch, Ernst *El principio esperanza (I)*, Edición de Francisco Serra, Madrid, Editorial Trotta, 2004.
- Blom, Frans y Duby, Gertrude. *La selva lacandona*, México, Editorial Cultura, 1955.

BIBLIOGRAFÍA

- Blom, Frans y La Farge, Oliver, *Tribus y templos*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1986, primera edición: *Tribes and Temples*, Tulane University of Louisiana, 1926.
- Botton, Alain de, *El arte de viajar*, Bogotá, Taurus, 2002.
- Bouvier, Nicolas, *Los caminos del mundo*, Barcelona, Península, 2001.
- Bruce S. Roberto D., *Textos y dibujos lacandones de Najá* (edición trilingüe: lacandón-español-inglés), México, INAH & SEP, 1976.
- Bueno, Gustavo, *Homo Viator. El viaje y el camino*, (Prólogo a Pedro Pisa), *Caminos Reales de Asturias*, Oviedo, Pentalfa, 2000.
- Calderón Estébanez, Demetrio, Madrid, *Diccionario de términos literarios*, Alianza Editorial, 2001.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Edición de Jonh Jay Allen, Tomo I y II, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas), 2001.
- Cicerchia, Ricardo, “De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad” en el libro de actas del 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, 6-13 August, 2000. Specialized theme 17: Modernity and tradition in Latin America. pp. 300-340.
- Chateaubriand F. René de, *Les natchez*, París, Garnier-Flammarion, 1826.
- Charnay, Desiré *Viaje por México*, México, CONACULTA, Col. Mirada viajera, 1995.
- De la Torre, Fray Tomás. *Desde Salamanca, España, hasta Ciudad Real, Chiapas*. Diario del viaje 1544-1545. Prólogo y notas por Frans Blom 1944-1945, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del estado de Chiapas, 1982.

BIBLIOGRAFÍA

- Delgado López, Ángel, “El viaje como medio de conocimiento: El *Viaje de Turquía*”, *Actas del VIII Congreso Internacional de Hispanistas* (1983), Madrid, 1986. pp. 130-145.
- Del Muro Ricardo, “Lectura de Café”, *El heraldo de Chiapas* (en línea), sitio: www.heraldochiapas.com.mx (consulta realizada el 3 de abril de 2006).
- De Vos, Jan. *La paz de Dios y del Rey, la conquista de la selva lacandona*, Chiapas, FONAPAS, 1980.
- _____, *Una tierra para sembrar sueños*, México, FCE, 2003.
- _____, *Viajes al desierto de la soledad*, México, Porrúa & CIESAS, 2003.
- _____, *Los enredos de Remesal*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Tuxtla Gutiérrez, Edición Robredo, 1939.
- *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, Tomo 4, vigésima segunda edición, Barcelona, 2001.
- Documento en línea “Ciencia ficción”, Wikipedia, la enciclopedia libre, en: [http://es.wikipedia.org/wiki/Ciencia_ficci%C3%B3n] Consulta: 10 de noviembre 2005.
- Documento en línea: Novedades colección Península ALTAIR-Viajes, [<http://www.altair.es/nou.4.6.htm>]. Consulta realizada el 10/11/2005.
- Documento en Línea: Pérez Rosado, Miguel, “Historiadores de Indias”; [<http://www.spanisharts.com/books/literatura/america.htm>]. Consulta: 16 de noviembre 2005.
- Documento en línea: “¿Quién fue Frederick Catherwood?” [<http://www.mayadiscovery.com/es/notas/default.htm>]. Consulta: 6 de abril de 2006.
- Escobar, Tatiana, *Sin domicilio fijo*, México, Paidós, 2002.

BIBLIOGRAFÍA

- Figueroa Pulido, Antelmo, *Un viaje real y otro imaginario (Novela de costumbres). Añoranzas de juventud*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Edición de autor, 1966. Recientemente en el 2005, El Consejo Municipal de Cultura de la Trinitaria hizo una impresión de las obras completas de este autor en dos tomos.
- Fink, Eugen, *El oasis de la felicidad*, México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1966.
- Frago, Carlos, López, Teresa, et. al. (compiladores), *Chiapas. Monografía estatal*, México, SEP, 1982.
- Franco Torrijos, Enrique, *Odisea en Bonampak*, México, Artes Gráficas, 1950.
- Gadamer, Hans Georg, *Verdad y método I*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2000.
- Graham, Greene, *Caminos sin ley*, México, CONACULTA, Col. Mirada viajera, 1996.
- _____, *El poder y la gloria*, México, Seix Barral, 1986.
- Guthke, Karl S., *B. Traven: Biografía de un misterio*, México, editorial CONACULTA, (colección biografías: vidas para leerlas), 2000.
- Hernández Muñoz, Adolfo, “La selva se tragó a un imperio. Noticias sobre el reino maya, la Lacandonia y otras veredas”, *Correo del Maestro*, Núm. 113, Octubre 2005. pp. 235-250.
- Hickman Kruger, D. Kathryn, *Literary strategies of persuasion in the Cartas-relaciones of Hernán Cortés*, Madrid, ed. Castalia, 1991.
- Huizinga, Johan, *El juego como proceso*, Madrid, Editorial Cátedra, 1998.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1987.

BIBLIOGRAFÍA

- Krotz, Esteban. “Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimientos”, *Nueva Antropología*, 33 (1988), 17-52.
- Lee, Thomas, *Los códices mayas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1969.
- Lloyd Stephens, John, *Incidentes de viaje en Chiapas*, México, Porrúa & Gobierno del Estado de Chiapas, 1998.
- Lundy, Derek, *Mar remoto*, Barcelona, Península, 2001.
- Marion, Marie-Odile. *Entre anhelos y recuerdos*, México, Plaza y Valdés & UNICACH, 1997.
- Mahnken, Winifred, *Mi vida en los cafetales. Tapachula (1882-1992)*, México, Gobierno del Estado de Chiapas, 1993.
- Martínez Sumuano, Victor Manuel, “El Soconusco y la Inmigración China”. Documento en línea [www.soconusco.com. (consulta realizada el 12 de mayo 2006)]
- M. de la Escalera, Ana María, *Interpretar en Filosofía. Un estudio contemporáneo*. México, IIFL, UNAM, 2004.
- Mayorga Mayorga, Francisco *Entre el amor y la violencia: Chiapas en la narrativa mexicana contemporánea*. Col. Social y Humanística, UNACH, México, 2004.
- M. Ocampo, Aurora (Directora), *Diccionario de escritores mexicanos*, (Tomo I), México, IIFL, UNAM, 1988. p. 146.
- Menéndez, Pidal Ramón, (compilador), *Romancero español*, UNAM, 1989.
- Montaigne, Michel de, *Ensayos escogidos*, prólogo, selección y traducción de Manuel Granell, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949.
- Montañés, Pablo. *Río Grande (La cuenca del Usumasinta)*, México, B. Costa Amic, Editor, 1970.
- Monteleone, Jorge, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*, Buenos Aires, El ateneo, 1998.

BIBLIOGRAFÍA

- Montémont, *Voyages nouveaux par mer et par terre, effectués ou publiés de 1837 à 1847 dans les diverses parties du monde*, Paris, A René, 1847, t.1.
- Montes de Oca, Francisco, “Teoría y técnica de la literatura”, México, Porrúa, 1991.
- Morales Bermúdez, Jesús. “El Niek”, en *Antigua Palabra. Narrativa indígena chol*, México, UAM Azcapotzalco, 1984.
- _____, *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*, México, INBA & Katún, 1986.
- _____, *Hacia el confín, novela de la selva*, México, Ediciones Casa Juan Pablos y UNICACH, 2003.
- _____, *Aproximaciones a la poesía y la narrativa de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, UNICACH, 1997.
- _____, *Entre ásperos caminos llanos. La diócesis de San Cristóbal de las Casas, 1950-199*, México, Casa Juan Pablos, 2005.
- Niderst, Alain, *Dictionnaire des Genres et notions littéraires, Nouvelle édition augmentée*, Préface de Francois Nourissier, París, Encyclopedia Universalis, Albin Michel, 2001.
- _____, “Les récits de voyage”, en Bernard Beugnot (ed.), *Récits, voyages et imaginaire. Actes de Montréal*, Paris-Seattle-Tübingen, 1984.
- Núñez de la Vega, Francisco, *Construcciones diocesanas del Obispado de Chiapa*, edición preparada por María del Carmen León Cázares y Mario Humberto Ruz, presentación de Elsa Cecilia Frost, México, UNAM, IIFL, 1988.
- Ocampo, Saturnino. *Poesías*, San Cristóbal de Las Casas, Wenceslao y Flavio Paniagua Editores, 1883.
- Ordóñez y Aguiar, Ramón. *Historia de la creación del cielo y de la tierra conforme al sistema de la gentilidad americana*, México, d.f.: [s.n., 189-?].

BIBLIOGRAFÍA

- Owen, Roderic, *Grandes Exploradores*, México, Ed. Lasser Press Mexicana, S. A., 1979.
- Palacios, Enrique Juan. *En los confines de la Selva Lacandona. Exploraciones en el estado de Chiapas 1926*, México, Secretaría de Educación Pública, 1928.
- Paniagua Bermúdez, Domingo, *Viejas impresiones*, París, Imp. & Pap. Réunies de Roanne, 1932.
- _____, *Sketches*, La Habana, Cuba, edición de autor, 1900.
- Paniagua, Flavio A., *Lágrimas del corazón. Ensayo de novela histórica*, San Cristóbal de Las Casas, Juan B. Tielemans y W. Paniagua Editores, 1873 (2ª edición, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1990).
- Paso, Fernando del, *Viaje alrededor de Quijote*, México, FCE, 2004.
- Peña Piña, Joaquín, “Visión indígena mam sobre la migración laboral en la Sierra-Soconusco”, *Libro de actas del ECOSUR*, México, 1999.
- Pierini, Margarita, “Un viajero austriaco en México. Los recuerdos de Isidor Löwenstern (1838)” en: *Literatura Mexicana*, México, volumen XIV, núm. 2, IIFL-UNAM, 2003. p. 7-42.
- _____, *Viajar para (Des)conocer*, México, UAM, 1990.
- Piglia, Ricardo, *Critica y ficción*, Barcelona, Anagrama, 1986.
- Pineda del Valle, César, *Fogarada. Antología de la marimba*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1990.
- Pisa, Pedro, *Caminos Reales de Asturias*, Oviedo, Pentalfa, 2000.
- Poblett Marta, *Viajeros extranjeros en los siglos XIV-XIX*, Col. Narraciones Chiapanecas, CONECULTA, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1999.
- Quirarte, Vicente, “Viajeros Frecuentes”, en Suplemento Cultural *Hoja por Hoja*, año 8, número 96, mayo 2005. p. 5.

BIBLIOGRAFÍA

- Rall, Dieter, *Viajes con Marlene*, México, El viejo pozo-UNACH (coedición), 2005.
- _____, “Literatura y etnología: los indios de Chiapas como tema en la narrativa alemana y mexicana”, en: Marlene Rall y Dieter Rall, *Letras comunicantes. Estudios de literatura comparada*, México, UNAM, 1996. pp. 21-82
- Ramírez Castañeda, Elisa. Traducción y notas a Gage, Thomas. *Nuevo Reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, SEP (col.80), 1982. pp. 30-40.
- Ramírez, María del Mar, “Imagen y construcción de la realidad”, artículo publicado en la *Revista mexicana de comunicación*, número 87, junio-julio 2004.
- *Revista Casa del Tiempo*, México, UAM, número extraordinario 63, 64 y 65, abril-mayo-junio, 1986, pp. 21-29.
- *Revista de Literatura Mexicana*, Centro de Estudios Literarios, IIFL, Vol. XIII, núm. 1, 2002.
- Ricard, Robert. *La conquista espiritual de México*, México, FCE, 1986.
- Rushby, Kevin, *En busca de las Flores del Paraíso. Viaje a través de los campos de droga de Etiopía y el Yemen*, Barcelona, Península, 2001.
- *Sagrada Biblia*, Publicada por el Ilustrísimo Señor Félix Torres Amat, traducción de la Vulgata latina por el P. Petisco, S. J., Barcelona, Océano, 2001.
- Seargeant, Helen H., *San Antonio Nexapa*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, SECFONAPAS, 1980 (2ª. edición aumentada).
- Segalen, Victor, *Briques et tuiles*, Montpellier, Fata Morgana, 1975.
- Silva Gómez, Guido de, *Breve diccionario etimológico de la Lengua Española*, México, FCE, 1999.
- Sironneau, Jean Pierre, “El retorno del mito y lo imaginario sociopolítico”, en *Revista Casa del Tiempo*, México, UAM, número extraordinario 63, 64 y 65, abril-mayo-junio, 1986. pp. 31-42.

BIBLIOGRAFÍA

- Starr, Frederick, *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo*, Prólogo de Beatriz Scharrer Tamm y traducción de Gloria Benuzillo Revah, México, CONACULTA, 1995.
- Stark, Freya, *Viajes por el desierto de Persia*, Barcelona, Península, 2001.
- Suárez, Bernardo, *Libro do desasosegô*, en *Obra en prosa de Fernando Pessoa* Río de Janeiro, Introducción y nueva organización de textos de Antonio Cuadros, Libros Europa América, (Traducción directa de Mario Bojorquez), 1985.
- Subcomandante Marcos y Paco Ignacio Taibo II. *Muertos incómodos (falta lo que falta). Novela*, México, Joaquín Mortiz, 2005.
- Sullivan, Paul. *Conversaciones inconclusas*, Barcelona, Gedisa, 1991.
- Suplemento Cultural *Hoja por Hoja*, año 8, número 96, mayo 2005, p. 3.
- Tello Díaz, Carlos. *La rebelión de las cañadas*, México, Cal y Arena, 1994.
- Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros*, México, s. XXI, 1991.
- _____, *La conquista de América. El problema del otro*, México, s. XXI, 1997.
- Trapiello, Andrés, *Viajeros y estables*, España, Valdemar, 1998.
- Traven, B., *La rosa Blanca*, capítulo VIII, Seix Barral, 1929.
- _____, *Obras escogidas*, Prólogo de Luis Suárez, trad. Esperanza López Mateos y Rosa Elena Luján, 2 tomos, México, Aguilar, 1969. (Tomo I. *El barco de los muertos, El tesoro de la Sierra Madre, Rosa blanca*. Tomo II: *Puente en la selva, Gobierno, La rebelión de los colgados, El general: Tierra y Libertad*).
- Trens, B, Manuel. *Historia de Chiapas. Desde los tiempos más remotos hasta la caída de Segundo Imperio*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 3ª edición, 1999, Vol. I.
- Troncoso Fernández, Raúl, *La marimba: su origen y leyenda*, México, Talleres Gráficos nacionales, 1957.
- Tozzer, Alfred M. *Mayas y Lacandones. Un estudio comparativo*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1982; la edición en inglés es de 1909, bajo

BIBLIOGRAFÍA

- el título *A comparative Study of the Mayas and the lacandones*, Nueva York, Archaeological Institute of America. pp. 41-62.
- Valverde, María del Carmen, *Chiapa de Corzo. Épocas prehispánica y colonial*, México, Gobierno del Estado de Chiapas, 1992. pp. 71-90.
 - Vargas, Elvira, *Por las rutas del Sureste*, México, Editorial CIMA, 1985.
 - “Votán-Zapata se levantó de nuevo”, en *EZLN Documentos y comunicados*, ERA, 1995, pp. 306-309.
 - White H., *Metahistoria*, México, FCE, 2000.
 - Zea, Leopoldo, Magallón, Mario (compiladores), *De Colón a Humboldt*, México, FCE, 1999.
 - _____, *Humboldt en México* (compilación), México, FCE, 1999.